

Por la guerra

Parte II



Pilar Parralejo

Por la fuerza
Parte 2 de 2
Pilar Parralejo

Título original: Por la fuerza (parte 2 de 2)
Diseño de la cubierta: Ediciones Infinity
Maquetación: Ediciones Infinity
Primera edición: Enero de 2018
©2017, Pilar Parralejo
ISBN: 978-1983570988

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Sinopsis:

La forma en la que Clary había afrontado su divorcio había sido con un nuevo trabajo, con un nuevo jefe y con una actitud firme, pero todo empieza a ponerse del revés cuando Ayrton decide reaparecer en su vida, haciéndole ver que las cosas no son como ella se empeña que sean, que hay sentimientos demasiado profundos que no pueden hacerse desaparecer por más distancia que quiera poner entre ellos.

El amor, el deseo y la pasión que una vez hubo entre ellos todavía es palpable

y Ayrón tendrá que hacer lo que sea si quiere recuperar lo único que puede hacerles felices.

Capítulo 1 ??

Aquel era su primer día en la nueva oficina y llegaba tarde. Llevaban más de media hora en el mismo sitio, pero mirar el reloj un centenar de veces no haría que el autobús se moviera más deprisa. Estaban en medio de un atasco y, por mucho que los pasajeros se quejasen, no iba a hacer diferencia. Tras escuchar a un chico decir que llegaría antes a pie, Clary pensó que era una buena sugerencia y presionó el botón de la siguiente parada, así que, tan pronto como el conductor abrió las puertas para que bajase el que quisiera, ella y otro montón de personas salieron del autobús. Corrió como una loca hasta la nueva sucursal, el edificio nuevo de la empresa de inversiones donde hacía becarías como secretaria de uno de los directivos, un edificio no muy alto ni demasiado vistoso pero lo suficientemente espacioso como para albergar las oficinas de todos los empleados y permitirles trabajar cómodamente. Saludó al guardia de la entrada, quien, a su vez, hacía de recepcionista y subió a la cuarta planta.

Todavía estaba todo patas arriba: sillas empaquetadas, mesas con los plásticos protectores, archivadores a los que se les habían perdido las llaves... Por suerte era una chica organizada y todas las cosas estaban colocadas en cajas en el despacho de Joey, su jefe, aunque éste tampoco fuera el ejemplo del orden.

—Buenos días, Clary —saludó su joven jefe al entrar en la oficina.

—Buenos días, señor Carlson.

—Otra vez... —se quejó mirándola ceñudo—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames así? Me llamo Joey, el apellido solo es para distinguirme de otras personas que se llamen igual. Aquí soy solo Joey.

Clary sonrió por la explicación. Desde hacía nueve meses casi siempre era la misma. Todos los días la regañaba pidiéndole que le llamase Joey, y todos los días ella le llamaba “señor Carlson”.

—La próxima vez le llamaré como usted quiere.

—Pero no lo harás. La próxima vez me obligarás a regañarte otra vez. —El hombre se acercó a su mesa y negó con la cabeza al ver que ni siquiera los

plásticos le habían quitado—. Pagaron una fortuna a la empresa de mudanzas y esto es lo que hacen, dejan las cosas a medias.

—Espere, yo puedo hacerlo.

—¡No! ¿Estás loca? ¡Ese no es tu trabajo! Tu trabajo es llevar en orden mi agenda y mis llamadas, y si acaso, los documentos. Esto es cosa de los impresentables que han pasado las horas con una cerveza en la mano en lugar de hacer lo que se les ha pagado. Llamaré ahora mismo para que suban a terminar esto.

Le gustaba ese trabajo, y el trato que le daba Joey, quien la veía como a un igual, pese a que él era el mandamás de ese departamento. Le gustaba que no la viera como a una especie de esclava dispuesta a vender su alma al diablo por contentarle y le gustaba que fuera alguien al que decirle las injusticias sin miedo a ser juzgada. Mientras Joey llamaba a la chica que se encargaba de los mozos, ella se entretuvo buscando, entre el montón de llaves de una cajita, las que pertenecían a los archivadores de su despacho, ardua tarea, ya que, junto a la que abría aquellos cajones, había al menos cien llaves más.

Su jefe, a diferencia de Ayron, estaba lejos de ser el más deseado de la empresa por ser una belleza. No era un tipo feo ni difícil de mirar, pero tampoco tenía un atractivo de los que encandilan con solo mirarlo. Tenía el pelo rubio, ni largo ni muy corto y siempre lo llevaba revuelto. Sus ojos eran azules, tenía los dientes tan blancos como la nieve y perfectamente alineados. Era un poco más alto que ella y como Ayron, también tenía un buen cuerpo, además tenía una voz agradable y era amable y simpático, pero estaba lejos de ser lo que las chicas llamarían un adonis. Quizás ella no lo encontraba atractivo por culpa de su ex marido, quien había dejado el listón tan alto que difícilmente llegaría a alcanzarlo alguien.

Después de un par de horas y cientos de cosas que atender, al fin encontró la llave del archivador y por fin podría empezar a colocar en su sitio todos los documentos. Al guardar en el segundo cajón el primer dossier, recordó, sin querer, su primer beso con Ayron, cuando la sorprendió acorralándola y

besándola en la sala de archivos de SWC. Habría pasado casi un año, y habría dicho a todo el mundo que lo suyo con Wells estaba más que superado, pero no era cierto, no era cierto para nada.

—¿Te pasa algo? —Preguntó Joey—. Estás más seria que de costumbre.

—No... A lo mejor es porque tengo hambre. No quería llegar tarde y salí de casa sin desayunar —no mentía y Joey le creyó.

Aquel hombre estaba lejos de ser el típico jefe altivo y prepotente que trata a sus empleados como esclavos, estaba lejos siquiera de parecer el jefe de alguien. Se acercó a ella, le quitó todo lo que tenía entre las manos y la sujetó del brazo, guiándola fuera de la oficina hasta una pared en la que habían instalado unas máquinas de café expreso.

—Para esto sí que se dan prisa... —se quejó—. Nunca se te ocurra pasar hambre en mi oficina si puedes llenar el estómago aunque solo sea con café, pero nada de pasar hambre por gusto.

—Gracias, Joey.

El hombre la miró completamente sorprendido y con los ojos llenos de estrellas.

—¡Me has llamado por mi nombre! —exclamó.

—Le dije que la próxima vez le llamaría por su nombre.

—Vale. Pero ahora tenemos que tratar el que me hables de tu. Solo soy tres años mayor y ya llevas trabajando conmigo muchos meses como para que me sigas tratando de usted.

—Bueno, primero deje que prepare el café. Luego ya hablaremos de protocolos. —Sonrió ella, tomando del estante dos tazas de cristal con asa metálica. Joey negó con la cabeza con resignación.

De vuelta en la oficina se encontraron con el técnico que estaba instalándoles los teléfonos, por lo que Clary siguió con su tarea de archivar los documentos de la docena de cajas que los de la mudanza habían dejado allí ese fin de semana.

Podría haber parecido una tarea sencilla, pero al terminar su jornada estaba agotada, y lo peor era que esa noche no solo su madre iría a cenar a casa con

Stanley y sus hijos, sino que, además, debía hacer la compra antes, y la tienda que le gustaba a ella para sus compras no estaba tan cerca como hubiera deseado.

Esperando al autobús que le llevaba a su dirección, vio fuera de ruta el número veintidós, el mismo que necesitaba tomar para ir al apartamento de su ex marido. Maldijo internamente al comprobar como una tontería como coger un autobús tenía que recordarle a Ayrón y a lo que aún sentía por él. Suspiró al verlo alejarse en una intersección preguntándose si de casualidad él iría allí. Negó con la cabeza, expulsando a Ayrón de sus pensamientos, cuando el conductor del diecinueve tocó el claxon para llamar su atención.

—¿Sube?

—Sí, disculpe. Estaba un poco distraída.

—Eso parecía...

Clary pasó la cartera por la máquina de pagar y se dirigió a los asientos del medio que más cerca quedaban de la puerta de salida. Se sentó, acomodándose como pudo y resopló. Estaba realmente cansada.

Bajó once paradas después, y a una de su apartamento, ayudando, además, a una señora mayor que cargaba una bolsa de tela bastante pesada para el estado de sus manos. Clary no pudo evitar ofrecerse a acompañarla, pero su ayuda se vio interrumpida tan pronto como se acercó a ellas un hombre joven, alguien que ella conocía bien.

—¡Clary! —Exclamó él con una sonrisa.

—Colin... —murmuró ella en respuesta.

Aunque quisiera no podía negar lo mucho que le alegraba verle pues, la última vez que se encontraron, fue hacía ya casi un año.

—Vaya, veo que os conocéis —dijo la señora, soltando el brazo de ella para sujetar el de él—. No sabía que mi nieto conocía a una jovencita tan guapa.

—Fuimos compañeros de clase en la universidad —explicó Colin, omitiendo que salieron durante tres años hacía ya otros tres—. ¿Vives por aquí?

—Una parada más allá. ¿Conoces el parque con los bancos de colores que hay

al final de la avenida?

—¡Claro! Alex vive en frente.

—También yo vivo en frente —sonrió—. Hace casi un año que vivo allí.

—Supongo que desde... —Clary supo rápido a lo que se refería y, aunque no tenía ni la más remota idea de cómo se había enterado, asintió con la cabeza—. Ésta es una buena zona, aunque menos tranquila.

—Tienes razón. —La mujer se sujetó aún más fuerte a él y por su expresión, Clary entendió que quería marcharse—. Me ha gustado mucho verte, Colin. Encantada de conocerla, señora. —sonrió.

—Y a mí. Espero que choquemos otra vez. Ahora ya sé dónde encontrarte — Colin le guiñó un ojo de forma amigable y colocó una mano sobre la de su abuela para acompañarla a casa.

Clary asintió con la cabeza y tras ver cómo se alejaban, se dirigió al hipermercado pensando en lo diferente que habría sido todo si hubiera seguido con él a pesar de haberla engañado. Tal vez después de aquello la habría tratado mejor, quizás habría hecho cualquier cosa para compensarla por el sufrimiento que le había causado. De haberle perdonado y haber seguido con él, era probable que ahora estuvieran casados y que en lugar de que fuera él solo acompañando a aquella anciana, fueran los dos juntos, él cuidando de su abuela y ella llevando la bolsa. Sonrió tristemente al pensar en cómo algunas decisiones pueden llegar a trastocar el futuro de esa manera. Sin poderlo evitar Ayron volvió a colarse en sus pensamientos, haciéndola maldecir internamente por no podérselo sacar de la cabeza desde la mañana.

Ese día todo parecía conspirar en su contra, después de aquella agotadora jornada en la oficina, de estar muerta de hambre y de ser consciente de que su descanso tendría que esperar hasta después de que se marchase su madre, el carrito que llevaba en las manos se torcía continuamente, y lo hacía aún más con cada cosa que echaba en su interior. En un momento de descuido, su carro se frenó en seco golpeando el de otro cliente.

—Oh, ¿así que fuera de la oficina me agredes? —preguntó otro alguien que

también conocía.

—O, Dios mío, lo siento. Lo siento muchísimo. —Se disculpó, tratando de echar su carro un poco hacia atrás, pero las ruedas delanteras estaban completamente bloqueadas con una cinta de plástico que no había visto—. ¡Joey!

Joey empezó a reír por la cara que había puesto y se agachó a su lado para ayudarla.

—No esperaba encontrarte aquí.

—Yo tampoco.

—¿Vives por aquí? —ella asintió—. ¿Entonces somos compañeros y vecinos?

—Eso parece.

—Oh... Interesante.

No sabía por qué un choque accidental llevaba a su víctima a acompañarle por el establecimiento, pero ahí estaba su jefe, arrastrando su carro al lado del de ella, deteniéndose en los estantes de donde ella cogía ingredientes. Clary lo miraba de vez en cuando de reojo, sonriendo disimuladamente cada vez que él echaba en su carro algo de lo que también ella iba a comprar.

—Lo peor de todo es que no sé cómo cocinar todo esto... —murmuró tras coger un taco de tofu de orégano de la nevera. Clary no pudo más y estalló en risas—. ¿Es gracioso?

—Mucho. Joey, está eligiendo productos que no sabe cómo cocinar solo porque los elijo yo.

—Al final me enfadaré. Clary háblame de tu, por favor. Además, ahora estamos en la calle, no soy nadie, solo soy un... ¿amigo? Por favor...

—Está bien —respondió ella un tanto incómoda—. Te hablaré de tu, amigo. —Él aplaudió con las manos planas de forma que no hacía ruido—. Esto se prepara frito, o cocido, puedes comerlo en ensalada o picado, con tomate, en salsa... —explicó.

Camaron juntos por los pasillos, yendo ahora por la zona de droguería. Clary quiso jugar con él y acercándose a la zona de higiene femenina, cogió una caja

de tampones, Joey se giró rápidamente hacia atrás, pero lo que había detrás era un enorme surtido de preservativos, lubricantes y juguetes sexuales. Resopló tan colorado como un tomate y, agarrando su carro, siguió avanzando, haciendo que Clary no pudiera aguantar más y volviera a estallar en risas.

—Divertido, supongo. —Dijo Joey cuando ella le dio alcance.

—Mucho. Tenías que haber visto tu cara.

Y pasada la zona de droguería se dirigieron a pagar. De la enorme hilera de cajas que había, Clary fue a una y Joey a la siguiente. No pensaba que fueran a terminar al mismo tiempo, ya que Joey llevaba muchas más cosas que ella, y menos aún esperaba que al salir, su jefe tirase de su carro hasta el aparcamiento.

—Vamos. Llevas muchas cosas. Ayúdame a cargarlo, te llevo.

—No es necesario, de verdad. Puedo hacerlo sola.

—Puedes, y no lo pongo en duda, pero me apetece ayudarte.

Cualquiera pensaría que Joey estaba pasándose de atrevido, no tenían una relación tan cercana para que se tomase esas confianzas, pero en cierto modo le gustó. No por lo que estaba haciendo ni por quien era, sino porque esa actitud denotaba tener confianza en ella, y era algo que ella también sentía, a pesar de la diferencia de puestos en la empresa. Obedeciendo a su jefe, le ayudó a cargar las cosas en el maletero, donde Joey tenía un separador impermeable de color negro. Las bolsas de Clary se colocaron en los separadores delanteros, ya que su compra era más pequeña y ocupaba menos, la de Joey se colocó al fondo porque, además, saldría después que la de ella.

Siguiendo las instrucciones llegaron al parque frente al que vivía ella, Joey aparcó lo más cerca que pudo y entre los dos sacaron la compra, acercándola acto seguido al portal en el que ella vivía.

Llevaba rato queriendo preguntarle algo, pero se quedaba bloqueado cada vez que iba a empezar a hablar. De pronto, armándose de valor se colocó frente a ella y, sujetando sus hombros con las manos empezó a hablar:

—Clary, ¿Puedo...? ¿Cómo te sentirías si alguien como yo te dijera que está enamorado de ti?

—¿Cómo? —preguntó sorprendida—. No lo sé. ¿Qué quieres decir? ¿A qué te refieres?

—Un tipo feo como yo... —dijo con cara de consecuencia—. Verás, hay una chica que me gusta. He pensado mil y una vez como confesárselo, pero me da miedo. No sé siquiera como podría decirlo sin que pareciera un insulto.

—¿Un insulto? Querer a alguien no puede ser un insulto. Es un sentimiento... Es tan bonito como doloroso, sobre todo si no conoces lo que piensa de ti la otra parte. Pero correspondido o no, no podría pensarse en ello como un insulto.

—¿Me gustas? ¿Te quiero? Estoy enamorado de ti desde que te vi por primera vez —soltó de pronto, mirándola directamente a la cara con una expresión de lo más extraña. Clary abrió los ojos de par en par, impactada por lo que su jefe le estaba diciendo—. ¿Ves? Ni siquiera soy capaz de decírtelo a ti aun teniendo bastante confianza. —Se quejó llevándose una mano al pelo.

—¿Cómo?

—Me gusta una chica —empezó—. La conozco desde los cinco años y estoy enamorado de ella desde que la vi por primera vez. Hace un par de meses que hemos empezado a vernos un poco más a menudo, pero ella es demasiado... es... es... es como una princesa. No es que yo sea pobre, ya sabes... pero ella es...

—No tengo una buena experiencia con la clase alta, Joey. No creo que pueda ayudarte con eso.

Antes de que pudiera seguir hablando se acercaron a ellos la madre de Clary y su nueva familia, quienes los miraron con una sonrisa creyendo lo que no era. Ella los presentó debidamente, aclarando que Joey era su jefe y que no había nada de lo que se estaban imaginando, dadas sus sonrisillas. Beverly, la madre de Clary, no creyó lo que su hija negaba y, creyendo que se trataba de su novio, se tomó la libertad de invitar a Joey a cenar. A pesar de que él intentó zafarse de aquella encerrona, terminó cediendo al ver cómo tanto Savannah como ella sujetaban sus brazos y le obligaban a entrar en el portal.

Aunque entre ellos no había la relación que ellos creían, Clary no iba a seguir desmintiéndolo, ya les había dicho que no era lo que pensaban e insistir no iba a

hacerles cambiar de idea, así que rió forzosamente ante las ocurrencias de su madre y su hermanastra, y deseó que aquella velada terminase lo antes posible y se marchasen para poder disculparse apropiadamente con él, quien ponía cara de consecuencias cada vez que le daban codazos en la cintura como si fueran sus cómplices.

Durante la cena todos trataron de evitar a toda costa cualquier mención sobre la anterior relación de Clary, no mencionaron a Ayron, ni su corto matrimonio, por el contrario indagaron en el tiempo que hacía que se conocían, en las razones por las que, si solo era su jefe, la acompañaba a casa sabiendo que vivía sola... Pero toda respuesta que se llevaron fue la verdad: habían coincidido en el supermercado y él pretendía ayudarle con la compra.

Pasaban las once de la noche cuando al fin su madre, Stanley y sus hijos se marchaban, dejándola a solas con Joey.

—Siento mucho que te hayas visto envuelto en esto... —murmuró, ofreciéndole una lata de cerveza.

—No. Yo lo siento. Tu madre y tu hermana son muy divertidas y siento mucho que lo hayan malentendido.

—Mi madre siempre ha sido de creer lo que ella quiere. No importa lo mucho que otros lo nieguen o lo equivocada que esté. Si para ella estamos saliendo le importará poco que le diga que no. ¿Por qué no me hablas de esa chica? —sonrió, tratando de quitarle tensión a la situación antes de pedirle que se marchase.

—Supongo que la conocerás. Ha salido en revistas del corazón y tuvo un compromiso muy polémico con un rico heredero. Es hija de un famoso inversor.

—¿Un inversor? —la primera persona que le vino a la mente fue una de las causantes de su divorcio.

—¿Te suena Theresa Sanders?

Y ahí estaba ese nombre, como si el mundo fuera realmente pequeño.

—Me suena... —respondió con una sonrisa fingida—. ¿Es Tessa la chica de la

que estás enamorado? —Él asintió.

—Mi padre tenía una casa de campo al lado de la de sus abuelos. Veraneaba todos los años allí y no pude evitarlo. No he hablado mucho con ella, me intimidaba. Mi hermano mayor dijo tener un lió con ella uno de los veranos y desde entonces no volví a verla, hasta hace un par de meses, que coincidimos en una reunión. En Washington —aclaró, ella asintió con la cabeza al saber cuándo había sido—. Me trató cariñosamente y no pude evitar que se despertaran todos los sentimientos que guardaba por ella. Ahora estoy muerto de miedo. Odio pensar que pueda haber un competidor o peor, que ella esté interesada en otro, pero me aterra la idea de confesarle lo que siento y que se ría de mí.

Clary no supo que decirle. No conocía a Tessa y las dos veces que la había visto no podía estar menos interesada en otros hombres y más interesada en Ayrón.

Permanecieron en silencio un par de minutos y con lo acogedor de ese apartamento y la calidez que le transmitía su secretaria, Joey no pudo evitar bostezar. Ambos sonrieron por el gesto y un segundo más tarde se puso en pie, acomodándose la americana.

—Siento haber sido un intruso durante estas tres horas, no ha sido mi intención causar toda esa confusión en tu familia.

—Vamos, no has sido un intruso. Me gusta tener visitas, me hace sentir un poco menos sola. —Joey la miró un momento a los ojos, tentado por preguntarle por qué no tenía un novio o un amigo especial con el que pasar sus horas libres, pero no dijo nada.

—Tenga cuidado con sus palabras, señorita Becker, podrían malinterpretarse.

—Sé que no es un tipo malpensado, señor Carlson —sonrió en respuesta.

—No me conoces del todo —rió con un toque perverso que les hizo reír divertidos—. Me encanta tu casa y lo he pasado realmente bien. Nos vemos mañana. No es necesario que me acompañes —añadió, acercándose él solo a la puerta para marcharse.

Cuando Joey cerró, dejándola sola, miró la mano en la que había llevado la

alianza. Trató, en balde, de no pensar que Tessa rompería el corazón de Joey como había hecho romperse el suyo, que tal vez Tessa ya tuviera a alguien a su lado que la hiciera feliz, un alguien del que ella se había negado a saber desde su divorcio.

Capítulo 2 ??

Todo en la nueva dirección estaba ya en su lugar, las oficinas de los empleados, las de los directivos, la del presidente... todo, y por ende, también todo había vuelto a la normalidad.

A diferencia de la dirección antigua, ahora Clary tenía su escritorio en una salita fuera del despacho de Joey, algo que agradecía, ya que, aunque se comportase con ella como un amigo, la distraía de sus deberes continuamente comentándolo todo, con tonterías que muchas veces no tenían sentido...

Esa mañana volvió a llamar el señor Conelly, alguien que buscaba inversores para su empresa y quien le ponía la piel de gallina por lo familiar que le resultaba su voz. No era para nada habitual que pidieran una cita para reunirse ese mismo día, y menos aun siendo viernes, pero ahí estaba, consultándolo con Joey frente a una bastante repleta agenda.

—Es un poco sospechosa tanta prisa, ¿no crees? —preguntó Clary abrazándose a la agenda.

—No. En realidad es más común de lo que parece. He llegado a reunirme con posibles clientes en las horas más raras o de un rato para el siguiente. ¿Tienes planes para esta noche? ¿Te apetece venir conmigo?

—No sé... Yo soy solo una secretaria. Creo que podría parecer lo que no es de cara a ese hombre.

—Si es solo por las apariencias no acepto tu rechazo. Búscate una excusa mejor o ve pensando en qué ponerte —sonrió. Se puso en pie, colocó las manos en los hombros de la muchacha, la hizo girar sobre sus pies y la empujó lentamente hasta sacarla de su oficina—. Dile que a las nueve está bien.

No tenía intención alguna de ir con su jefe a una cena de negocios, pero tampoco tenía planes para ese viernes: dos de las chicas tenían citas con sus

novios y otras dos tenían compromisos con sus familias. Iría a esa reunión con Joey y luego descansaría todo el fin de semana.

La cita era en el restaurante de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, algo que no entendía del todo, ya que solo iban a tratarse negocios empresariales, no le veía sentido a gastar una fortuna en una cena de lujo para hablar durante una o dos horas, pero tampoco importaba mucho lo que ella pensase. Había dejado que Joey la convenciera para acompañarle y lo haría, fuera donde fuera.

Estaba a punto de salir de casa cuando, al mirarse en el espejo, le pareció que su ropa era poco apropiada. Se quejó internamente por lo fácil que lo tenían los hombres, ellos podrían ir con el mismo traje que usaban en la oficina e irían igual de elegantes, en cambio ella, dependiendo de lo que usase podría parecer vulgar, impresentable o demasiado desenfadado. Corrió al dormitorio aflojándose el botón del pantalón que se había puesto para aquella cena, pero sonó el timbre y nuevamente se quejó por la terrible puntualidad de Joey.

—Hoy necesitaba que llegaras tarde. —le dijo al abrirle la puerta.

—¿Por qué?

—Mira cómo voy. Creo que esta no es la ropa que tendría que llevar para acompañarte.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en lo que llevas? —Preguntó mirándola de arriba a abajo.

—¿Vaqueros a una cita de negocios?

—No le des tanta importancia al vestuario. Yo creo que vas muy elegante.

Clary se miró en el reflejo del espejo del recibidor: vaqueros ajustados, camisa blanca, chaqueta de traje de color amarillo pastel, zapatos del mismo color, el pelo elegantemente atado en un recogido suelto. En realidad no iba mal, y le resultaban prendas cómodas, pero tenía la impresión de que el hombre con el que iban a reunirse creería que era una secretaria impresentable, y más al ir de esa guisa a un restaurante de aquella categoría. Miró a Joey y agarró con resignación

su brazo cuando éste se lo ofreció.

Para ser un tipo con mucho dinero Joey conducía un coche bastante normal, no tenía chofer ni nada por el estilo, y tampoco vivía en una zona como la de Colin o Ayrton, donde los apartamentos eran de lujo, donde las calles eran amplias y las aceras espaciosas, por el contrario, vivía en el mismo barrio que ella, en una zona repleta de gente y coches y ruido la mayoría de las veces. Era demasiado normal para ser hijo del dueño de la empresa en la que trabajaba.

—¿Qué? —preguntó él al darse cuenta de que lo miraba.

—Nada. Solo pensaba.

—¿En mí?

—¡No! Bueno si... En lo normal y sencillo que eres. —Explicó.

—No sé si eso es algo bueno o malo.

—Supongo que depende. Eres agradable y accesible, algo que le gustaría a una chica de clase baja, pero a su vez desagradaría a una de esas chicas ostentosas que solo quieren aparentar.

—¿Cómo Tessa?

—No sé. No sé cómo es Tessa. Por lo que me contaste es una chica bastante sencilla —ocultó que la había visto en persona y que por su aspecto distaba mucho de ser una chica sencilla.

—En realidad ella es como una princesa. No por bonita, que también —Clary rodó los ojos haciendo reír a Joey—. Cuando la veía los veranos siempre iba llena de barro, le encantaba pintarse con carbón de las barbacoas. Su madre siempre quiso criarla como si fuera una niña como otra cualquiera, pensaba que debía crecer disfrutando de su infancia, pero cuando su madre se murió fue la familia de su padre quienes se encargaron de ella. La protegían como si fuera tan frágil como el cristal, como si pudiera romperse, la obligaron a madurar y a volcar toda su atención en los estudios... Por dentro sigue siendo la que era de pequeña.

—¿Se pinta la cara con carbón? —bromeó Clary sin poder evitarlo.

—Qué graciosa...

Aunque quisiera no podía evitar pensar en el parecido que tenía la historia de esa chica con la de Ayron, y entendió que los Wells quisieran emparejarlo con ella. Por suerte Joey siguió hablando y poco a poco aquellos pensamientos se alejaron de su cabeza.

Cerca de media hora después, se detenían frente a lo que ella supuso sería la entrada del hotel. No sabía por qué, pero esperaba una puerta como la de la mansión Wells, con altos pilares de mármol, con unas escaleras decoradas con una alfombra roja, con enormes ventanales y decoraciones doradas. Sin embargo, aquella era una entrada más, muy del estilo del apartamento de su ex.

Un aparcacoches se acercó al pequeño BMW de Joey y éste no dudó en ofrecerle la llave.

—¿Y esa cara? —preguntó con una expresión simpática.

—Esperaba una entrada de lujo.

—Sí, es verdad, parece una entrada cualquiera. Pero espera y verás.

Joey sonrió ampliamente y después de que su secretaria agarrase el brazo que le ofrecía, se adentraron en el edificio.

La entrada no hacía justicia a aquello. Los techos eran altos, con arcadas blancas y doradas y una cúpula en el centro que refulgía como el oro. Los suelos eran de mármol, tan pulido como un gran espejo. Un par de hileras de macetones dorados con flores guiaban hacia el mostrador de la recepción y, a la izquierda, estaban los portones, blancos y dorados, que daban acceso al restaurante, donde se dirigieron sin más demora.

—¿Te gusta?

—No, no me gusta, me encanta. —respondió ella observándolo todo tan rápido como podía.

—Genial.

—¿Habrà llegado ya el señor Conelly? Espero no haberme equivocado al coger los datos.

—¿Bromeas? Creo que no hay secretaria más eficiente que tú. Ah... mira, es aquel, el del traje satinado de color claro. —señaló.

Clary se detuvo tan pronto como lo vio, conteniendo la respiración entre sorprendida y horrorizada, pero tuvo que disimular rápidamente cuando Joey se giró hacia ella para asegurarse de que seguía a su lado.

—Yo también habría puesto esa cara —rió Joey.

—¿Eh?

—Es un tío muy guapo. Vas a tener una buena vista durante la cena —bromeó, riendo al ver su expresión.

Clary sonrió forzosamente mientras se aproximaban a la mesa en cuestión. El hombre del traje color cava sonrió en su dirección y, justo en ese momento, se arrepintió de no haberse negado a ir con él. Podría haber puesto como excusa que tenía que ir a ver a su madre, o que tenía que verse con su padre, incluso podría haber hecho por quedar con Colin y su novia con tal de no haber aceptado, pero no, no lo había hecho, y ahora se encontraba en el momento más incómodo que había experimentado desde la última cena de etiqueta a la que había asistido.

—Buenas noches, señor Conelly. —Saludó Joey, ofreciéndole una mano como saludo.

—Veo que viene acompañado. —Sonrió el hombre internamente, satisfecho por haberse salido con la suya—. Señor Carlson, señorita...

—Sí, eh... ella es Clarence Becker. —Dijo el directivo, estrechando la mano que el otro le ofrecía—. Mi guapa y eficiente secretaria.

—Encan... cantada de verle de nuevo señor Wells —dijo sin gracia alguna, en un tono monótono y sin mirarlo directamente.

A riesgo de parecer una maleducada o de lo que su jefe pudiera pensar, ignoró completamente el gesto de saludo, desviando su atención hacia la mesa como si esta fuera mucho más interesante.

—¿Señor Wells? —preguntó Joey confuso. Estaba seguro de que iban a reunirse con Ayrton Conelly, no con Ayrton Wells.

—Wells. —Repitió ella—. Para concertar esta cita el señor Wells me dio un apellido falso. —Aclaró, fijando la vista en su ex.

—No es un apellido falso, Clary, es mi primer apellido. Ya conoces la historia. Además, sabía que si te decía que era yo te negarías a hablar conmigo. Y mucho menos verme. —Soltó Ayron de pronto.

—¿Os conocéis?

Ayron y ella se miraron a los ojos antes de que Joey, confundido, llamase su atención moviendo la mano frente a ellos.

—Una de las empresas en las que trabajé anteriormente fue SWC. Ya sabe que el señor Wells es su presidente.

—Vamos, Clary, éramos algo más que presidente y empleada.

La cara del directivo era un poema, estaba tan sorprendido de verlos hablar tan casualmente que no sabía ni qué decir.

—Ayron no. —Advirtió Clary con gravedad—. Ni se te ocurra decir nada.

—Ahora sí que estoy intrigado. —Soltó el rubio, quitándose la americana y dejándola en uno de los respaldos.

—No te intrigues, Joey. Ayron no es más que un primo lejano por parte de padre. —Ayron soltó una risotada al escucharla—. Por cosas de la familia lo conocí después de empezar a trabajar en SWC, pero no hemos hablado mucho.

—Por un momento pensé que habíais sido pareja o algo por el estilo. —Clary se sentó en la silla que Joey había apartado para ella.

—No. —dijo mirando a su ex—. Si no he hablado antes de mi parentesco con Ayron es, simplemente, porque no quiero que mis méritos sean atribuidos a la familia Wells o a mi empleo en SWC.

El camarero interrumpió su charla trayendo hasta su mesa el primero de los platos, cena que se había encargado de pedir Ayron al llegar.

Clary trató de evitar un nuevo contacto visual con su ex, estaba mucho más que nerviosa y no quería redescubrir unos sentimientos que había hecho lo imposible por enterrar. No quería volver a ver esa sonrisa que le había vuelto loca, ni fijarse en esas manos que la habían tocado o en esos labios que le habían hecho perder la razón. No. Se negaba siquiera a compartir mesa con él más de lo estrictamente necesario.

Tras el postre, Joey sacó la carpeta en la que portaban los documentos donde figuraba toda la información requerida para poder hacer el estudio de viabilidad, pero la conversación entre ellos había llegado a un punto que a ella le resultaba más que desagradable: su soltería y los escándalos que hubo con la heredera Tessa Sanders, escándalos en los que Joey estaba realmente interesado en saber si eran ciertos. Con educación y cortesía se puso en pie, tomó entre las manos su pequeño bolso y les dijo que necesitaba ir al tocador, alejándose de la mesa y de Ayrón a la velocidad de la luz.

Suspiró frente al espejo, notando como temblaba cada parte de su cuerpo. ¿Por qué tenía que haber aceptado ir con Joey si el simple hecho de haber escuchado esa voz al otro lado del teléfono ya le ponía nerviosa? Aceptar ir a cenar con ellos había sido una estupidez de la que le iba a llevar tiempo reponerse. Se metió en una de las cabinas y se sentó sobre la reluciente tapa dorada de uno de los inodoros, con intención de pasar allí tanto tiempo que Ayrón se cansase de esperar por ella y terminase marchándose. Se miró las uñas, se miró los zapatos, se tocó el pelo, pasó un rato con el móvil en las manos buscando tonterías en internet...

Hacía más de cuarenta minutos que Clary había ido al baño y Joey empezaba a preocuparse.

—¿Le habrá pasado algo? —preguntó buscándola alrededor con la mirada.

—No se preocupe. Supongo que está sorprendida de que la reunión fuera conmigo.

—Siendo primos, no veo por lo que tenga que esquivarle.

—Yo tampoco lo entiendo, pero las mujeres son así de impredecibles —era un comentario sexista, pero era lo único que se le ocurría decir—. Me encantaría esperar a que volviera y despedirme debidamente, pero me temo que se está haciendo tarde.

Ayrón sabía que la ausencia de Clary no era más que una excusa para no estar cerca de él, así que, para sorpresa de Joey, se puso en pie con claras intenciones de marcharse.

—¿Se va?

—Sí. ¿Sería tan amable de despedirse usted de mi parte?

Con una sonrisa cortés y un gesto más que elegante, Ayron le ofreció una mano como saludo. Luego, después de asentir con la cabeza, se apartó de la mesa, tirando de su maletín y alejándose de allí.

Joey miró a su alrededor sin saber muy bien qué hacer. Se veía tentado de llamar a seguridad para que verificasen que su secretaria estaba bien, pero justo tras ese pensamiento apareció tras él.

—Esta es la situación más surrealista que he vivido nunca. ¿Estás bien? Has estado cuarenta y cinco minutos en el tocador...

—Sí, estoy bien. Lo siento mucho, es que...

—¿Tan mal os lleváis tu primo y tú?

—Es solo que no quiero estar cerca de un Wells. Es... complicado.

—¿Quieres una copa? ¿O prefieres que nos marchemos? —ella torció el gesto con una mueca que él entendió rápido—. Vale, nos marchamos.

Le sabía mal engañar a Joey diciéndole que Ayron era su primo, pero no quería tener que explicarle cómo se había casado con él, y menos aún, el motivo por el que se habían divorciado. Agradeció que él tampoco tratase de indagar en los motivos por los que no quería estar cerca de ese supuesto familiar.

Salieron del hotel agarrados de los brazos, del mismo modo en el que habían entrado y, tan pronto como el aparcacoches trajo el pequeño y sencillo BMW de Joey, se alejaron de allí.

Capítulo 3 ??

Durante todo el trayecto de vuelta Clary no fue capaz de articular palabra. Cada vez que cerraba los ojos durante más de un segundo recordaba la terriblemente atractiva sonrisa de Ayrton. Maldecía cada vez que recordaba esas palabras que decían que habían sido más que jefe y empleada.

—¿No vas a bajar? —preguntó Joey, apoyado en la puerta de copiloto, mirándola con una sonrisa simpática.

—Lo siento. Estaba distraída. No me había dado cuenta de que habíamos llegado. —Él tendió una mano para ayudarla a bajar y Clary no dudó en aceptar el ofrecimiento—. ¿Estás de buen humor... o es cosa mía? —preguntó con una sonrisa y expresión simpática.

—No, de buen humor no. ¡Estoy feliz! —Exclamó, soltándola y extendiendo los brazos en cruz—. ¿Recuerdas el escándalo del romance entre Wells y Tessa? —Ella asintió—. No hubo nada entre ellos.

—Vaya, me alegro mucho por ti.

A pesar de confiar en lo que Ayrton le dijo cuándo se divorciaron, también a ella le gustaba saber que no había aprovechado su recuperada soltería para irse con ella.

—Te agradezco con todo mi corazón que hayas venido conmigo.

—Era mi deber como empleada.

—Y como amiga. —Joey tomó su cara entre las manos y sorprendiéndola, le dio un beso en la mejilla antes de darse la vuelta y correr hacia su coche entre bailoteos—. ¡Buenas noches señorita Becker!

Clary se quedó mirándolo con una sonrisa y negando con la cabeza como si estuviera loco.

—Buenas noches señor Carlson. Nos vemos el lunes.

Tratando de olvidarse de su inesperado encuentro con Ayrón, subió a su apartamento pensando en lo poco usual que era Joey como jefe. Sonrió al recordar su bailecito mientras iba hacia el coche. Entró en el apartamento quitándose los zapatos en el recibidor y soltando el bolso sobre la mesa de salón, cuando de pronto sonó la puerta. Rió creyendo que Joey estaba eufórico por lo de Tessa y que subía para hablar sobre ello. Abrió la puerta con una sonrisa, pensando en qué decirle, pero se encontró, de pronto, frente a Ayrón, quien sonreía de esa forma que no quería volver a ver.

—¿Qué haces tú aquí?

—Soy tu primo... tengo derecho a visitar a la familia, ¿no?

—¿Puedes dejar la broma? Joey no está. Además, ¿cómo sabes dónde vivo? ¿Me has seguido?

—No, no te he seguido. Sé dónde vives casi desde que te mudaste aquí. He estado muchas tardes sentado en esos bancos de colores frente a tu casa, esperando verte llegar y muriéndome de ganas por acercarme y hablarte y...

—No sigas —pidió con un hilo de voz.

—¿No me vas a invitar a entrar? —preguntó apoyándose en el marco de la puerta con esa pose chulesca que ella conocía bien.

—No, Ayrón. Deberías marcharte. He evitado a toda costa acercarme a ti desde que...

—¿... me dejaste? —Ayrón acortó la distancia que les separaba, apenas un metro, llevó las manos a sus brazos y se acercó aún más, cerrando los ojos y aspirando el perfume sutil que desprendía su piel y que tanto le gustaba—. Olvidaste un frasco de ese perfume en mi apartamento. Lo he usado todas las noches para rociar tu lado vacío de la cama —murmuró, conteniéndose tanto como pudo para no besarla.

Antes de que ella le pidiera nuevamente que se marchase pasó por su lado y se adentró en el apartamento, dejándola a ella en la puerta totalmente traspuesta.

No era mentira lo que le había dicho, había pasado noches y noches sin poder dormir debido a su ausencia, sueño que solo lograba conciliar cuando su

perfume flotaba por la habitación; después, ese aroma se había convertido en una droga para él y era lo único que necesitaba para poder sentirse tan bien como lo hacía cuando ella estaba a su lado.

Caminó hasta el salón y sonrió al ver que tenía la misma decoración que había imaginado que tendría: tonos claros, mantas en los respaldos de los sofás, velas en la mesa, tiras de led decorando la estancia. En el ambiente flotaba un olor dulzón, como si hornease dulces todos los días.

—Ayron... —la forma en la que dijo su nombre fue como entonces, y como entonces, también produjo en él ese cosquilleo que tanto le gustaba y que no había vuelto a sentir desde que ella se fue.

—Es muy acogedor.

—En serio, dime, ¿qué haces aquí?

Cerró la puerta y se metió en el apartamento tras él, cruzándose de brazos para que, cuando la mirase, se diera cuenta de que no quería tenerlo ahí. Estaba tan nerviosa que a duras penas lograba mantener el ritmo de su propia respiración. Mentiría si decía que no le gustaba verle de nuevo, o si decía que no había soñado miles de veces que la visitaba en su nuevo apartamento, pero no le gustaba sentirse como una quinceañera que está a punto de confesarse al chico que le gusta, ella no iba a confesarse, ni siquiera iba a admitir que aún estaba loca por él.

—Te he echado de menos —soltó Ayron de pronto, girándose hacia ella—. He querido hacer esto desde el día que te fuiste, y aun he querido hacerlo más desde que supe donde vivías.

Se aproximó a ella y la acorraló contra la pared, recorriéndola lentamente con la mirada. Clary contuvo la respiración, rezando mentalmente por que no la tocase, pero Ayron se inclinó hacia ella y se acercó a su boca desquiciantemente despacio. Sentía su cálido aliento rozando sus labios. Si iba a besarla... ¿Por qué diablos no lo hacía ya? ¿Por qué la torturaba de ese modo?

—¿Puedes marcharte? —preguntó con voz temblorosa y mordiéndose, acto seguido el labio inferior.

—Puedo. —Llevó una mano a su mejilla, haciéndola tomar aire con fuerza por el contacto de su piel—. Estás preciosa. Y me alegro de haber podido hablar contigo, aunque haya sido de esta forma.

—Ayron...

—Dios... todavía me gusta la forma en la que pronuncias mi nombre.

Cerró los ojos con fuerza, buscando el punto de cordura que le ayudase a no abrazarla, a no besarla y a no decirle que seguía loco por ella, que la quería y que quería volver con ella como fuera. Después de un suspiro se apartó de ella y salió del apartamento, corriendo escaleras abajo y alejándose tanto como pudiera antes de que ya no pudiera hacerlo.

Ir a su piso después de esa cena había sido un error. Había pasado muchos meses manteniendo la distancia, conformándose con verla a lo lejos, diciéndose a sí mismo que tenía que ir despacio, pero haberla tenido tan cerca en esa mesa y no haber podido hablar con ella, no haberla podido estrechar entre sus brazos le había dejado aún más ansioso que si no la hubiera visto. Se subió en el coche peleando consigo mismo para no volver a salir, peleando consigo mismo para mantener una calma que ni siquiera alcanzaba a imaginar. La quería, la quería como nunca imaginó querer a nadie y se moría por decírselo, por demostrárselo. Tomó una respiración pausada, repitiéndose que el siguiente viernes podría volver a verla, que había dejado un trato a medias con Joey Carlson y que la tendría cerca de nuevo en unos días.

Después de un par de minutos, cuando se supo con entereza le pidió al chofer que arrancase.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, Arthur. No te preocupes. Es solo...

—Sí, sé lo que tienes. La señorita Becker está preciosa.

—Lo está —confirmó, tratando de no sonreír como un adolescente enamorado.

Subió a casa tras despedirse de Arthur y, al cerrar la puerta de su apartamento lo observó desde la entrada: al lado del de su ex resultaba frío, tanto por los colores como por la pobre decoración, el suyo tampoco olía dulce como el de

ella, ni tenía esa iluminación cálida y acogedora. Caminó hacia su dormitorio quitándose la americana y sonrió al ver en su mesita de noche el bote de perfume que ella había olvidado allí. Cerró los ojos un instante recordando ese aroma en ella.

* * *

Cuando Ayron se apartó de ella se sintió incapaz de moverse, permaneció con la espalda apretada contra el muro durante un largo minuto, intentando tranquilizar los nervios que ese hombre despertaba en ella. Siguió inmóvil hasta que se supo con fuerzas para apartarse de la pared sin que le flaqueasen las piernas y luego fue a cerrar la puerta. Aun flotaba en el ambiente el sutil aroma de su perfume y cerró los ojos, aspirando con fuerza, hasta que su olor desapareció. Después de asegurarse que el cerrojo estaba bien puesto, se dirigió a su dormitorio, caminando como un autómatas. Su cabeza era incapaz de dejar de reproducir el abrir la puerta y encontrarlo de frente, su sonrisa, la cercanía de cuando la había bloqueado, el maravilloso contacto de su piel en la suya... Cuando quiso darse cuenta ya estaba duchada y sentada en el borde de la cama con el pijama puesto.

—Ese hombre te hace perder la razón, Clary, pero no sucumbamos. —Se dijo a sí misma, dándose un par de palmadas en las mejillas—. Le dejaste porque la vuestra era una relación imposible y será así para siempre... —continuó, repitiéndoselo una y mil veces más para auto-convencerse.

* * *

Duchado, con el pijama y sentado sobre el colchón se le ocurrió algo: sabía por sus amigas que Clary no había cambiado su número de teléfono, así que, después de hacer una foto en el lado vacío de su cama, en el que había dispuesto el botecito de perfume, se la envió. Por alguna estúpida razón, Clary creyó que el remitente de aquel mensaje sería alguna de las chicas, o incluso Joey, pero al ver el número supo rápido quien era. Soltó el teléfono sobre las mantas y se llevó las manos al pecho, tratando de controlar unos nervios que sólo él podía desatar de esa manera. ¿Qué diablos quería ahora? ¿Por qué tenía que inquietarla de ese

modo?

Con el pulso tembloroso cogió nuevamente el aparato y tras desbloquearlo abrió el mensaje.

“No te puedes imaginar lo mucho que me ha gustado verte.”

—Supuestamente llevas meses haciéndolo —le dijo a la pantalla antes de bloquear el móvil y soltarlo a un lado.

Un nuevo mensaje sonó justo después.

“Buenas noches, mi preciosa Clarence.”

Con un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo tecleó un texto de respuesta, apagó el teléfono y lo dejó en la mesita de noche antes de estirarse para dormir (o al menos para fingir que lo hacía).

Ayron esperó paciente la contestación y sonrió feliz cuando el aviso sonoro del SMS rompió el silencio sepulcral de su dormitorio.

“Buenas noches, Ayron. Y por favor, no vuelvas a escribirme o cambiaré de número, y no vuelvas a mi apartamento o me cambiaré de dirección y nunca más volverás a verme.”

No pudo evitar echarse a reír al leer su mensaje. Sabía que iba a escribirle algo como aquello. Tal vez Clary cambió cuando se casaron, se había vuelto más dócil, más sensible, más dulce y más sensual y apasionada, ahora volvía a ser la fierecilla que “secuestró” a la salida del restaurante en el que trabajó de anfitriona y le encantaba.

Estaba tumbada en la cama, mirando el móvil en la mesita, pensando si habría leído o no su respuesta. Era completamente incapaz de dejar el teléfono apagado ¿y si le escribía y ella no lo veía a tiempo? ¿Y si se quedaba esperando por una respuesta que no llegaba? Suspiró creyendo que era la mujer más tonta de la tierra y estiró la mano, cogiendo el móvil entre los dedos, presionando el botón de encendido y deseando que realmente hubiera un mensaje de ese ex al que aún amaba con todas sus fuerzas.

“¿Sabes? Tengo la total y absoluta certeza de que aún sientes algo por mí”

Clary sintió de nuevo ese cosquilleo en el estómago. Casi podía imaginarlo

mientras se lo decía con ese tono socarrón, con esa media sonrisa. Sin dudarlo tecleó la respuesta.

“¿Sabes que ese “algo” pueden ser muchas cosas?”

“¿Cómo qué?”

“Odio, asco, miedo... ¿necesitas más ejemplos?”

Después de enviar ese mensaje sonrió. A pesar de estar nerviosa por el simple hecho de estar “hablando” con él, le divertía llevarle la contraria.

“Pero tú no me odias.”

Si. Tenía la total y absoluta certeza de que ella no le odiaba. Es más, sabía que, aunque tratase de ocultarlo, aún tenía sentimientos por él.

“Sé que no te divorciaste de mí porque me odiaras. Ni porque me tuvieras asco o miedo. Además, ¿crees que no me he dado cuenta de lo nerviosa que te has puesto cuando me he acercado a ti? ¿Qué esperabas que te hiciera? ¿Qué habrías hecho si te hubiera besado?”

Ayron se echó a reír tras escribir esto último imaginando la cara que pondría. Cerró los ojos recordando el momento y se arrepintió por no haberlo hecho, pensando en que no sería tan fácil volver a tener una oportunidad como aquella.

Si le hubiera besado... Si le hubiera besado no tenía ni idea del estado en el que se encontraría en ese momento, si dudaba que fuera capaz de dormir por haberle tenido tan cerca, de haberla besado... No, no podía engañarse, de haberla besado ella también le habría besado a él, y le habría abrazado con fuerza, pegándose a él para sentir su cuerpo contra el suyo aunque fuera por última vez. Si la hubiera besado ahora no estaría preguntándose por lo que habría hecho o no, simplemente porque él sabría la respuesta tanto como ella. Miró su móvil con tristeza y tecleó un último mensaje antes de ir a dormir pero, a diferencia de los anteriores éste no lo envió, apagó el teléfono y tras dejarlo sobre la mesita de noche, se giró para tratar de dormir.

Ayron esperó más de una hora por esa respuesta que no llegó y, cuando el sueño empezó a apoderarse de él, se apoyó sobre la almohada, aspirando profundamente ese perfume que tanto le gustaba encontrar y que tanto le

tranquilizaba. Tal vez había metido la pata habiendo hecho las cosas de la forma en las que las había hecho: buscando en Joey un inversor que en realidad no necesitaba, usando su apellido en lugar del de la familia de su madre, presentándose en su casa de aquella forma inesperada... pero no se arrepentía, no se arrepentía en absoluto.

Capítulo 4 ??

El lunes había llegado, y con él llegó a la oficina una Clary con unas marcadas sombras bajo los ojos que no había sido capaz de ocultar con el maquillaje. Joey se sorprendió al verla entrar y sentarse en su mesa sin siquiera pasarse a saludar, además, no se había quitado el bolso ni el abrigo, por el contrario, había apoyado los brazos encima de la mesa y la cabeza sobre estos.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —Preguntó, yendo hasta su mesa con el ceño fruncido.

—No. Es solo que no he dormido mucho este fin de semana y estoy agotada.

Su voz sonaba congestionada y al acercarse a ella vio que no solo tenía ojeras, tenía los ojos enrojecidos y aspecto febril.

—Me preocupa verte enferma. Y peor aún, que haya sido por mi insistencia en que fueras a cenar el viernes conmigo y Wells. —Ella negó con una mano antes de sacar del bolsillo un pañuelo de papel con el que cubrir su serie de estornudos—. En los meses que llevas trabajando conmigo no has faltado ni una sola vez, pero esto es algo de fuerza mayor. Vete a casa, yo me las arreglo solo hasta que te repongas.

—Estoy bien. Solo es un resfriado —trató de tranquilizarle con una sonrisa que le causó más terror que gracia—. En realidad me siento como si me hubiera pasado un camión por encima. —Suspiró, parpadeando pesadamente—. Pero no te preocupes, no me moveré de aquí. Si estoy en casa será peor. Al menos aquí me distraigo.

Joey la miró unos segundos sintiéndose culpable por su estado. Estaba seguro que había sido por su culpa. Se colocó tras ella y le quitó el bolso, dejándolo cuidadosamente en el perchero, luego hizo lo mismo con su abrigo y, después de ayudarla a acomodarse en la silla, se acercó hasta la zona de las cafeteras, donde

le preparó una infusión. Tal vez no era un sabor de su agrado, o no lo preparaba como a ella le gustaba, pero pensó que con algo caliente en el cuerpo se sentiría un poco mejor.

Se sintió satisfecho al verla sonreír con gratitud cuando le dejó la taza de cristal delante de ella y la rodeó con las manos.

—Gracias.

—No hay nada que agradecer.

Aquella mañana Joey tenía la agenda completamente libre, así que desvió las llamadas a su despacho para que ella no tuviera que hablar más de lo necesario y así su garganta no padeciera.

A la hora de la comida su aspecto era aún peor, sus mejillas estaban llenas de color, sus parpadeos eran aún más pesados y se movía como si le costase hacerlo. Sin preguntar nada se acercó a ella, le colocó el abrigo sobre los hombros y la obligó a levantarse tirando de uno de sus brazos sintiendo, a través de la ropa, como estaba ardiendo por la fiebre.

—¿Qué pasa?

—Pasa que no puedo trabajar así. No puedo concentrarme pensando en que tengo al lado a una persona enferma y no hacer nada. Vamos al médico y luego a casa.

—No. Al médico no. Es solo un poco de frío y agotamiento porque éste fin de semana no he podido dormir nada.

—¿No quieres ir al médico? Muy bien. Cómo tú quieras. No te voy a obligar porque no eres una niña, pero a casa sí que te vas. Y te vas a dar una ducha tibia para bajar esa fiebre. Y te vas a meter en la cama a descansar como es debido.

Aunque hubiera querido decirle que exageraba y que realmente se encontraba bien, su cuerpo no podía negarse. Siempre procuraba alimentarse correctamente y abrigarse debidamente cuando hacía frío, pero no había sido suficiente. Parte de culpa la tenía Ayron, quien con su inesperada visita, había puesto todos sus pensamientos patas arriba, al punto de no hacer otra cosa más que releer sus

mensajes y fantasear con que volvía a presentarse allí. Ese fin de semana casi no había comido, no había podido pegar ojo pensando en que tal vez el lunes volvería a verle por el tema de los documentos que no se había llevado, había pasado las horas imaginándose delante de él fingiendo que le era completamente indiferente cuando en realidad era todo lo contrario.

Al llegar al ascensor Clary se apoyó contra la pared, sintiendo que se desmayaría en cualquier momento, así que después de disculparse, Joey la sujetó por la cintura y la pegó contra su cuerpo para ayudarla a caminar sin miedo a caerse.

—En realidad, conociéndote, nunca pensé que te vería así —se burló él al ayudarla a entrar en el coche.

—Hace años que no me pongo enferma.

—No lo pongo en duda, pero tampoco has tenido nunca unas vacaciones. Tal vez el agotamiento te está pasando factura.

—No es tan duro el trabajo contigo, Joey. No tengo que madrugar, no tengo que hacer esfuerzos físicos, no trabajamos de sol a sol...

—Pero aun así todo el mundo necesita descansar de vez en cuando. Esta semana mi agenda pesa poco así que descansa tanto como necesites. ¿Será suficiente una semana? ¿Dos?

—No necesito una semana. Tal vez solo un par de días.

—Eres muy terca, ¿lo sabías?

—Supongo que mi padre tiene algo que ver en ello —sonrió pesadamente.

Del mismo modo que le había ayudado a ir hasta el coche, también la ayudó a subir a su apartamento tan pronto como aparcaron. Clary entró como un rayo dirigiéndose al sofá, donde se dejó caer. Joey se acercó a ella y, como en la oficina, le quitó el bolso y la chaqueta, dejándolo encima de la mesita de centro que había frente a los sillones.

—Me encantaría quedarme un rato y cuidarte como lo haría un amigo, pero tengo que volver a la oficina... No sabría cómo justificar con mi padre que me he ido por una empleada.

—Por favor, ve. No desatiendas tus cosas por mi culpa o me harás sentir aun peor por no estar en mi sitio.

—Cuídate mucho, ¿eh? y descansa. Si puedo me paso luego —dijo con un tono alegre.

—Descuida —sonrió antes de que Joey se girase y se marchase, dejándola sola.

Clary se acurrucó en el sofá, tirando de una de las mantas y cubriéndose con ella, se encontraba tan mal que ni siquiera encontró las fuerzas necesarias para quitarse los zapatos o ir a la cama.

Era desconcertante para Joey llegar de vuelta a la oficina y ver que la mesa de su secretaria estaba vacía, pero era aún peor estar sentado en su escritorio y verla desde allí, padeciendo. Cogió la agenda del cajón de Clary y la abrió, leyendo las citas que tenía mientras caminaba, lentamente hacia su despacho. De pronto recordó la cena con Ayrton Wells y que no había dicho nada sobre los documentos para el estudio de viabilidad, de hecho, ni siquiera se había llevado las copias de los impresos que le habían llevado, de forma que, tras asegurarse de que estaba todo en la carpeta, se encaminó hacia SWC.

La presencia de aquel edificio dejaba al suyo por los suelos, haciéndolo parecer simple y aburrido. En realidad eso no era lo que importaba, sino lo que se hacía en su interior, pero aun así, siendo una empresa que se dedicaba a invertir en empresas como esa, pensó que debían haber elegido mejor antes de hacer una mudanza. Entró en el vestíbulo sorprendiéndose de que los elevadores principales estuvieran en la primera planta y que hubiera que subir hasta ahí a pie. Aun así, el ancho y la altura de los escalones la hacían cómoda. El ascensor en el que subió también tenía esa presencia elegante y moderna, también en contraste con el ascensor de su edificio —cuya iluminación no era tan brillante y cuyas paredes no tenían esas filigranas a contraste—, y al llegar arriba, a la última planta, se quedó boquiabierto, no solo por lo espaciosa que era y la cantidad de luz natural que brillaba ahí, sino porque parte del techo eran

tragaluces de cristal desde donde se veía el cielo.

—Los cristales pueden oscurecerse u opacarse cuando da mucho el sol —dijo un hombre joven tras él, alguien quien supuso sería el asistente de Ayrón.

—Buenas tardes, soy Joey Carlson, de CB Investments.

—No tiene cita. —dijo Vince tras comprobar en la agenda que ese nombre no aparecía.

—¿Se encuentra el señor Wells en su despacho? Si es así y está libre, dígame que estoy aquí para traerle la documentación que olvidó el viernes en la cena. Seré breve. No le robaré mucho tiempo, de hecho tampoco yo lo tengo.

Ayrón tenía la certeza de que Clary iría a llevarle los documentos que había olvidado adrede en el restaurante, así que, tan pronto como escuchó CB Investments, se enderezó en su silla, se aseguró de que su traje estaba perfectamente liso y, con un gesto, la hizo entrar. Su sorpresa fue mayúscula cuando al darse la vuelta con una sonrisa encontró que su preciosa ex mujer no era ella sino su jefe. Trató de no mostrar su desconcierto delante de ese hombre y señaló la silla frente a su mesa.

—Pensaba que vendría su secretaria...

—No, Clary... ¿Sabe? Aún estoy conmocionado con que sean primos —sonrió gracioso, pero su sonrisa se borró rápidamente al darse cuenta de que era el único que lo hacía—. He venido a traerle los requisitos. Léalos y si está de acuerdo puede enviarme los documentos por fax o con su secretario.

—¿Por qué no ha venido su secretaria? —Ayrón hizo caso omiso al tema de los papeles ya que, lo que realmente quería era verla a ella, tenerla nuevamente en su oficina.

—Ella vino enferma esta mañana y hace algo más de una hora la llevé a casa.

—¿Enferma?

—Al parecer se ha resfriado. Se siente cansada, tiene fiebre... —dijo Joey apesadumbrado.

Ayrón lo miró ceñudo y acto seguido se puso en pie, arrastrando la silla con las piernas y apartándose de la mesa. Le ofreció una mano como saludo sin decir

una sola palabra y se dirigió a la puerta, dejando al inversor perplejo y sin saber qué diablos decir.

—Deje los documentos a mi asistente. —Pidió mientras salía de la oficina.

Ni siquiera se detuvo a pensar en lo poco profesional que quedaba marcharse así. Escuchar que Clary estaba enferma y que estaba en su casa, probablemente sola, fue más de lo que podía soportar. Tal vez lo que tenía no era un resfriado, sino un nuevo problema con su riñón. Se estremeció al imaginar lo mal que debía estar pasándolo: adolorida, sola... No se preocupó en llamar a Arthur, simplemente subió a su coche y condujo a toda velocidad hasta la dirección de su ex. Se aseguró de aparcar debidamente para evitar problemas con la grúa y, acto seguido, corrió por la acera hasta llegar al portal. Tenía el pulso tan acelerado por el miedo de lo que fuera a encontrar, que no era capaz de notar un solo latido. Subió despacio para no terminar sin aliento y, al llegar frente a su apartamento, se dio cuenta de que la puerta estaba mal encajada. Temió que estuviera tan mal que hubiera tenido que ir al hospital pero, al empujarla y adentrarse unos pasos, vio un bulto en el sofá. Se acercó a ella, agachándose a su lado y, con cuidado y delicadeza, le retiró el pelo que, por el sudor, tenía pegado en la cara.

—Creo que me he dormido. Pensaba que te habías ido... —murmuró entreabriendo los ojos—. ¡Ayron! —exclamó poniéndose de pie casi de un salto.

—¿Estás bien? —preguntó él al darse cuenta de lo pálida que estaba.

Clary sintió un mareo por levantarse tan deprisa que necesitó buscar donde apoyarse, pero Ayron fue más rápido y la levantó en volandas.

—¡No, déjame! Puedo caminar, ¿sabes? —pidió nerviosa.

Que Ayron estuviera ahí en lugar de Joey había sido toda una sorpresa, pero que además, la cogiera en brazos, era más de lo que su cuerpo enfermo podía soportar, así que dejó de pelear.

—¿Ese es el dormitorio? —preguntó, dirigiéndose a la única puerta cerrada que había en el salón.

A pesar de que se quejaba y pedía que volviera a dejarla en el suelo, él siguió

avanzando. Abrió la puerta bajando la manilla ayudándose con el codo y, entrando con cuidado de no darle un golpe con el marco, caminó con ella pegada a su pecho hasta la cama. Luego la soltó lentamente sobre el colchón.

—¿Qué...? Auch, qué dolor de cabeza... —se quejó, rodando hacia un lado y cubriéndose la cara con las manos.

—Estás sudando... Si puedes, date una ducha, ponte un pijama y métete debajo de las mantas. Ahora vuelvo.

—No...

Ayron cerró la puerta y la dejó murmurando algo que no se preocupó en escuchar. Sabía que le estaba diciendo que se fuera y que no volviera, pero no iba a hacerle caso, por mucho que le dijera, por mucho que se negase a tenerle allí. Ésta vez iba a cuidar de ella, al menos hasta que tuviera la certeza de que no tenía nada grave. Pese a parecer un maleducado, rebuscó las llaves del apartamento en el bolso de su ex mujer y, tras asegurarse de que se había quedado en la habitación, salió de allí.

Se incorporó bruscamente al escuchar un ruido en el salón. Se levantó despacio, con un terrible dolor de cabeza que le obligaba a sujetarse las sienes con las manos y, tras abrir la puerta se encontró de frente con Ayron, quien llevaba una bandeja pequeña con un tazón de caldo y un pequeño vasito con un montón de capsulas.

—¿Qué significa esto? ¿Qué haces aquí? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Esto significa que, como la vez anterior no pude cuidarte como merecías y pienso hacerlo ahora. Quieras o no.

Se miraron unos instantes antes de que una nueva punzada le forzase a hundir la cabeza entre los hombros.

—Ayron...

—Puedes volver a la cama y comerte esto allí o puedes sentarte en el sofá. Yo no voy a ir a ninguna parte, no hasta que estés mejor. Puedes pedirlo a gritos, si

quieres, no va a hacer diferencia.

Se encontraba peor que mal, pero sabía que Ayron no se iba a mover de su lado y no quería estar a solas con él en el dormitorio. Vencida por la amenaza caminó, maldiciendo entre murmullos, hasta el sofá, donde se sentó tan despacio como pudo para evitar una nueva sacudida en su cabeza. Miró el tazón que su ex le ofrecía y después de acercarse a olerlo se giró hacia él.

—¿Lo has preparado tú?

—Si. Durante este año he aprendido algunas cosas, entre ellas a cocinar.

—Pero tú no comes en casa...

—Hasta que llegaste a mi vida no. Luego le cogí el gusto. La pasta con salsa de tomate es de mis platos favoritos —sonrió, haciendo que sonriera ella también al recordar que, alguna de las veces que cocinaron juntos era eso mismo lo que prepararon—. Ese es un caldo de verduras. Te irá bien para el malestar y para la congestión.

Clary se miró un instante al notar que iba cómoda y se dio cuenta de que llevaba el pijama en lugar de su ropa de calle, lo malo era que no recordaba habérselo puesto. Se giró hacia él, ceñuda, creyendo que se había encargado él de desnudarla para ponerle esa prenda.

—¿Qué? —preguntó él.

—Esto... —se señaló la ropa, pero él hizo un gesto como si no entendiera a lo que se refería—. ¿Me lo has puesto tú?

—No. Cuando he vuelto ya te habías cambiado y estabas durmiendo. Yo solo te he tapado con las mantas. Tómate el caldo y las pastillas. Son vitaminas y algunos suplementos para que tengas un poco más de fuerza. No va nada para la fiebre porque es la forma que tiene tu cuerpo de deshacerse de lo malo. También va algo para el dolor de cabeza —sonrió.

Podría negarlo, y de hecho lo haría, pero tenerle ahí cuando se encontraba tan mal era como un sueño. Y esa sonrisa que tanto le gustaba era para ella todo lo que necesitaba para vivir.

Ayron permaneció a su lado mientras ella tomaba, obedientemente, lo que le

había preparado. Se alegró de que se tomase la medicina sin cuestionarle, fiándose de que lo único que quería era que se pusiera bien. Cuando se terminó todo lo de la bandeja tiró de una de las mantas de punto del respaldo del sofá, se la puso alrededor y se sentó sobre la alfombra, a sus pies.

—Gracias por esto... —murmuró con un hilo de voz un rato después.

—Te lo debía. ¿Te estás durmiendo? —Ella asintió con la cabeza—. Vamos. Te ayudaré a ir a la cama y me marcharé. Tengo un par de cosas que atender en la oficina.

—Estoy bien. Puedes irte.

Ayron no iba a dejarla dormir de cualquier manera en el sofá, aunque pareciera muy cómodo. Se acercó a ella, rodeándose los hombros con uno de sus brazos, las piernas con el otro y, acto seguido, la levantó, pegándola a su pecho. Ésta vez sintió como ella le rodeaba el cuello con el brazo y, al sentir como se ajustaba a él, hundió la cara en su cuello. Aspiró su aroma y la atrajo con fuerza. La deseaba tanto que le costaba razonar.

Las palabras «Te quiero» le quemaban en la boca, pero justo al intentar pronunciarlas Clary empezó a toser, trayéndole de vuelta a una realidad en la que ella no le abrazaba porque quisiera estar con él, sino porque estaba enferma. La dejó con cuidado en el borde de la cama y la contempló mientras se acomodaba despacio entre las mantas. De haber dejado todo listo en la oficina antes de irse podría plantearse, incluso, pasar la noche allí, aunque tuviera que dormir en el suelo, en el sofá, o en la alfombra del salón, pero había un par de reuniones inaplazables a las que no podía faltar. Se inclinó hacia ella y posó los labios en su frente durante unos segundos antes de apartarse para marcharse.

Podía estar enferma, podía ser que no tuviera fuerzas ni para moverse ni para pelear, pero por un instante deseó que no se fuera, que se quedase con ella, al menos, esa noche, aunque no fueran a hacer nada, aunque ni siquiera la besase; la mera presencia de Ayron le inquietaba y le tranquilizaba a partes iguales, era como si supiera que, mientras él estuviera cerca, todo iría bien. Cerró los ojos pensando en ese beso que le había dado, recordando el momento en el que había

hundido la cara en el hueco de su cuello y sintió el cálido roce de su respiración en su piel... Le miró mientras se alejaba de ella, mientras cerraba la puerta, pero él evitó el contacto visual y luego le escuchó cerrar la puerta de la entrada, dejándolo todo en el más absoluto silencio.

La última de las reuniones se había retrasado más de lo deseado. Fela, la esposa polaca de uno de los socios de sus tíos, quienes habían decidido ir con él a esa reunión, se entretuvo hablando de su hijo y su hija, y ese no era el problema, sino que sus tíos empezaron a insistir en que debían conocerse. Eran tan sumamente retorcidos que ni siquiera razonaban debidamente, ya que la muchacha de la que hablaba esa mujer tenía diecisiete años, trece menos que él. Desesperado por terminar de una buena vez, comprobó mil veces la hora, deseando que ese montón de cotorras diera por zanjado un tema del que habían dejado de hablar hacía dos horas, pero cada vez que parecía que se levantarían para despedirse, salía un nuevo tema de conversación, entreteniéndolos a todos un buen rato más.

Fingió que iba al baño para llamar a Clary, era tarde, lo sabía, pero necesitaba escuchar su voz, necesitaba que le dijera que no se preocupase porque gracias a sus medicinas se encontraba mejor, pero ella no respondió. Supuso que tendría el teléfono en el salón o que lo mantenía en silencio para que nadie la molestase, pero aun pensando que era lógico que no respondiera, se sentía inquieto.

“Te he llamado pero no respondes. Espero que te encuentres un poco mejor.

Ojalá pudiera estar ahí contigo...

Por favor, respóndeme cuando lo leas sino no estaré tranquilo”

Hubiera añadido algo más a ese mensaje, pero sabía que le incomodaría leerlo, de forma que simplemente lo envió como estaba y guardó su teléfono.

—¿Quién es? —Preguntó uno de sus tíos, acercándose a uno de los lavabos y abriendo el grifo.

—¿Quién es, qué?

—La que te tiene así de ansioso... Porque podemos suponer que es una mujer,

¿no? —se echó a reír.

Ayron resopló asqueado y salió de allí, escuchando la risa maquiavélica de su tío. Maldijo internamente por tener que estar ahí en lugar de estar donde realmente deseaba.

Se sentó a la mesa siendo escudriñado por su otro tío, pero trató de hacer caso omiso a lo que pudiera decir ya que, fuera lo que fuera, seguro que sería para intentar molestarle, para humillarle o para tratar de hacerle sentir, como siempre, un cero a la izquierda.

La cena se dio por concluida pasadas las once de la noche y por suerte no tenía que volver con ninguno de sus tíos ya que había ido hasta allí en su propio coche. Saludó a Arthur cuando éste le abrió la puerta del sedán y, subió a toda prisa sin mirar a nadie de los que habían compartido mesa con él las últimas cuatro horas. Se vio tentado a pedirle que le llevase a casa de Clary, pero justo al arrancar el motor sonó un mensaje en su móvil.

“Estoy bien. Tu caldo de verduras, las medicinas y dormir durante ocho horas seguidas me ha sentado realmente bien.

He visto que has dejado un poco en la nevera y lo he tomado para cenar. Ahora voy a dormir.

Muchas gracias, Ayron”

Sonrió como un tonto al leer su nombre. Probablemente lo habría pronunciado como tanto le gustaba oír.

—¿La señorita Becker?

—Si... —respondió mirando la pantalla.

—¿Has conseguido algún avance con ella?

—Creo que no. Pero lo haré. Y ésta vez no la dejaré ir.

Ayron había pasado la noche dando vueltas en la cama, deseando que amaneciera para poder ir a verla.

Apenas había empezado a despuntar el día cuando salió de entre las sábanas con prisa, ni siquiera esperó que sonase el despertador. Se duchó a toda

velocidad, se vistió igual de rápido y, sin detenerse a desayunar, llamó a Arthur para informarle que esa mañana no necesitaría chófer. Como era evidente, esa mañana tenía un sitio al que ir antes de SWC. Al llegar al apartamento de su ex se quedó mirando la puerta sin saber muy bien qué hacer. ¿Y si llamaba y ella estaba durmiendo? No quería molestarle, no quería interrumpir su descanso y, aunque le pesase, marcharse era la mejor opción. Acarició la puerta suavemente con los dedos antes de darse la vuelta, pero entonces ésta se abrió.

Gracias al caldo de Ayron y a las medicinas herbales que le había llevado, había descansado como nunca y se había levantado completamente renovada, tanto que no recordaba haberse sentido tan enérgica en mucho, mucho tiempo. A pesar de que Joey le pidiera la mañana anterior que descansase unos días, se encontraba perfectamente bien como para ir a trabajar, así que se vistió después de tomar una ducha y fue a la cocina. Estaba a punto de encender la cafetera cuando escuchó un ruido mudo en la puerta. Se acercó con sigilo y al mirar por la mirilla se encontró con Ayron al otro lado, con preocupación en sus ojos y la expresión compungida. El día anterior apenas era capaz de pensar, y tenerle en casa no le había afectado demasiado, a pesar de haberse sentido entre sus brazos, de haber estado atendida por él... saberlo ahora al otro lado de la puerta desató sus nervios. Se llevó las manos al pecho dudando entre abrir la puerta o dejar que se marchase, pero su cuerpo reaccionó antes que su mente y, sin poder darse cuenta de lo que hacía, ya había abierto la puerta.

—¡Clary! —Exclamó él, sorprendido no solo por verla de pie y con buena cara, sino con aspecto de ir a alguna parte—. ¿Vas a algún sitio?

—Sí. Voy a ir a la oficina. No quiero dejar colgado a Joey.

—Pero, ¿estás bien?

—Estoy mejor que bien. Un día de descanso y lo que me preparaste... —trató de no ruborizarse al ver la forma en la miraba—. Ha sido como magia.

—¿Me vas a dejar en la puerta?

—Ehm... —¿cómo diablos iba a decirle que no? Se hizo a un lado y, con un gesto de su mano le invitó a pasar—. Por cierto, ¿cómo entraste ayer?

—La primera vez la puerta estaba mal cerrada y solo tuve que empujarla. Para la segunda usé tus llaves. —Respondió sincero.

—Cogiste las llaves...

—Estaban en tu bolso. Necesitaba salir para comprar tu medicina y no podía hacer que te levantasess para abrir. Además, sé que no lo habrías hecho.

—¿Y era mejor robarme?

—¡No te robé! Vuelven a estar donde estaban. Solo las usé para entrar.

Lo miró con una ceja arqueada, buscando en su cara algún pequeño gesto que le hiciera pensar que había hecho algo indebido, como por ejemplo hacerse una copia con la que entrar en su casa a placer, pero no fue capaz de dudar de su palabra.

Algunos de sus mejores momentos como pareja habían sido en la cocina, y la simple idea de estar en una, y a solas con él, le hacía temblar, aun así, trató de hacer sus nervios a un lado y le pidió que le acompañase. Pretendía desayunar antes de ir al trabajo y, por lo pronto que era, dedujo que él tampoco debía haber tomado nada, así que echó un poco más de café en la cafetera y la encendió mientras preparaba dos tazas y cogía algunas piezas de fruta.

—¿Me estás invitando a desayunar?

—Te lo debo. Por cuidar de mí aunque no estemos juntos... —cerró los ojos con expresión de haber dicho algo erróneo.

—Te lo debía, porque cuando lo estuvimos no estuve contigo cuando lo necesitaste.

—No fue tu culpa. No te dije que me dolía ni te dejé hacerlo después. No me debías nada.

Ayron no le llevó la contraria, a pesar de saber que no estaba en lo cierto no dijo nada. Tenía que haberse dado cuenta de que no se encontraba bien y tenía que haber pospuesto aquella cena que les llenó de discordia aquella noche. Claro que se lo debía, y cuidaría de ella tantas veces como se sintiera enferma para compensar su falta.

Tomaron el desayuno sin decir una palabra, él sin poder apartar la mirada de

ella, ella sin poder mirarle por miedo a que le temblase todo el cuerpo.

—Creo que hoy deberías descansar. Podría venir después y prepararte otro caldo de verduras, incluso prepararte algo más consistente.

—No. Es una oferta muy atractiva, pero Joey es muy bueno conmigo y no quiero dejarle colgado en la oficina, sobretodo porque realmente me encuentro bien.

—Como quieras... —Entre ellos se instaló un silencio incómodo—. Tu café es delicioso. Ojalá pudiera venir a desayunar contigo cada día.

—Ya... Pero si te coges como costumbre venir a mi casa cuando te venga en gana, me cambiaré de apartamento.

—Sí. Ya he oído eso antes —sonrió. Se puso de pie y, tras dejar su taza y su plato en el fregadero, le dio un beso en el pelo antes de dirigirse a la puerta—. No sabes cuánto me alegra saber que estás mejor.

—Gracias, Ayrón —respondió casi atropellándose con sus propias palabras—. Ten un buen día.

—Tú también. Y abrígate, no vayas a recaer.

Cuando Ayrón salió de su apartamento se vio tentada de ponerse a gritar de emoción, pero se contuvo, intentando borrar de su cara esa sonrisa tonta que le quedaba siempre que Ayrón estaba cerca de ella.

Capítulo 5 ??

La mañana empezaba atareada para Joey, quien había recibido la orden de su padre de buscar una acompañante para la cena benéfica de los Masen, amigos íntimos de su progenitor y quienes cada vez organizaban fiestas más impresionantes. Debía buscar a una acompañante femenina y no había nadie con quien deseara ir, ni una amiga especial, ni una empleada y por supuesto ni una novia. Clary tampoco era una opción, lógicamente, porque ya la había obligado a ir con él a una reunión hacía pocos días, y porque tampoco podía preguntarle ya que, en teoría, estaba enferma en casa. Pasó por delante de la mesa de su secretaria, la saludó inconscientemente y se dirigió a la cristalera que separaba su despacho de la secretaría. Justo antes de entrar se dio la vuelta sorprendido, Clary no solo tenía buen aspecto —en completo contraste con la mañana anterior—, sino que también tenía una sonrisa brillante que hacía relucir su cara.

—¿Y esto? —Preguntó con una sonrisa, colocándose frente a la mesa de su secretaria—. ¿No estabas enferma?

—Dios, ¡lo estaba! —Dijo, poniendo cara de alivio—. Dormí prácticamente todo el día, tomé un caldo de verduras y unas medicinas herbales que me trajo... Ehm... —no supo siquiera cómo decir que se lo había preparado su ex—. La cuestión es que esta mañana no solo me he despertado completamente renovada, también siento como si mis pilas hubieran recibido una sobrecarga de energía —rió.

—Como habría querido estar en tu lugar. —Se lamentó.

—¿Fue muy mal ayer? No había mucho organizado para el día...

—No es eso. Unos amigos de mi padre organizan una fiesta benéfica anual y tengo que buscar pareja.

—Oh vaya...

—Sí. —Antes de poder siquiera plantearse el preguntarle si quería ir con él, empezó a sonar el teléfono dentro de su despacho, por lo que se dirigió a la cristalera—. Por cierto, no solo se te ve mejor que nunca, tus ojos tienen un brillo inusual... ¿Ha pasado algo bueno?

—Nada especial —sonrió ella, sabiendo que la visita de Ayrón era para ella algo mejor que bueno.

Clary suspiró aliviada cuando Joey se metió en su oficina, por un momento temió que sugiriera, siquiera, que le acompañase a esa fiesta, pero se alegró de que no lo hiciera. No tenía la más mínima intención de volver a ir a un evento de gente rica, fuera una simple cena o fuera una fiesta de alto copete, fuera para hacer un favor a su jefe o por puro gusto.

La mañana pasó despacio, normalmente no había muchas llamadas, así como en SWC sabía que Vince atendía el teléfono a cada rato, ella apenas recibía cinco o seis llamadas cada hora, pero esa mañana estaba resultando de lo más tranquila, en cambio su jefe no soltaba el teléfono. Se le veía agobiado, aturdido y ella sintió la necesidad de entrar y pedirle que le dejase ser ella quien atendiera a esa gente. Joey le explicó que Tessa asistiría a ese evento y sus amigos y su familia le preguntaban constantemente si él también iría.

—No puedo librarme, pero tampoco sé cómo diablos voy a ponerme frente a ella si solo de pensar que irá me tiene a base de esto —le enseñó el contenido del vaso de cartón con el que le había visto llegar.

—¿Café?

—¿Café? ¿A ti te huele a café? —Preguntó con cara de horror—. Sabe a rayos, no a café —dijo volviendo a cubrir el vaso—. Es un té de hierbas relajantes que me recetó un amigo de mi padre para cuando tengo cuadros de ansiedad.

—Joey, ¿Tienes un cuadro de ansiedad porque Tessa va a ir a esa fiesta?

—Cuando lo dices tú suena ridículo... —se lamentó—. ¿Quieres saber lo peor? —Preguntó, ella asintió con la cabeza—. Que no es ni para esta noche ni para mañana... La fiesta es dentro de dos semanas.

—Y si ya estás así, faltando dos semanas... ¿Cuántos vasos debes tomar cuando falten dos horas? —Trató en balde, de ocultar una sonrisa burlona.

—No te rías. ¿Has estado enamorada alguna vez hasta el punto de que te temblasen las piernas solo con pensar en verle?

—Sé a lo que te refieres —Había pasado por eso con dos hombres, primero con Colin y luego con Ayrton.

—Yo no soy como esos tíos que pasan de todo. Ojalá me pareciera a mi padre o a mi hermano... pero no. Mis hermanas se ríen de mí diciéndome que parezco una chica exteriorizando mis sentimientos.

—Vamos, no te preocupes, todo irá bien. Además, quedan dos semanas.

Joey se llevó una mano a la frente y se dejó caer contra el respaldo de su silla.

Si, Clary sabía perfectamente cómo se estaba sintiendo su jefe, y sabía que, cuanto más se acercase el día, más nervioso se pondría al pensar en que al fin vería de nuevo a quien él consideraba el amor de su vida.

* * *

Habían pasado las dos semanas y Joey no lograba tranquilizarse. Pasaba los días bebiendo ese brebaje para los nervios sin que Clary notase que le hiciera efecto alguno. Deambulaba por la oficina mordiéndose las uñas, inquieto... atendía a sus citas sin poder concentrarse en nada. Clary sabía que no había encontrado a nadie que fuera con él y había pasado los dos últimos días debatiéndose entre acompañarle y ofrecerle todo el apoyo moral que pudiera darle o si simplemente dejarlo estar, total, aquel era un evento que no tenía nada que ver con ella, en el que no iba a participar de buen gusto y del que, seguramente sacase alguna que otra humillación. No, definitivamente, plantearse el ir con él no era, ni de lejos, una buena idea, así que ignoró a su conciencia y siguió apoyándole hasta esa misma tarde.

—Voy a morir. Voy a morir. Voy a morir —repetía él al borde de un ataque de nervios.

Clary le miraba a través de la puerta de la oficina con una sonrisa... Tal vez sus hermanas tenían razón, la exteriorización de sus emociones eran algo inaudito para ella, quien nunca había visto a un hombre así de nervioso por tener que asistir a una fiesta. Trató de mostrar una expresión serena y llamó al cristal con un par de toques.

—Ya son las seis. —Dijo, haciendo referencia a la hora de marcharse.

Salvo cuando tenían mucho trabajo o citas importantes, siempre estaban fuera de la oficina a esa hora.

—Son las seis... ¡¿Las seis?! —preguntó con horror. Clary no pudo evitarlo y estalló en risas. Aquello era superior a ella—. Te estás tiendo de mi...

—Es que no es normal. Joey solo es una fiesta. Tal vez incluso ni llegues a ver a Tessa. A lo mejor a última hora ella no puede ir, o yo que sé. —Joey asintió con la cabeza, mirándola con una expresión que le decía que tenía razón, aun así siguió caminando al borde de un ataque—. Me voy a casa. —Él asintió e hizo un gesto con la mano para darle permiso—. No pienses tanto. Solo intenta pasarlo bien.

En vista de que no decía nada, se dio la vuelta para marcharse.

Era viernes y llegó a casa suponiendo que Ayron estaría allí. Él le había dicho que no podía afrontar el fin de semana si no la veía los viernes y que llegaba un poco antes de tiempo solo para verla de pasada. Bajó del autobús contagiada por los nervios de su jefe y caminó despacio hasta su portal, mirando a su alrededor, esperando encontrarle en el parque, o en su puerta como la semana anterior... pero Ayron no estaba. Por alguna estúpida razón no había pensado en la posibilidad de que él también hubiera podido ser invitado a aquella fiesta. Su excitación por verle se esfumó casi de inmediato ya que era obvio por lo que no estaba allí, pero de pronto una mano cálida se posó en su hombro y no pudo evitar sonreír como una tonta antes de darse la vuelta.

—¡Joey! —exclamó sorprendida.

—¿Sabes que Ayron Wells hizo esa misma expresión cuando fui en tu lugar a

llevarle los documentos de la inversión?

—¿Ayron?

—Sí. Luego se fue de su despacho y me dejó con la palabra en la boca tan pronto como le dije que estabas enferma. —Clary peleó con todas sus fuerzas para no sonreír.

—¿Qué haces aquí? ¿Y la fiesta?

—Ven conmigo.

—¡No! ¿Estás loco?

—Por favor. Por favor, Clary. Te lo suplico... No puedo ir con nadie más. Nadie quiere ir con un histérico. Y creo que no podría ir con otra persona más porque no hay otra que me transmita esa serenidad que tú me transmites.

—Lo siento, Joey. Ni loca se me pasaría por la cabeza ir a una fiesta de esas. Además, no puedo arreglarme a tiempo, ni tengo la ropa adecuada.

—¿Arreglarte? Solo necesitas un vestido. Apuesto que tienes algo como eso en tu armario. Por favor. Te compensaré como tú quieras. Te pagaré. Haré lo que quieras que haga, te deberé una... Por favor. Te lo suplico...

Aquella era la situación más embarazosa que estaba viviendo. El viernes de la cena con Ayron se había sentido incómoda, si echaba el tiempo hacia atrás, otra situación que le había desagradado fue la de ir a la mansión Wells para felicitar al abuelo de su ex... pero ni una ni otra de esas situaciones incómodas podían compararse a la de tener a su jefe rogándole para que le acompañase a una fiesta a la que él mismo tenía miedo de ir. De pronto Joey se puso de rodillas en el suelo, con las manos apoyadas en la acera y la cabeza gacha.

—Vamos, levántate. Te vas a ensuciar el traje.

—Ven conmigo. Por favor... Solo serán unos minutos. Que me vean, que salude a los amigos de mi padre y luego, si quieres, nos vamos, te traigo a casa y...

Ayron no estaba en el parque, ni estaba en su puerta... y, al parecer, no tenía excusa creíble para zafarse de semejante encerrona. Sin decir una palabra se dio la vuelta y terminó de caminar hacia el portal, donde abrió antes de empezar a

subir las escaleras. Joey caminaba tras ella, murmurando algo que no se preocupó en escuchar. Entonces, de pronto se giró hacia su jefe.

—Esperaba visita. Si cuando lleguemos arriba está ahí, puedes ir pensando en ir solo.

—¿Visita? ¿Esperabas a alguien?

—Ahora lo verás.

Terminó de subir deseando con todas sus fuerzas que Ayron estuviera allí para salvarla de asistir a una fiesta a la que realmente no quería ir, pero no estaba. Maldijo internamente por su mala suerte antes de darse la vuelta.

—¿No está? —Preguntó Joey.

—No. No está. —Se lamentó—. Iré contigo, pero nunca, nunca, nunca, vuelvas a pedirme que te acompañe a fiestas, a cenas de empresa ni nada por el estilo, ¿vale?

—Te lo prometo. Gracias. Un millón de gracias —dijo acercándose para abrazarla.

—No sé ni qué voy a ponerme... —se quejó.

Apreciaba a Joey, pero ese tipo de obligaciones no le resultaban nada gratas.

Pasaron al apartamento y, mientras él se sentaba en el acogedor salón, ella se metió en el dormitorio. Soltó la chaqueta sobre la cama y se dirigió al armario. Rebuscó entre las decenas de prendas en busca de algo apropiado para una gala como esa, pero todo lo que encontraba eran vestidos de fiesta, vestidos desenfadados y juveniles que usaba cuando salía con las chicas, nada que fuera decente para los ojos de los invitados de aquel evento. De pronto recordó el vestido que usó para la cena con los Sanders, aquel vestido que le tocó usar durante toda una noche por culpa de su riñón. El día que lo guardó prometió no volver a usarlo, estaba nuevo y no podía tirarlo, pero tampoco quería volver a usar un traje con el que había sido tan desdichada. Buscó la caja en la que lo había guardado junto a los zapatos y al bolso a juego y lo extendió en el aire.

—Qué más da... —murmuró al dejarlo sobre la cama—. ¿Tengo tiempo de darme una ducha? —preguntó asomándose por el marco de la puerta.

—Sí, supongo. Podemos llegar un poco más tarde, no es una fiesta de esas en las que si no llegas a tiempo te dejan en la calle.

—Pero no quiero que lleguemos tarde por mi culpa. Dame cinco minutos.

—¿No te vas a duchar?

—Lo haré cuando vuelva.

Se metió en el dormitorio, se cambió los vaqueros y la camisa por el vestido, se maquilló sutilmente y se arregló un poco el pelo. Sonrió al darse cuenta de lo rápido que podía pasar de tener un aspecto formal pero desenfadado a vestir de gala. Por un instante recordó cuando Ayrón se fijó en que no llevaba ropa interior, cuando acarició sus pechos excitándola... Aquella noche le prometió que llegarían de vuelta en menos de dos horas y no había sido así. Sacudió la cabeza al pensar que no tenía sentido recordar algo como eso, y menos aún sufrir por ello. Cuando salió del cuarto se fijó en como la miraba Joey, lleno de asombro y después de dar un giro le dedicó una sonrisa.

—Wow...

—¿Wow... yo pensaba que llevarías algo más elegante?

—No. ¡Wow! Mi secretaria es la mujer más bonita del mundo.

—Después de Tessa —rió ella.

—Bueno, pero solo ante mis ojos. —Afirmó—. Estás preciosa. Si no estuviera perdidamente enamorado de otra, te juro que te perseguiría hasta el fin de los días —confesó.

—Gracias, Joey. Es un halago un poco raro, pero te lo agradezco.

—Las gracias te las doy yo. No sé qué haría yo sin ti.

—¿Tal vez tener a otra secretaria a la que obligar a estas cosas?

—Ya he tenido otras secretarias, pero ninguna como tú. Para mí solo eres una empleada en la oficina, fuera de ella eres lo más parecido a una mejor amiga —declaró—. ¿Vamos? —ella asintió con la cabeza, sujetando el brazo que le ofrecía antes de salir.

Capítulo 6 ??

Llegaron a la mansión en la que iba a celebrarse aquella gala benéfica y Clary empezó a sentirse incómoda. Empezó a estarlo cuando Joey la asaltó en la calle, pero aquello empezaba a ser un sentimiento desagradable, como si algo en el ambiente le dijera que no entrase, como si le dijera que se esfumase de allí, un mal augurio, aun así siguió a Joey sin rechistar, con suerte serían solo unos minutos y pronto estaría de vuelta en su apartamento.

Todo en aquel lugar estaba vestido para la ocasión: las mesas que perfilaban el salón principal tenían largas mantelerías con ribetes dorados, los camareros que paseaban por allí llevaban bandejas de plata llenas de canapés... Los asistentes iban todos de punta en blanco, usando sus mejores galas... Por suerte para Clary, su vestido no destacaba demasiado, salvo porque no llegaba hasta el suelo sino hasta sus muslos pero, con un poco de suerte, la gente se fijaría en ella más que en su vestido.

Joey se puso rígido de repente, se quedó completamente inmóvil, como si alguien le hubiera congelado. Ella sonrió cortésmente a todo el que pasaba por su lado y se quedaba mirándolos, pero no podían quedarse ahí, a medio camino entre la puerta y las mesas. Se acercó a su oído y, tras pinchar con un dedo en su cintura susurró: “¡descongelado!”. De pronto Joey se giró hacia ella con el rostro desencajado.

—Joey, me estás asustando —confesó Clary.

—Tessa... —alcanzó a decir.

—Madre mía, ¿en serio? ¿En serio estás así por Tessa? —él hizo un gesto con la mirada para que mirase.

Clary también se quedó boquiabierta cuando la vio. No era más que una invitada más pero, tal vez porque era elegante, preciosa y estaba soltera, era que

llamaba la atención de todos. Además estaba ese vestido blanco que usaba, un vestido que parecía de novia y que le quedaba especialmente bien, y esa sonrisa radiante... Por un momento sintió celos de ella, y no porque todos los padres de ricos solteros la quisieran para sus hijos, sino porque cierta familia la había pisoteado a ella por esa chica, cuya vida, a pesar de la muerte de su madre, había sido fácil.

—¿Por qué no te acercas a saludarla? Yo puedo coger un canapé y una bebida y esperar a que termines.

—No lo sé...

—Vamos. No puedes quedarte aquí y además, ella ya te ha visto. Sería de mala educación no decirle nada. —Sonrió.

Cuando Joey se giró para mirarla, ella le dio un beso en la mejilla, se separó un par de pasos instándole a que se acercase a su amada y, acto seguido, se apartó hacia el borde del salón, donde pequeños grupos de personas hacían apretados corrillos.

Había perdido de vista a su jefe por culpa de la muchedumbre, y pensó en lo raro que resultaba ver a ese montón de gente refinada, hablando apretujados, con copas y bocaditos en las manos. En una discoteca era una visión habitual, sobre todo en la pistas de baile, pero nunca imaginó que empresarios, inversores, abogados y todo tipo de distinguidas personalidades se aglutinasen de ese modo.

—Vaya, vaya, vaya. Pero mira lo que tenemos aquí... —soltó Leslie, una de las arpías, prima de Ayron, cruzándose de brazos delante de Clary. La miró de arriba a abajo con una ceja arqueada y una expresión de incredulidad.

—Oh... —respondió ella sin ganas.

Había pensado en la odiosa familia Wells al ver a Tessa, pero ni siquiera se le había pasado por la cabeza que las inseparables primas de su ex estuvieran allí. Cerró los ojos rascándose un parpado como excusa para no mirarla, incluso le dio la espalda, pero Leslie la rodeó, poniéndose frente a ella nuevamente.

—¿Oh? ¿Esa es toda la educación que vas a demostrar tener? ¿Ni un simple “hola”?

—Sí, oh. Oh, por la mala suerte que correrán los que no sean de vuestro agrado, porque lo que hacéis las arpías como vosotras es despellejar vivos a los que os estorben mínimamente. Pero si estás tan falta de aprecio, tranquila, puedo fingir ser igual de hipócrita que vosotras. —Soltó sin intención alguna de ser amable con ella. Ellas habían sido las causantes de que en un arrebato dejase a Ayron y, aunque nunca había sido una persona rencorosa les guardaría eso por el resto de su vida. Se estiró por completo para parecer un poco más alta y se acercó a ella un poco más—. ¡Hola querida! ¿Qué tal tu vida? —empezó, alzando la voz con un tono que llamó la atención de algunos a su alrededor—. ¿Qué tal la familia?

A pesar de lo mucho que la detestaba no iba a rebajarse de nuevo a su nivel, por lo que, en lugar de esperar por una respuesta que en realidad no le interesaba saber, simplemente se dio la vuelta e ignoró por completo a esa mujer del mismo modo que si no existiera, pero eso aun molestó más a la prima de su ex por lo que ésta decidió tocarle la moral con un golpe bajo.

—La familia... No sé por qué podría interesarte la familia, ya no perteneces a ella. —Le dijo desde detrás—. Al final te quedaste sin nada... —murmuró en su oído. Clary cerró los ojos con fuerza intentando, en balde, concentrarse en la música para no escucharla—. Sin un marido guapo y sexy, sin una empresa que vale millones, sin un céntimo... Lo bueno es que mi primo recapacitó a tiempo y te echó como a la perra que eres. —Dijo con maldad—. Incluso ha aceptado casarse con alguien que decida la familia. ¿Te haces una idea de lo mucho que nos va a beneficiar? Tessa es...

—¡Cállate ya! ¿Quieres? —Espetó, girándose con cara de pocos amigos y con unas inmensas ganas de callarle la boca de un puñetazo—. Tienes razón, no me interesa nada de lo que quieras contarme sobre vuestra asquerosa familia, ¿sabes? No me interesa Ayron —mintió—, no me interesáis vosotras, ni vuestros padres, ni Oliver, no me interesa ni uno solo de los Wells. ¿Por qué demonios te empeñas en contarme vuestros asuntos? Si tanta necesidad tienes de que la gente sepa lo felices que sois amargando la vida a otro, pide a la prensa amarillista que

te hagan un reportaje, no sé... seguro que se te ocurre algo súper retorcido con lo que alimentar el morbo de seres despreciables como tú...

Antes de que Leslie pudiera decir nada para defenderse se acercó a ellas Karen, sujetándose el estómago con los brazos y riéndose a más no poder. Ni siquiera se había percatado de que la chica con la que parecía estar hablando su prima era la ex de su primo.

—Dios, no podéis imaginaros el ridículo que ha hecho Joey Carlson al confesarse delante de todos a Tessa. La pobre se ha quedado sin saber qué decir. ¡Menuda vergüenza!

Clary maldijo internamente por no estar ahí apoyándolo como se suponía que iba a hacer, de hecho por eso había accedido a ir a esa fiesta. Se dio la vuelta y, golpeando el hombro de Karen con el suyo corrió en busca de su jefe. Pasó la mirada por todos los asistentes y se detuvo en Tessa, quien la miraba totalmente inexpresiva. Se acercó a ella con paso firme con intención de decirle lo mucho que Joey la quería, pero alguien la frenó sujetando una de sus manos.

—Me he precipitado. Yo... No he debido venir, no he debido traerte. Lo siento.

Varias chicas a su alrededor se reían diciendo lo ridículo que era al pensar que con su cara pudiera gustarle a alguien.

—Perdóname por lo que voy a hacer. —Sin dejar que Joey dijera nada en respuesta tomó su cara entre las manos y, poniéndose de puntillas le besó.

Todo el mundo en torno a ellos empezó a murmurar, unos con cara de asco, otros con cara de sorpresa.

Estaría loco si se atrevía a decir que no le estaba gustando ese beso, y más el motivo por el que lo hacía, pero no era lo correcto, ni por ella ni por él mismo. Llevó las manos a su cintura y ella entendió que debía apartarse.

Y así lo hizo.

Joey la miró con una sonrisa, dándose cuenta de que tenía las mejillas sonrosadas.

—Gracias. —Dijo con dulzura y con una gratitud que hacía brillar sus ojos.

—¿Nos vamos? —preguntó ella—. Estoy un poco mareada. Esto es...

—¿Estás bien?

—Sí. Solo estoy un poco saturada.

Joey la sujetó por la cintura y caminaron juntos hacia la entrada con intención de marcharse, pero al terminar de bajar el último escalón Tessa llamó su atención desde la entrada, bajando las escaleras atropelladamente.

—¡Joey! —Exclamó sujetando su brazo.

—Tessa... —respondió con la voz temblorosa.

Clary se debatió entre dejarlos a solas o quedarse para impedir que le hiciera más daño, pero en la situación de su jefe ella habría querido escuchar lo que fuera que Tessa quería decirle, aunque eso le rompiera aún más el corazón, así que soltó su agarre y dio unos pasos atrás antes de dirigirse a la zona de aparcamientos. Para su sorpresa Tessa no quería hablar con él, sino con ella. Joey suspiró aliviado al pensar que pretendía regañarle por el espectáculo que había dado, y se alejó unos metros con dirección al jardín.

—Quiero disculparme contigo... —empezó—. Acabo de darme cuenta de lo mal que debiste sentirte al verme besando a Ayrón. —Admitió—. Supe que os divorciasteis después de aquello. Me he sentido muy mal por eso...

—¿Cómo sabes lo de mi divorcio?

—Al ver cómo te fuiste, Ayrón me contó lo vuestro. Me sentí ridícula al haber caído en la trampa de los Wells. Me estaba atormentando a mí misma al darme cuenta del mal rato que te hice sentir, así que volví unos días más tarde para hablar contigo y al bajar del coche te vi saliendo de SWC. Ayrón me contó, muy afectado, que acababa de firmar los papeles del divorcio. —Las dos se quedaron en silencio sin mirarse—. He estado toda mi vida enamorada de Joey —confesó de pronto—. Pasábamos los veranos a una casa de distancia. Su hermano es un cretino, pero él... Confieso que me dejé obsesionar con Ayrón y con aquellos rumores que nunca entendí. Es guapísimo, tiene un puesto importante en una empresa importante y mi padre solo me hablaba de él... Llegué a pensar que seríamos la pareja perfecta pero su pareja perfecta jamás podría ser yo. —Dijo antes de volver a quedarse en silencio—. Hace un par de meses me encontré

inesperadamente con Joey y... Sé la razón por la que le has besado, aun así he sentido lo que debiste sentir tú.

—No tenía ni idea de que el amor de Joey era correspondido. ¿Por qué no se lo has dicho? Le has dejado hacer el ridículo, todo el mundo se ha reído de él.

—No lo esperaba. No esperaba que fuera a confesarse delante de toda esa gente. Ni siquiera sabía que tenía esos sentimientos por mí... No he sabido qué decir y cuando he conseguido salir del shock le estabas besando y...

—Lleva dos semanas al borde de un ataque sólo porque tú también asistirías a esta fiesta. —Sonrió, mirándole desde la distancia, viéndole caminar tan inquieto como lo había visto esa misma tarde en la oficina—. Si tú también le quieres... tal vez sería una buena idea que se lo dijeras. No hay nada más bonito que un amor correspondido.

—Yo... No sé cómo decírselo.

—Solo bésale. Apuesto a que solo con eso le basta para saberlo —sonrió amable.

No esperó a que Tessa dijera nada más, le tocó el brazo derecho y, tras decirle que su vestido era precioso empezó a caminar hacia la calle. Si salía como ella creía, dudaba que Joey quisiera tener carabina, por lo que volver a casa en taxi era una más que excelente opción. Se alejaba de ellos a paso medio, hacía frío como para ir paseando sin más y tampoco podía correr por culpa de los tacones. En un momento, al girarse, vio como Tessa y Joey se besaban y no pudo evitar sentir como su corazón daba un vuelco de alegría al saber que, al fin, su jefe tenía ese amor que tanto ansiaba. Sonrió, satisfecha por haberle acompañado y en cierto modo, feliz al volver a escuchar que Ayron y Tessa no habían tenido nada después de su divorcio.

A pesar de ser una mansión imponente y con unos jardines enormes, no pertenecía a una urbanización privada, no había garita con guardia de seguridad o portero, por el contrario, tenía acceso a una de las calles más importantes de la ciudad. No era tarde, y decidió caminar tranquilamente por la acera a la espera de encontrar un taxi que le llevase de vuelta a casa.

Leslie y Karen no se habían quedado satisfechas con lo que le habían dicho en el salón, y les había molestado sobremanera escuchar comentarios de algunos invitados comentando lo valiente que había sido al tratar de defender a Joey del bochornoso espectáculo que había dado. Detestaban a Clary por no haberse mostrado, jamás, ni siquiera un poco humillada ante sus ataques. Sabían que habían logrado su propósito de hacer daño a Ayrton a través de ella, y que era una herida abierta con la que jugaban cada vez que se encontraban con él en la empresa o en la mansión familiar, pero hundir a quien ellas consideraban una zorra astuta se había quedado como tarea pendiente, una tarea que no habían llegado a completar en los pocos segundos que habían estado juntas en la mansión, así que decidieron seguirla de cerca para continuar con su labor de herirla todo lo que pudieran mientras estuviera cerca.

Tras ella sonaban pasos de al menos dos personas, pero ni siquiera se le ocurrió mirar hacia atrás. Siguió su camino pensando en lo feliz que Joey debía sentirse al saber que él y Tessa tenían sentimientos mutuos.

—¿La ex zorrita de Ayrton tiene que volver a pie? ¿No te ha contratado nadie para pasar la noche con él? ¿Incluso tu espantoso acompañante te ha abandonado? ¿Así de desagradable eres hasta para alguien como Joey Carlson? —preguntó sin parar una voz seguida de una risa maliciosa.

Clary sintió un escalofrío recorriendo su columna, pero trató de hacer como que no las había oído y siguió caminando, acelerando un poco el paso y maldiciendo por su mala suerte. De pronto algo golpeó su cabeza. No fue un golpe fuerte, solo había sido una lata vacía, pero en ese momento se giró para enfrentar a esas dos indeseables que se habían empeñado en hacerle la vida imposible.

—¿Puedo saber qué pasa con vosotras? ¿No estáis contentas con lo que hicisteis que aún queréis más?

—No, no estamos satisfechas —dijo Karen, la más agresiva de las dos—. Aquel día me abofeteaste, nos mojaste, nos insultaste... ¿Crees que te vamos a dejar ir tan fácilmente?

—Empezasteis vosotras en la cafetería, y cuando luego os plantasteis en nuestra casa para molestar. Yo solo me defendí como habría hecho cualquier persona.

—No importa. Lo que importa es el resultado. Tuvimos que salir sucias del asqueroso apartamentucho de Ayrón. Todo el mundo nos miraba. —Se quejó—. Tú no eres más que una sucia muerta de hambre, estás acostumbrada, pero nosotras pertenecemos a la élite, a lo más alto.

Clary se echó a reír por lo que escuchaba. Aquello parecía más la pataleta de un par de mimadas que no se han salido con la suya que la forma en la que debían actuar dos mujeres adultas de “la élite”. Después de dirigirle una mirada graciosa se dio la vuelta y emprendió la marcha nuevamente. No iba a seguirles el juego, por mucho que intentasen provocarla.

En la fiesta, Leslie había dado cuenta de lo mucho que le habían dolido sus palabras con respecto a Ayrón, así que buscó en ello la herramienta para torturarla.

—¿Cómo se siente al ser abandonada por alguien como Ayrón? —preguntó, pero no obtuvo respuesta. Clary sabía que era una artimaña y no podía permitirse sucumbir—. ¿Sabes cuantas han pasado después de ti por su cama? —inquirió, sugiriendo que para él no había sido nadie—. Nunca te ha querido, solo te usó para jugar contigo y para engañarnos.

—No me interesa. No me interesa Ayrón, ni vuestra familia, ni vosotras. No insistáis. No tenéis nada que pueda atraer mi atención.

Karen se acercó a ella corriendo y, agarrándola del pelo, la hizo caer al suelo, poniéndose a horcajadas sobre ella y abofeteándola en la cara sin parar mientras apretaba los dientes y balbuceaba un sinfín de insultos. Clary no sabía por qué tenía que pasar por eso, pero no estaba dispuesta a permitir que esas dos alimañas hicieran con ella lo que quisieran, ella no era un juguete al que torturar. De un empujón hizo caer a su agresora, quien se llevó la mano al golpe con expresión de horror.

—¿Esto es lo que os enseñan a las princesitas? ¿A comportaros como

despreciables sabandijas? —Dijo con la voz temblorosa. Ella jamás hablaba así, pero necesitaba defenderse—. ¿Queréis saber cómo se siente al no estar con la persona a la que se ama? Pues lamento mucho deciros que nunca podréis saberlo, porque nadie os va a querer nunca, porque el hombre que tenga la mala fortuna de caer en vuestras manos, fingirá solo por una reputación, por vuestro dinero y vuestra posición. Nadie quiere a una víbora que solo escupe el veneno que lleva dentro.

Leslie se lanzó sobre Clary, tirándole del pelo con todas sus fuerzas, pero ésta actuó deprisa y, para conseguir que la soltase rápidamente levantó la falda de su vestido hasta el cuello, mostrando su fea y anticuada ropa interior. En ese momento pasaban por allí un par de hombres, un par de hombres que habían estado en la fiesta y quienes conocían bien a los Wells. Se aproximaron a ellas a toda prisa y separaron a las dos primas de la pobre muchacha que estaba en el suelo.

—¿Estás bien? —Preguntaron a Clary entre los gritos de las otras dos. Ella asintió, levantándose despacio y pasándose las manos por el vestido, al que se le había rasgado parte del encaje del pecho.

—Esto no se va a quedar así. —Vociferaba Leslie—. Vas a morir por esta humillación. Te vamos a despellejar viva... —amenazó incesante a pesar de que Clary ni siquiera la miraba.

—Estás sangrando. ¿Necesitas ir al hospital? —Preguntó uno de los hombres señalándole con un gesto una de sus rodillas.

—Estoy bien. Gracias.

El taxi que necesitó que pasase minutos atrás —antes de que ocurriera todo eso—, apareció en ese momento y Clary no dudó en extender una mano para llamarle y subir a él tan pronto como se detuvo a su lado. Antes de entrar en la mansión había algo que le decía que no lo hiciera, que se marchase, había algo que le alertaba y que había decidido ignorar para seguir al lado de su jefe. Lo suyo había salido mejor que bien, sin embargo, ella tenía que volver a sufrir las torturas de la maldita familia Wells aun sin formar parte de ella. Pidió al taxista

que la dejase una calle antes, necesitaba respirar, despejarse, olvidarse de lo sucedido.

El día que dejó a Ayrón se prometió a sí misma que no iba a volver a sufrir por culpa de los Wells, sin embargo ahí estaba, dolorida por los golpes, dolida por la forma en la que despreciaban sus sentimientos por Ayrón, ofendida por tener que seguir viviendo unas humillaciones que cada vez eran más desmedidas. Sentía el corazón roto al ver nuevamente confirmado el hecho de que, aunque decidiera intentarlo de nuevo con Ayrón, esa era una relación imposible que solo les haría sufrir.

Caminó hasta el portal lánguidamente, arrastrando los zapatos, inmersa en unos pensamientos que deseaba no tener.

—Así que estamos en paz —dijo Ayrón.

Estaba frente a su puerta, apoyado en el umbral con pose chulesca. En otro momento aquella visión habría sido el antídoto al veneno de las dos arpías, pero su mal humor empeoró aún más al escucharle.

—¿A qué te refieres? —respondió de mala gana.

—A ese beso en público con tu jefe.

—¿Ahora también me controlas?

—Simplemente me he enterado.

No solo Leslie y Karen se habían encargado de enviarle un mensaje con las novedades, dos de los invitados, chicos a los que conocía de otros eventos similares, le habían contado que Joey Carlson se había declarado a Tessa, a voz en grito y delante de todo el mundo, también habían mencionado que una guapa desconocida le había besado y se habían ido sin más. Sintió como le corroían los celos, no solo porque Clary y su jefe se llevasen tan bien como para ir juntos a una fiesta, sino porque le había besado y él hacía casi un año que no había podido tocar sus labios aun deseándolo con todas sus fuerzas.

Clary hizo como si tal cosa, abrió la puerta y se adentró en el edificio siendo alcanzada por Ayrón, quien la siguió hasta el apartamento.

—Dime Ayrón, ¿qué haces aquí?

Siempre le preguntaba lo mismo, pero después de lo ocurrido esa noche su ánimo no era el mejor y eso se reflejaba en el tono mordaz de sus palabras.

—Dime una cosa, Clary. ¿Te molesta que venga?

—¿Y lo preguntas ahora? ¿Por qué?

—Muy fácil. Siempre me tratas con esa actitud distante, evitas mirarme o que me acerque a ti. Es como si me tuvieras miedo o antipatía. Si te molesta que venga dímelo y ya no lo haré más. Ya no volveré a venir, ni a buscar chocar contigo, ni a enviarte mensajes. Si no te gusta verme ésta será la última vez que lo hagamos.

Clary lo miró debatiéndose con qué decir. Tenía miedo a reconocer que estaba loca por él, tenía miedo a no verle más, miedo a depender de sus visitas y extrañarle cuando no le viera, pero también tenía miedo a volver a caer en sus brazos y volver a sufrir, por él, por su familia, quienes estaba segura que jamás la dejarían tranquila.

—Por favor, no vengas más. —Soltó hosca, sin querer meditarlo.

—Vale. Entonces me marchó. Siento mucho haberte hostigado este tiempo. Ya no volveré a molestarte.

Estaba tan dolido por sus palabras que no sabía que más decir. Deseaba que le dijera que sí quería seguir viéndole, que le dijera que no dejase de ir, estaba seguro de que en el fondo no le desagradaba que fuera a su casa. Que le pidiera que no volviera a ir le dolió tanto como su divorcio y, a pesar de amarla como jamás amaría a nadie, no volvería a verla. Si eso era lo que ella quería realmente así sería. Sintiendo como se le rompía el corazón, llevó una mano a su mejilla y la miró durante unos segundos, tratando de memorizar cada una de las líneas de su cara. Se acercó a ella un poco más, se inclinó hacia adelante y apoyó su frente en la de ella. Cerró los ojos buscando la fuerza necesaria para alejarse y luego, simplemente, dio un paso atrás.

Clary deseó con todas sus fuerzas que la besase, que le dijera que no iba a ir a ninguna parte, que se quedaría para siempre con ella quisiera o no, que le consolase como había hecho las otras veces que había sido víctima de sus

primas. Era tonta, y mucho, y lo peor era que lo sabía, pero en el fondo creía que lo correcto era dejarle ir, dejar que encontrase a la adecuada, a una mujer con la que él estuviera a gusto y con la que aquella despreciable familia no tratase de hacerle daño. Lo miró fijamente a los ojos cuando se apartó, teniendo la corazonada de que realmente esa iba a ser la última vez que se vieran, luego, de pronto, Ayron se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta suavemente y dejándola completamente sola. Clary se dejó caer de rodillas con un nudo en la garganta que le impedía respirar, no le importaban los golpes, ni la herida de su pierna, lo único que le preocupaba eran los “¿y si?”: ¿Y si realmente no volvía a verle? ¿Y si no volvía a sentir con nadie más lo que sentía con él? ¿Y si no lograba olvidarle? ¿Pasaría el resto de su vida arrepintiéndose por dejarle ir? Sin pensar en lo que hacía corrió escaleras abajo en busca de Ayron, salió a la calle sin saber en qué dirección ir, yendo unos pasos a la derecha, luego a la izquierda, mirando hacia ese parque en el que él había pasado algunas tardes esperando solo para verla en la distancia, pero se había esfumado.

Subió de nuevo en busca de su móvil y, dejándose llevar por lo que estaba sintiendo en ese preciso instante, tecleó un mensaje.

“Lo siento. Lo siento de verdad. En realidad no quiero que te vayas, no quiero dejar de verte. Me hace inmensamente feliz llegar a casa los viernes y ver que estás ahí, esperando por mí. Ayron te quiero. Te quiero. Estoy loca por ti y daría lo que fuera por volver a lo que teníamos antes. Me da miedo volver contigo por tu familia, porque no quiero sufrir por su culpa y menos aún, que te hagan sufrir a ti por mi culpa, pero necesito seguir viéndote, necesito sentirte cerca para poder vivir.”

Leyó y releyó mil veces en mensaje antes de presionar una y otra vez el botón de borrar, eliminando una y otra hasta la última letra. Estaba segura de que era mejor así y que Ayron terminaría dándose cuenta de ello.

Cuando soltó el teléfono sobre el sofá empezó a llorar, al principio mirándose la rodilla herida, como si eso fuera lo que provocaba sus lágrimas, luego se apoyó en el reposabrazos, hundiendo la cara en el círculo de sus brazos y lloró

amargamente, arrepintiéndose por ser tan sumamente estúpida, por no luchar por lo que realmente amaba. Su familia era despreciable, pero él no lo era...

Capítulo 7 ??

Iba sentada en uno de los asientos de delante de un enorme autocar de dos plantas. Su silla quedaba justamente sobre la del conductor, por lo que veía la carretera casi como si fuera volando sobre ella. Joey se sentaba a su lado e iba murmurando algo acerca de las jornadas de convivencia que iban a tener ese fin de semana y que darían comienzo tan pronto como llegasen al resort. Agradecía inmensamente que no hablase del mono-tema de las últimas semanas: de lo que hacía con Tessa, o de lo feliz que era con Tessa, o de lo agradecido que estaba con ella por haberle ayudado aquella noche, hacía ya un mes. Una parte de ella se alegraba, sinceramente, de ver cómo había logrado conseguir el amor, de verle sonreír como un tonto cuando veía su número en la pantalla cuando Tessa le llamaba, de verle emocionado cuando llegaba el fin de semana sabiendo que lo pasaría con ella, pero no podía evitar sentirse un tanto celosa por no poder tener algo parecido con nadie.

Hacía un mes que no había vuelto a ver a su ex y, aunque los primeros días fue una tortura, después de dos semanas había sido capaz de reponerse, pensando que realmente eso era lo mejor para ambos. Pensó, como cada día, en lo distintas que habrían sido las cosas de no haberse divorciado de él. Por suerte, Joey empezó a hablar y la trajo de vuelta a la realidad.

—Lo que no sé es si acceder o no a que las habitaciones sean grupales y mezcladas con las otras empresas o si...

—Espera, espera, espera... —interrumpió alzando una mano—. ¿Mezcladas? ¿Estaremos allí con más empresas?

—¿Por qué crees que todos vamos con pañuelos rosas?

—Creía que era una gracia... La gracia de alguien por lo de la excursión.

—No. Es para saber quién es de cada empresa, claro. Las jornadas de

convivencia son así, están diseñadas para coexistir, entre nosotros, entre empleados de otros ámbitos. —Explicó—. Es divertido, ya lo verás.

—Ni siquiera había oído hablar antes de ese tipo de salidas, menos aún que fueran más compañías...

—Hacía dos años que no hacíamos estas cosas, pero mi padre las organizaba cada año. La más grande fue con ocho compañías más, fue un poco caótica pero terminó siendo muy divertido. —declaró.

—¿Qué suele hacerse?

—¡Nada! ¿No te has molestado siquiera en mirar el *planning*? —Preguntó exagerado—. Es como un campamento, solo que en un hotel en lugar de en tiendas de campaña —rió—. No te preocupes, te aseguro que te divertirás.

Mientras Joey leía el horario que había preparado para el personal de su empresa, Clary imaginaba cómo sería. Por culpa de su padre no había podido disfrutar de su adolescencia todo lo que debió, no había podido ir a excursiones del instituto, ni pudo salir con sus amigas acampamentos juveniles o a viajes. Ni siquiera pudo ir con Allegra, una de sus mejores amigas de la infancia, cuando fue, con su hermano, sus primos y dos amigas más a los grandes lagos. Ahora estaba dispuesta a disfrutar al máximo de su primera excursión.

Después de enterarse que irían otras dos empresas al mismo resort no preguntó a qué se dedicaban, Joey no le había dado importancia alguna, por lo que supuso que no serían compañías muy grandes.

Hacía un frío de mil demonios y, a pesar del grueso abrigo que vestía, se estremeció al bajar del autocar. Contempló la belleza del lugar con una sonrisa en los labios.

—¿Te gusta? Se te ve emocionada.

—No, no me gusta. Me encanta, Joey. Gracias por traerme.

—¿Bromeas? ¿Qué iba a hacer yo aquí sin mi secretaria?

—Bueno, soy solo una becaria.

—¿Haces las funciones de una secretaria? —Ella asintió con la cabeza—. Entonces eres una secretaria, mi secretaria —sonrió, tocándole la punta de la

nariz—. Dios mío, ¡tienes la nariz helada!

—Es que todo está helado. Mira el lago —dijo señalando hacia un lado mientras se sacudía con un nuevo escalofrío.

—¿Podrá patinarse en él? —preguntó—. Sería divertido. ¿Te imaginas?

—Yo no sé patinar.

—¿No sabes patinar? —preguntó él, sorprendido.

—Nop. Tampoco sé montar en bicicleta. No tengo hermanos, ni primos... supongo que no tuve interés por aprender.

—Entonces habrá que poner remedio. Vamos dentro anda, me da cosa verte temblar. —Sonrió. Luego le hizo un gesto con la mano para que le siguiese.

La recepción del resort estaba repleta de gente, algunos con mochilas, otros con maletas, otros con pequeñas bolsas de mano. Los chicos iban bien vestidos, ellas, en cambio, daba la sensación de ir a buscar novio, dado su atuendo. Clary se miró a sí misma sin saber si iba bien o no, pero Joey levantó los pulgares con aprobación, como si le hubiera leído el pensamiento.

Se acercaron a una de las muchachas que iba más decentes y que, además, llevaba una carpeta, esperando que ella les dijera quién era el directivo o el representante de su empresa en las jornadas de convivencia, ella respondió señalando a una mujer joven, altísima y con el pelo rojizo y muy rizado, alguien cuyos ojos verdes eran tan grandes y cristalinos que parecían una caricatura.

—Ella es Mery Hellstone, mi jefa y la dueña y directiva de Gems. —Sonrió la muchacha.

—Encantado de conocerle, señorita Hellstone. Soy Joey Carlson, de CB Investments, ella es Clarence Becker, mi secretaria.

—Oh, Dios mío, ¿Tú eres Clary? —Preguntó la chica de la carpeta interrumpiendo cualquier cosa que fuera a decirse—. ¡No te había reconocido!

—Exclamó, abrazándola como si la conociera de mucho tiempo atrás—. No me conoces, ¿verdad? —Preguntó al ver que reaccionaba con extrañeza, Clary negó con la cabeza—. ¿Alexandra? ¿Colin?

—Oh, madre mía, lo siento. No...

—Creo que yo tampoco me habría reconocido en tu estado.

—Me salvasteis la vida... —Joey miraba con una ceja arqueada—. Ella es Alexandra, es la... ¿novia? —la miró esperando confirmación, a lo que ella asintió—, es la novia de un viejo amigo de la universidad. Hace cosa de un año me puse enferma en la calle y ella y Colin me salvaron de unos maleantes.

—¿En serio? —preguntaron al unísono tanto Mery como Joey, Alex asintió con una sonrisa radiante.

—En realidad no fue para tanto. La acompañamos al hospital y luego a casa de su padre hasta que llegó...

Clary supo lo que venía, que diría que estuvieron con ella hasta que su marido fue a buscarla, así que la interrumpió, poniéndose a toser exagerada y ruidosamente. No tenía intención alguna de que nadie supiera que había estado casada, y menos aún con Ayrton Wells.

Antes de poder seguir hablando llegó al resort un nuevo autobús, éste repleto con los empleados de la segunda empresa. Joey sujetó a Clary por un brazo y tiró de ella al exterior para darles la bienvenida junto a Mery y a Alexandra. Por un momento Clary se echó a temblar al creer ver una cara conocida entre aquella gente, pero tras fijarse en el resto de personal suspiró aliviada. En realidad conocía a Jacob Beck, habían sido compañeros en SWC, aunque no compartieran departamento ni hubieran hablado antes. La nueva compañía se dedicaba a la importación y venta de flores. Podía parecer irrisorio, pero era una empresa que manejaba un gran capital al año. Del maletero del autobús sacaron un enorme blíster de plástico con el que entraron en el vestíbulo del resort. El representante de la otra empresa era el hijo del presidente, un tipo de unos cuarenta años quien puso sus ojos rápidamente en Mery, una mujer con una belleza extraña pero cautivadora. Después de las presentaciones el asistente de ese hombre repartió un ramillete de flores a cada uno de los asistentes.

—¿Le gustan las flores, señorita Hellstone? —preguntó, ofreciéndole el suyo personalmente.

—¡Claro! Mi marido se encarga de traerme al menos una flor a la semana.

—¿Está casada? —Inquirió, mirando a los otros dos, avergonzado al darse cuenta de que estaba cortando de raíz su flirteo.

—Lo estoy...

Alexandra trató de ocultar su risa tras su ramillete, pero Mery le dio un golpe en las costillas con el codo. Era mentira que estuviera casada, pero odiaba los coqueteos, al menos los que venían de hombres como aquel: engréidos con claras intenciones de llevarla a la cama.

Un largo rato más tarde, uno de los empleados del resort se acercó a los ejecutivos con varios folletos en las manos y, tras ofrecérselos, les propuso enseñarles el complejo, un lugar grande y elegante pero a su vez sencillo. Aquel sitio estaba preparado para albergar a un gran número de personas. Por fuera podía haber parecido un sitio pequeño y apretado, pero todo tenía unas buenas dimensiones. En las habitaciones habían camas de tamaño medio aparte del baño y de un pequeño salón, las salas comunes eran espaciosas con numerosos sofás, en el comedor podían sentarse al menos dos cientos comensales sin estorbarse entre sí y además, en la parte de arriba del edificio principal había una enorme terraza con mesitas y sillas y con una piscina cuyo agua tenía un grueso bloque de hielo en la parte superior.

—Lamentamos que no pueda usarse la piscina. Hemos tratado de descongelarla con el climatizador, pero hace tanto frío que cuando dejamos descansar los motores vuelve a congelarse.

—Por nosotros no hay problema —dijo Joey, algo que secundaron Mery y el hombre de las flores.

—Se lo agradecemos mucho. ¿Seguimos la ruta? —preguntó el empleado a lo que ellos asintieron.

Hacía un rato que había llegado el último grupo y ni Clary ni Alexandra entendían por qué los equipajes estaban amontonados a un lado y no habían repartido las habitaciones. Pero pronto llegó la respuesta: una cuarta compañía iba a unirse a sus jornadas de convivencia y justo en ese momento llegaba su enorme autobús de dos plantas.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Clary a su jefe.

—Claro. Pero quería que fuera una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —Miró ceñuda a través de las puertas de cristal solo para comprobar como un sedán naranja, que ella conocía bien, aparcaba junto al autobús del que empezaban a bajarse sus antiguos compañeros de SWC—. ¿Por qué...?

—No tengo ni idea. En SWC nunca han ido a una de esas jornadas, pero al parecer este año tenían mucho interés. Wells llamó para preguntar por el lugar en el que íbamos a estar...

Justo en ese instante recordó su última cena con las chicas. Habían salido a celebrar el cumpleaños de Tallulah y en un momento de la conversación les contó sobre la excursión de su empresa. Lo último que imaginó fue que SWC se uniera a ellos, y menos aún, que alguien como Ayrón organizase algo así no solo para él, sino para toda la compañía. Al verle bajar del coche sintió como se le aceleraba el pulso, hacía un mes que no le veía, que no sabía nada de él, y ahora que su corazón empezaba a estar tranquilo creyendo que estar alejada de él era lo correcto, ahí aparecía él para volver a poner sus sentimientos y sus pensamientos patas arriba. Se escondió ligeramente detrás de Joey, mirando el techo como si hubiera algo allí que llamase su atención más que lo que se acercaba. Al abrirse las puertas y escuchar como sus antiguos compañeros entraban en el lugar, buscó el sonido de la voz de ese hombre que la volvía completamente loca.

—Buenas tardes —saludó Ayrón con esa cortesía que le caracterizaba.

Hacía meses que las chicas del departamento de ventas no subían a su oficina cada dos por tres con cualquier novedad sobre Clary, pero aquel lunes agradeció el llegar a su despacho y encontrarlas sentadas en los sofás. Escuchó atentamente donde irían ella y Joey dos semanas más tarde y, aunque creía que ese tipo de excursiones eran absurdas ya que eran adultos y no niños, no pudo evitar sentirse atraído por las palabras “jornadas de convivencia”. Obviamente no le gustaba la idea de ir de viaje con un grupo de empleados, pero sí fantaseaba con la idea de poder estar al lado de ella, aunque supiera que no iba a tratarle como él deseaba.

Y ahí estaba ahora, viendo cómo se escondía de él, disimulando, como la había visto hacer el día que la siguió a la discoteca cuando aún estaban casados.

—Mery Hellstone —empezó la pelirroja ofreciéndole una mano como saludo.

—Brad Doyle —soltó el hombre de las flores imitando el gesto de la mujer.

Ayron estrechó la mano de ambos, saludando justo después a Joey y presentando debidamente a Vince, su inseparable asistente.

—¿Alexandra? —preguntó Ayron, mirando a la novia de Colin. Ella asintió, sorprendida de que la reconociera—. Me alegro de volver a verte. Señorita Becker... —Saludó a Clary tratando de no sonar muy interesado, ella solo hizo un gesto con la mano—. Siento mucho haberles hecho esperar. Hubo un problema con el autobús y tuvimos que esperar al de reemplazo.

—Odio los inconvenientes de última hora —dijo Brad.

Las chicas habían buscado a Clary entre la gente, pero no tardaron en encontrarla y tirar de ella, llevándola, medio a rastras, a varios metros de la entrada. Clary buscó ayuda en Alex, quien se vio arrastrada también por ellas.

—Madre mía, Becker, estás morada. ¡Respira! —gritó Miren exagerada, dando sonoras palmadas en las mejillas de Clary.

—Esto ha sido cosa vuestra, ¿verdad?

—Pues claro que sí. ¿Crees que a tu ex maridito se le habría ocurrido venir aquí si no le hubiéramos dicho que vendrías con tu jefe?

—Os odio —dijo con la voz temblorosa al darse cuenta de que Ayron la miraba desde la distancia con una sonrisa en los labios.

—Dios. Mataría porque alguien me mirase como él te mira a ti —dijo Valery.

—¿Podemos ir a otra parte? —Pidió Clary dándole la espalda—. Por cierto, ella es Alexandra. Es la novia de Colin. —Se hizo un silencio entre ellas, como si estuvieran pensando quién era—. Le conocisteis en la discoteca el día que también fue Ayron. —Las chicas asintieron y, tan cálidas como eran siempre, se acercaron a la muchacha para abrazarla como si la conocieran de toda la vida—. ¿No ha venido Zac? —miró a Leah.

—Son inseparables, ¿cómo no iba a venir? —Soltó Elisa, haciendo reír al resto

—. Está por allí, sacando las maletas del autocar.

Clary lo miró desde la lejanía con una sonrisa antes de ver como su amiga se había puesto colorada como un tomate.

El lago quedaba justo a la derecha del resort y para romper el hielo de la primera noche, el gerente del hotel les propuso pasar un rato en el exterior, junto a unas hogueras que habían encendido un rato atrás para dar ambiente. A pesar de que Brad Doyle no quería estar fuera con el frío y a pesar del temor de Ayrton y Joey porque Clary volviera a enfermarse por las bajísimas temperaturas, el enorme grupo de gente se ajustó los abrigos y salieron al exterior. Las hogueras no eran demasiado grandes, pero había tantas como para que se calentasen todos sin problema.

Por alguna razón Ayrton permanecía cerca de Joey, como si de esa forma tuviera una excusa para estar cerca de ella, algo que la incomodaba sobremanera.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —susurró Clary al oído de su jefe, instándole a que se apartasen del gentío.

Joey se disculpó con los otros ejecutivos y siguió a su secretaria hasta la orilla del lago a una treintena de metros. Ya había oscurecido y llegaba poca luz hasta donde estaban, pero, a pesar de parecer lo que en realidad no era, no le importó que pareciera una escena íntima.

—¿Recuerdas que me dijiste que me deberías una si iba contigo a la fiesta? —Él asintió con una sonrisa—. Pues la necesito ahora. Necesito que me ayudes a mantener lejos a Wells.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué? ¿Te ha dicho o hecho algo?

—No, no es eso. —Hizo una pausa, debatiéndose entre decirle o no la verdad—. Joey, en realidad Ayrton no es mi primo.

—¿Como? ¿No es tu primo? —preguntó confuso—. Pero si dijiste que...

—No. En realidad es mi ex marido. —Joey la miró con el ceño fruncido, como si no entendiera una palabra.

—¿Ex marido? ¿Estuviste casada con Ayrton Wells?

—Sí. Es difícil de creer, lo sé.

—Pero... ¿Cómo puede ser?

—Su padre y el mío son los mejores amigos. Cuando Bruce supo que mi padre acumulaba deudas de juego propuso casarnos a Ayrón y a mí. Él también tenía un asunto con el que saldría ganando si su hijo se casaba, así que Ayrón no se negó como yo hice. Y sin apenas darme cuenta ya estaba casada con él.

—¿Por qué os divorciasteis? No hacéis mala pareja ¿tan malo era el matrimonio?

Clary lo miró desde la distancia y tras respirar profundamente respondió:

—No. No era malo. Pasaron muchas cosas, malentendidos, su familia, había una chica interesada en él y yo me sentí...

—¿Celos? ¿Te fue infiel?

—¡No! Es complicado... —entre ellos se instaló un silencio extraño y Clary creyó que se había molestado—. Siento no habértelo contado antes. Espero que no te hayas enfadado.

—No, por Dios, no estoy enfadado. Era algo personal, es normal que no vayas aireándolo. No tenías por qué contármelo. Me ha sorprendido mucho que te hubieras casado, ¡y con Ayrón Wells! —Dijo girándose para mirarle—. Ahora entiendo ese interés que muestra por ti.

—Por favor, Joey, ayúdame a mantenerlo lejos.

—No te prometo nada porque lo que él haga no depende de mí, pero lo intentaré. —Puso una mano en uno de sus hombros y, dejándola sola en la orilla helada, fue de vuelta con el grupo.

No podía creer que ese tipo y su secretaria hubieran estado casados. Le resultaba completamente increíble que fueran primos, pero esto era aún más grande, habían sido un matrimonio y por lo que ella había dicho, no habían tenido una mala relación. Se preguntaba qué había pasado realmente entre ellos para que Clary quisiera mantener lejos a Ayrón. No le odiaba, tampoco le tenía miedo, se había dado cuenta de ello el día que se vieron en la cena del hotel, también había visto la reacción de Ayrón cuando supo que estaba enferma y la de

ella cuando la asaltó en la calle para que le acompañase a la fiesta. Tal vez había sentimientos remanentes en ellos y eso era lo que Clary quería evitar. Se colocó al lado del directivo de SWC mirándolo de reojo y dándose cuenta de que no podía apartar la mirada de ella. De pronto sintió lástima por Ayron, porque él mismo había sentido en su propia piel lo que es estar enamorado de alguien inalcanzable.

Tanto las chicas de SWC como Alexandra se acercaron a Clary al ver que estaba sola en la orilla del lago. Se sentaron a su lado en silencio, observando las luces del pueblecito que había en la otra orilla.

—Lo que no entiendo es que lo quieras de esa manera y te empeñes en mantenerlo alejado —dijo Tali.

—Es lo que tengo que hacer. No lo entendéis pero nuestra relación es imposible.

—¿Pero por qué es imposible? —Preguntó Leah esta vez.

—Porque lo es. Créeme. Si no lo fuera...

—Estuvisteis casados, Clary. Y esos meses se te veía feliz. No pudo ser tan malo como para querer tenerle siempre tan lejos.

—El pobre lo intenta. Tal vez es imposible porque tú quieres que sea así —dijo Zac, a quien no había visto llegar pero quien escuchaba atento la conversación.

—Vosotros no lo entendéis.

Sin dejar que dijeran nada más se puso de pie y empezó a caminar hacia una de las hogueras en la que no había nadie. No quería escuchar a sus amigas decir que si no era feliz era por su culpa, que no luchaba por lo que quería, que él lo intentaba... Pero no pasó mucho hasta que alguien se puso a su lado, en silencio, mirando las llamas sin decir nada. Clary no miró cuando le escuchó llegar, pero dio por hecho que era Ayron y se giró con intención de pedirle que la dejase tranquila pero para su sorpresa no era su ex, sino Zac.

—Lo siento. No quería que te enfadases.

—No estoy enfadada.

—Mejor. Pasar estos días enfadado es una lata. —Sonrió, dándole un

manotazo amigable en el hombro derecho—. ¿Sabes cuándo harán las reparticiones de dormitorios? —ella negó—. Tú eres secretaria de una de las empresas, podrías preguntarlo...

Clary lo miró de reojo, sonriendo de medio lado al ver claras sus intenciones, pero no se negó. También ella tenía ganas de saber dónde iba a dormir y con quien, y quería llevar sus cosas hasta allí. Tras la petición de Zac caminó una veintena de metros hasta la hoguera en la que estaban su jefe y Ayrton y permaneció junto a Joey a la espera de enterarse de ese dato.

Capítulo 8 ??

Hacía más de una hora que habían repartido las habitaciones, que habían llevado las maletas a sus respectivos cuartos y que habían cenado en el bufet libre del restaurante del resort.

A pesar de estar en aquel lugar con sus amigas y antiguas compañeras había cenado en la mesa de los ejecutivos, donde también estaban los asistentes de estos. Por suerte para Clary la mesa en la que se sentaron era rectangular y entre ella y Ayron estaban Joey y Vince. Lo mejor fue que el tema de conversación fue más profesional de lo que imaginó que sería, todos hablaron de lo que se dedicaba su compañía, de la cantidad de empleados con los que contaba cada una, de la cantidad de ingresos anuales y asuntos del estilo.

Un buen rato después de la cena, el personal de las cuatro empresas había decidido llenar uno de los salones y todos estaban en el suelo, unos jugando a las cartas, otros hablando de películas, otros jugando a adivinar dibujos que garabateaban en hojas de libretas.

Clary miraba el lago a través de los ventanales, Alexandra había resultado ser una de las mejores compañías y estaba a su lado en silencio, hablando únicamente de vez en cuando o riendo cada vez que escuchaban una barbaridad de los chicos que jugaban a cartas tras ellas. Las chicas habían reunido a un grupo de personas y bebían, reían y se comportaban tan desmadradamente como acostumbraban a hacer fuera del trabajo.

—¡Eh Becker! —dijo una de ellas, acercándose a ella con una botella de cerveza en las manos—, la bebida y los aperitivos se están terminando, y nosotras no podemos conducir para comprar más porque hemos bebido, ¿Puedes ir por nosotras?

—Hace frío, Miren. Y vosotras no deberíais seguir bebiendo.

—Vamos, no seas aguafiestas. Además, mira —señaló al grupo, al que se habían unido Vince y Joey—. Si se anima la cosa lo suficiente no tendrás que preocuparte de tu ex, porque pasará la noche bebiendo con nosotras —dijo, rodeando el brazo de Alex con intención de llevársela con ella.

—No tenéis remedio, ¿Lo sabes?

—Lo sé. Pero por eso nos quieres —rió, haciéndolas reír por el comentario.

—Está bien, pero pagas tú, y tú buscas el coche.

—¿Joey no ha traído el suyo?

—No. Hemos venido juntos en el autocar.

—Yo te llevo —dijo Ayron detrás de Miren—. Vi una gasolinera un rato antes de llegar.

Clary se puso seria de repente y miró a su amiga directamente a la cara, creyendo que era una encerrona, pero Miren ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que alguien hablaba tras ella.

—Puedo ir andando. Pero gracias por el ofrecimiento.

—¿Con este frío? Vamos, solo serán diez minutos.

Le miró fijamente unos segundos y después de echar un vistazo a su grupo de amigas, que seguía como si tal cosa, hizo un gesto a Ayron y se dirigió a la entrada del salón seguida por él. No podía creer estar accediendo a ir con él, a solas, a ninguna parte, pero del mismo modo que era un problema aceptar, también lo sería negarse, ya que las chicas pasarían los siguientes días preguntando por qué razón se había negado. Sabía que ir con Ayron era un error, que se lamentaría después, el simple hecho de saberle cerca la ponía terriblemente nerviosa.

—¿Estás bien?

—Lo estoy. Dime Ayron, ¿A qué has venido? SWC nunca ha tenido este tipo de eventos.

—Escuché de ello y simplemente me pareció una buena idea.

—Ya...

Ayron abrió la puerta de copiloto de su sedán naranja y justo antes de entrar se

arrepintió de estar ahí. Esa iba a ser la primera vez que estuvieran juntos en ese coche desde que fueron a la cena con los Sanders. Se sentó con reticencia, tentada de huir de allí, pero Ayron cerró la puerta y rodeó el vehículo sentándose a su lado. No dijo una sola palabra, arrancó el motor y tras asegurarse de que llevaba el cinturón puesto se dispuso a emprender la marcha.

No se habían desplazado ni un metro cuando de pronto sonaron golpes en la chapa, seguidos de unos gritos. Tres de las chicas habían corrido en el último momento tras ellos para acompañarles.

—Oye parejita, nos apuntamos a la fiesta —soltó Leah abriendo la puerta trasera y metiéndose en el coche a trompicones, seguida por Tali y por Valery.

—Si ibais a ir vosotras podríais habérmelo dicho, hace frío y podría haberme quedado en el resort.

—Si no hubieras venido, nuestro sexy jefazo no habría dicho de llevarnos.

Ayron no pudo evitarlo y se echó a reír por el comentario, causando que Clary lo mirase ceñuda, como si todo eso hubiera sido una puesta en escena muy bien calculada. Resopló acomodándose en el asiento y fijó la vista al frente. Debía admitir que ir con ellas la tranquilizaba. Tenía la certeza de que con ellas delante no iba a tratar de besarla, no iba a insinuarle nada que prefería no oír.

La gasolinera que Ayron había visto a la ida había resultado estar a más de veinte kilómetros, pero eso no fue un problema, el trayecto de ida había sido más que divertido, las chicas habían empezado a contar anécdotas de SWC, de ellas, de Clary, de una de las compañeras de la tercera planta que estaba enamorada de Ayron y quien se orinó encima la primera vez que se quedaron él y ella a solas en el ascensor.

—No es por molestar, sabemos cómo os casasteis pero... ¿Cómo os conocisteis? ¿Cuándo fue la primera vez? —Preguntó Valery de forma amigable.

—Corrígeme si me equivoco... —pidió Clary con un tono que Ayron no creyó que usase con él—. Vino a mi trabajo de anfitriona, consiguió que me despidieran y cuando salía del restaurante me secuestró. En este mismo coche, de hecho, y con su chofer como cómplice.

—No te secuestré... —Dijo con cara de consecuencia—. Bueno, tal vez un poco... Pero yo no iba para que te despidieran. Quería hablar contigo, conocerte. Te propuse ir a un sitio más tranquilo.

—Pero eso es lo que se le dice a un ligue en una discoteca.

—Yo no iba para que te despidieran, pero admito que me alegré de que lo hicieran. —Clary se sonrojó instantáneamente al recordar cierto beso en la sala de archivos, o el chupetón que le había hecho en la cocina, cosas que jamás habrían pasado de haber seguido en su trabajo de la mañana.

—Es una forma curiosa de conocerse... —soltó Tali.

—Lo es.

La primera en bajar al aparcar el coche en la gasolinera fue Clary, a pesar del frío no podía evitar sentir calor. Respiró profundamente antes de ver como las tres locas de sus amigas corrían entre risas al establecimiento.

—Me caen bien. —Dijo Ayron poniéndose a su lado, a unos metros de la puerta de cristal de la tienda.

—A mí también.

—¿Vamos? Aquí nos vamos a helar.

—Entra tú, ahora te sigo. Me gusta sentir el aire frío en la cara.

Aunque realmente hubiera querido quedarse con ella, acarició su espalda levemente y acto seguido entró en el local.

Habría sido un error aceptar ir con él, pero realmente le había gustado hacerlo. Le había gustado verle reír de esa forma, y escucharle mientras les contaba lo de la secretaria de la tercera planta, y le había gustado cruzar miradas con él. Se sentía como una niña enamorada, ansiosa por entrar y estar a su lado pero nerviosa por estar cerca de él. Justo en ese preciso instante se arrepintió de haberle pedido que se fuera hacía un mes, haberle dicho que no volviera después de lo ocurrido con sus primas tras la fiesta. Se estremeció con una ráfaga de aire helado y corrió al interior. Ayron miraba atentamente a Leah mientras ella le explicaba una mezcla de bebidas que al parecer él desconocía, pero no pudo contemplarlo tanto como quiso, pronto la mujer de la gasolinera empezó a

lamentarse porque había empezado a nevar, pero lo peor no era que nevase, sino la forma en la que lo hacía.

—Creo que debéis daros prisa. El clima ha empeorado.

—¿Llueve? —preguntó él.

—Mejor... ¡Nieva! —exclamó Valery mirando a través de la enorme vidriera del escaparate.

—No creo que sea mejor. Aún tenemos que volver. —Se quejó Clary—. Y la forma en la que cae puede bloquearnos el paso en no mucho tiempo.

—Tiene razón —dijo él.

—Qué aburridos...

Antes de dirigirse a caja para pagar por las botellas de alcohol y el desmesurado montón de aperitivos y chucherías que llevaban sus compañeras, Valery los miró de reojo, fingiendo enfado pero con una expresión simpática.

Solo habían pasado tres minutos desde que empezó a nevar, pero el coche ya empezaba a ocultarse bajo una fina capa de hielo, solo el capó, que permanecía templado por el calor del motor, se libraba de la escarcha. Metieron las seis bolsas en el maletero y corrieron al interior del coche, acomodándose en los asientos mientras se estremecían. Leah, con la poca vergüenza que la confianza le permitía, se sentó en el asiento de copiloto, obligando a Clary a hacerlo en el medio del asiento trasero.

—No es por mí —susurró en el oído de Ayrón—. Ahora podrás mirarla libremente desde el retrovisor —le dijo, apartándose, guiñándole un ojo y haciéndole sonreír.

—Oye oye, ¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Valery, armando jaleo.

—Eso, Leah, no te pases, ¡el jefazo ya está pillado! —exclamó Tali, dando un codazo en las costillas a Clary, golpe que amortiguó la gruesa chaqueta.

—Me ha propuesto dejaros jugando con la nieve mientras ella y yo nos tomábamos lo del maletero —rió Ayrón con la vista fija en la carretera.

En realidad era genial que Clary estuviera detrás. Prefería que se sentase a su lado, y saber que la mano del cambio de marchas estaba tan cerca de su pierna

que podría rozarla tantas veces como quisiera fingiendo que era accidental, pero sentándose detrás podía mirarla tanto como quisiera sin tener que justificarse por ello. Verla reír por las ocurrencias de sus amigas parecía llenarle el alma.

Casi como si Clary hubiera sido adivina, la carretera empezaba a resultar intransitable. Habían conducido más de diez kilómetros pero cada vez debían hacerlo más despacio por la poca visibilidad y porque a unos metros de ellos iba una quitanieves despejándoles el camino a ellos y a media docena de coches que iban detrás de ellos.

—Podríamos parar y hacer muñecos de nieve —sugirió Valery mirando por la ventanilla.

—Podríamos. Pero conduce Wells, y aunque despacio, dudo que quede mucho para llegar. —Dijo Tali—. Madre mía, me muero de calor... —sonrió al ver cómo, al igual que ella, Clary también se quitaba la chaqueta.

—Lo lamento, pero si bajo mucho la calefacción se nos empañarán demasiado los cristales, el coche está lleno de hielo... —aclaró Ayron con pesar.

Pasaban las once de la noche cuando salían a comprar las bebidas y llegaron cerca de las dos. Tanto las chicas como el directivo corrieron al edificio principal del resort olvidando que en el maletero estaba la compra, algo que tampoco importaba mucho ya que la fiesta había terminado, al parecer, hacía dos horas, cuando un chico había bebido tanto que se había desmayado.

Tali, Valery y Leah se apresuraron en ir a los dormitorios, dejando a Ayron y a Clary detrás. Clary miró a su ex sin saber qué decir, no sabía si huir o si aprovechar el momento. Tal vez podría preguntarle cómo había pasado el último mes, o podría contarle sobre el giro de acontecimientos que había pasado en aquella fiesta, cuando supo que Tessa estaba enamorada de Joey, a lo mejor podría... pero sus pensamientos se vieron prontamente interrumpidos.

—Ha sido raro, pero lo he pasado bien. —Sonrió él—. Sabía que os llevabais bien tú y las chicas, pero hasta hoy no he sabido cuánto.

—Podías haberlo intuido el día de la discoteca...

—El día de la discoteca no podía apartar mis ojos de ti —confesó sincero.

Clary no pudo evitar un cosquilleo en el estómago al escucharle y abrió la boca, tentada de decirle que fue tonta al no hacer lo mismo, pero no fue capaz de decir nada. Justo en ese momento Ayrón llevó una mano a su hombro y tras apretarlo suavemente le deseó buenas noches y se alejó de ella con dirección a su cuarto.

—Buenas noches, Ayrón —murmuró observándolo, deseando que se diera la vuelta para verle una última vez antes de ir a dormir, pero no fue así.

Al repartir habitaciones Alexandra sugirió que compartieran cuarto ya que la alternativa era que les pusieran con desconocidos, Clary había aceptado encantada y ahora se escabullía entre las sábanas sin hacer el menor ruido.

—¿Cómo lo has pasado? ¿Has podido hablar con él? —preguntó Alex adormilada.

—¿Te he despertado? Lo siento...

—No. No podía dormir. Está nevando mucho y estabais tardando mucho. Todo el mundo estaba preocupado.

—Gracias por preocuparte.

—¿Habéis podido hablar?

—No hay nada que hablar. Teníamos una relación pero terminó.

—Pero os queréis.

—Pero el amor no lo es todo, Alex. Él tiene una familia que le odia y que le hará la vida imposible a él y a cualquiera que no sea de su agrado.

—¿Y a escondidas de esa familia?

—No. Si estoy con alguien quiero poder salir con él, quiero poder besarle donde y cuando quiera sin miedo a que salga en la prensa, sin miedo a que haya represalias, sin miedo a tener que pagar un castigo por ser feliz. —Alexa hizo un sonido nasal que obligó a Clary a fruncir el ceño. ¿Qué pasaba? ¿No estaba de acuerdo con ella?—. ¿Qué?

—Nada. Solo creo que sois un par de cobardes. ¿Qué consecuencias puede tener, que él pierda la empresa? Pues vaya. Si ser dueño de un puesto es más

importante que la propia felicidad...

—Tú no lo entiendes.

—No. Está claro que no lo entiendo. Pero creo que tú tampoco.

—¿Puedo saber por qué me estás hostigando de esa manera?

—No te estoy hostigando. —Respondió Alexandra amablemente—. Me da pena ver ese amor en vuestros ojos cuando os miráis y escuchar de tus amigas que no hacéis nada por vuestra felicidad. ¿A los demás no les gusta? ¿Los demás van a envejecer por vosotros? ¿Morirán por vosotros? Los demás viven como les da la gana, ¿por qué vosotros no tendríais que hacer lo mismo? ¿Por qué tendríais que basar vuestra vida en las opiniones, gustos o decisiones de otros? No importa, Clary. Es tu vida. Vívela como quieras. Solo espero que puedas ser feliz. Me caes muy bien.

Clary no respondió. Se sentía fatal por lo que había oído. Sabía que Alex tenía razón, pero ella también quería tenerla, también quería que alguien justificase sus actos. Quería que alguien aprobase que apartase a su ex cada vez que él intentaba acercarse a ella, a pesar de lo mucho que sufrían con ello. Quería creer que estar alejada de él era lo mejor para ambos, porque a él nadie le molestaría por su culpa y porque ella no tendría que sentirse mal por ser la causante de esa angustia. Se acurrucó entre las mantas con los ojos llenos de lágrimas, lamentándose por haber ido a comprar bebidas con Ayrton y las chicas, lamentándose por sentir su corazón tan emocionado solo por haber estado cerca de él ese rato.

Había amanecido desquiciantemente despacio y, las pocas horas que había estado en la cama, no habían servido más que para darle mil vueltas al asunto y para levantarse de un inusual humor de perros. Se había metido en la cama con lo puesto para no molestar a su compañera de cuarto y ahora tampoco tenía ganas de cambiarse, así que buscó su chaqueta para salir a la orilla del lago, donde nadie le dijera nada.

—Maldita sea... está en el coche. —Se quejó, saliendo de la habitación en

busca de Ayrón para que le devolviera la prenda.

—¿Buscas a alguien? —Bromeó Leah, sabiendo exactamente a quien buscaba.

—Hoy no. No tengo ganas de vuestras bromitas.

—¿Ha pasado algo?

—No. ¿Has visto a...?

—Se fue esta mañana. Al parecer ha habido una emergencia con algo y se ha ido. Pensábamos que estabais juntos —sonrió dándole un golpe en las costillas—. Es broma, es broma —dijo alzando las manos en son de paz al ver su expresión de enfado.

—¿Se ha llevado lo que se quedó en el coche? —Leah señaló a Valery al fondo de la sala, donde estaba con las bolsas, pero no estaba su abrigo—. Vale. Gracias.

Y sin más salió, hundiendo los pies en la espesa y densa capa de nieve mientras caminaba torpemente hasta el lago.

Pasó el día completamente sola. Cuando personal de las otras empresas salieron a jugar a la nieve o cuando las chicas se acercaron a ella para saber qué le pasaba, ella simplemente se alejó de allí. Quería estar sola, necesitaba pensar en todo aquello que Alexandra le había dicho esa noche: ¿iba a vivir su vida de la forma que otros determinasen? No, era obvio que no, pero tampoco podía hacer a un lado el sufrimiento que podía acarrear el estar o no con otra persona y la familia de Ayrón no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Ya había sufrido por su culpa y los quería cuando más lejos mejor, aunque él no tuviera nada que ver con ellos.

* * *

Las jornadas de convivencia terminaron siendo más divertidas de lo que habían imaginado, al menos para todos menos para Clary. Habían jugado en la nieve, se habían bañado en ropa interior en la enorme piscina del resort —a la que un par de brutos habían hecho un agujero en el hielo para poder usarla—, habían reído y habían hecho montones de amigos nuevos... pero habían terminado y ahora

estaban llegando de vuelta a casa. Habían bajado del autobús frente a CB Investments y Joey había cargado los bultos de su secretaria en el maletero del coche antes de llevarla a casa.

—Siento que haya sido tan horrible para ti —se lamentó Joey.

—No ha sido tan malo. La primera noche la pasé un poco inquieta y el sábado fue... Pero hoy lo he pasado más o menos bien.

—Siento que no haya sido como debía. Pero Wells... tu ex marido... —hizo una breve pausa—. No sé cómo referirme a él.

—Como quieras. Wells, Ayrón... como quieras está bien. Aunque te agradecería mucho que no lo mencionaras.

—Hay algo que me inquieta un poco y que me ha hecho pensar mucho estos dos días... Te divorciaste porque había otra chica interesada... Ella era Tessa, ¿verdad?

Clary rodó los ojos al ver como de nuevo salía a la palestra el tema de Ayrón y de su divorcio, pero no iba a dejar que ese tema volviera a afectarle, no volvería a dejar que ese tema le quitase el sueño o que le llevase a discutir con nadie.

—No me divorcié por Tessa, al menos no solo por ella. Su familia no estaba contenta con nuestro matrimonio y me detestaba, así que se propusieron separarnos y lo consiguieron.

—Se os ve muy bien juntos.

—Ya. Eso dicen. Pero hay cosas que no están destinadas a ser, aunque nos empeñemos en ello.

—Creo que todo puede cambiar si uno quiere. Acuérdate de la fiesta. Podría haberme callado, podría no haber confesado a Tessa que la quería y tal vez ahora todo seguiría igual que antes. Pero no es así. Confesé mis sentimientos, ella hizo lo mismo y ahora...

—La nuestra era una relación muy diferente... Es tarde, Joey, y mañana tenemos que ir a trabajar...

Joey entendió la indirecta y tras poner una mano en su hombro, le dio un beso en la frente y le deseó buenas noches. La dejó a solas tras subir al coche para ir a

casa.

Detestaba oír a todo el mundo diciéndole que podía cambiar las cosas si ella quería, como si fuera todo tan sencillo como decirlo. Ella no podía cambiar a los Wells, por mucho que quisiera, por mucho que lo intentase y estar con Ayrton los haría tan felices como desdichados y esa no era el tipo de relación que ella quería.

Al cerrar la puerta de su apartamento se apoyó contra la puerta y cerró los ojos, recordando esas pocas horas en los que habían estado “juntos” en el resort, su sonrisa en el coche, el contacto de su mano en su hombro cuando se despidieron para ir a dormir...

Capítulo 9 ??

Al llegar a la oficina, que siempre tuvo un ambiente serio y profesional, se encontró con un alboroto. Todos los compañeros que esperaban en el ascensor reían, contando anécdotas de lo ocurrido ese fin de semana, lo habían pasado en grande y se notaba en sus caras. Clary supuso que el ambiente sería el mismo en la compañía de las flores, en la de Alexandra y en SWC. Sin querer nuevamente se coló Ayron en sus pensamientos. ¿Por qué se iría de aquella manera? Por alguna razón deseó que Ayron llamase a CB Investments con la intención de retomar aquella propuesta de inversión que había quedado en el aire un mes atrás. Deseó que en algún momento de la mañana el teléfono sonase con el mismo pretexto que lo había hecho meses atrás, pero cuando sonó, ninguna de ellas era él. Y tampoco lo era las cientos de llamadas que había atendido a lo largo de la tarde, del día siguiente o a lo largo de la semana.

—¿Tienes planes para el fin de semana? —Preguntó Joey el viernes, a la hora de salir.

—Supongo que iré a comer o a cenar a casa de mi madre. El resto del fin de semana lo pasaré tranquila en casa.

—¿Te apetece ir al cine mañana con nosotros?

—No. Es una oferta genial, pero no...

—Solo trataba de proponerte algo para que te distrajeras... Estos días te he notado como ansiosa.

—Ansiosa... —por in instante pareció pensativa—. ¿Sabes qué? Hagamos una cosa, envíame un mensaje con la hora y el sitio, si no tengo nada que hacer mañana, me apunto, ¿de acuerdo? —dijo mientras se colgaba el bolso en el hombro izquierdo.

—No vendrás.

Caminaron uno al lado del otro, en silencio, hasta el ascensor. Joey, entre tanto, tecleó el mensaje con el sitio y la hora a la que sería, aunque le había dicho que si no tenía nada que hacer iría con ellos, sabía que no lo haría, y también sabía la razón: ella estaba sola y parte de culpa la tenía Tessa. Clary no miró su teléfono cuando éste sonó, pero sí le dedicó una sonrisa amable.

Al llegar al vestíbulo Joey sujetó su brazo y tiró de ella de vuelta al ascensor, luego sacudió la llave de su coche frente a sus ojos, indicándole con ese gesto que la llevaría a casa. Agradeciéndole tan agradable detalle, le hizo detenerse donde lo hacía cada viernes al salir del trabajo: a comprar las cosas de la semana, se despidieron con la promesa de verse el día siguiente si ella no tenía nada mejor que hacer y luego Joey se marchó a una cita que tenía pendiente.

Entró en el hipermercado después de ver como su jefe se alejaba y, acto seguido, fue en busca de una de las cestas de color rosa con ruedecitas características de aquel lugar. Normalmente hacer la compra de la semana le ayudaba a distraerse, pensando en qué prepararía de comer y cenar el fin de semana, pensando qué cenaría entre el lunes y el jueves, haciendo memoria de las cosas que pudieran hacer falta en su apartamento... El suavizante que siempre compraba solían situarlo en estanterías a las que siempre le costaba llegar y siempre se veía en la obligación de pedir a otra persona que le ayudase, pero esta vez se sorprendió al encontrar a Colin a escasos pasos de ella. Al parecer no le había visto y sonrió cuando él alzó la mirada del libro de recetas que llevaba en las manos y la encontró de frente.

—Clary... —susurró con una sonrisa—. Estaba pensando en ti...

—Espero que fuera algo bueno.

—No podría pensar nada malo de ti —se acercó a ella y, poniendo una mano en su cintura la atrajo para besarla en la mejilla—. Pensaba en lo buena cocinera que eres y en que seguro que jamás necesitarás uno de estos. —Sacudió el libro antes de cerrarlo y lanzarlo al carro.

—¿Tienes problemas con alguna receta?

—¡Claro! No sé si recuerdas que ni siquiera sé cocer un huevo... —Clary no

pudo evitar echarse a reír—. Alexa volvió rara de las jornadas de convivencia... No quiso decirme la razón y me da un poco de miedo que sea por algo que haya hecho. Quería prepararle una cena y sorprenderla con eso.

Clary recordó la conversación que habían tenido en la habitación del resort la noche que fue con Ayron y las chicas, y recordó no haberle vuelto a hablar hasta que volvieron, no porque estuviera enfadada con ella, sino por estarlo consigo misma. Se lamentó por no haberse dado cuenta de que con su actitud distante podía haber herido los sentimientos de Alex, quien se había comportado como una verdadera amiga aun conociéndose de haberse visto solo dos veces.

—Creo... Tal vez sea por mi culpa —le dijo con expresión triste—. En la excursión yo... Ella se preocupó por mí, pero temo que no le di la mejor conversación. Me afecta cuando se toca el tema de mi divorcio.

—Aun siento celos cuando pienso que te casaste con él. —Confesó Colin empujando su carro—. Pero no me alegro de que terminarais así.

—¿Cómo lo supiste?

—Tu ex marido y yo vivimos en la misma zona. Nos hemos encontrado un par de veces sin querer. Una tarde, en el supermercado le pregunté por ti y, por alguna razón, terminamos sentados en un banco de la calle, hablando. ¿Te sigue gustando la gelatina de fresa? —preguntó, señalando una de las neveras y cambiando de tema.

—Si —sonrió ella—. Hagamos una cosa: dime que quieres prepararle a Alex yo te ayudo. Podría servir, también, como una disculpa por mi parte, por no haber sido lo amable que debí ser.

—Sabes que si me lo repites te tomaré la palabra, ¿no?

—Lo digo en serio. Dime qué quieres prepararle y lo hacemos juntos.

Dicho y hecho.

Tan pronto como terminaron la compra se encaminaron hacia el apartamento de Clary. Dispusieron algunas de las cosas sobre la mesa de la cocina y, después de lavarse las manos, se pusieron el delantal. Colin llevaba un año de relación con Alexandra, sin embargo, cuando miraba a Clary, cuando pensaba en lo idiota

que fue al jugar con otra estando con ella, cuando la imaginaba con su ex, se sentía terriblemente celoso. Ella era todo lo que pudiera querer en una mujer y, aunque Alex también era una mujer perfecta, ninguna sería jamás como esa chica que ahora preparaba la cena para otra de esa forma tan desinteresada.

De vez en cuando sentía la necesidad de echarle una mano, de cortar ingredientes, o de ayudarla con los fogones, pero siempre que se acercaba a ella, Clary respondía dándole un manotazo en los dedos para que se apartase.

—Me estorbas más que ayudarme, Colin. ¿Puedes...?

De pronto sus palabras se vieron interrumpidas por un par de golpes en la puerta.

—¿Esperabas a alguien? —Preguntó Colin, mirando, al igual que ella, hacia el pasillo.

—No... —Dijo con el ceño fruncido—. Supongo que será algún vecino... ¿Puedes abrir?

Colin no dijo nada, se acercó hasta la puerta y abrió, quedándose perplejo al ver quién había frente a él.

—Oh...

—No es lo que parece —dijo Colin quitándose el delantal rápidamente.

—¿Quién es? —preguntó Clary, saliendo de la cocina al ver que no se escuchaba a nadie—. ¡Ayron! —exclamó—. ¿Qué haces tú aquí?

—Lamento interrumpir. Siento romper la promesa de no volver a venir. Venía solo para devolverte esto antes de que no quiera hacerlo. —Dijo enseñándole el abrigo que llevaba en una mano.

Se miraron durante unos segundos sin que ninguno dijera nada, pero entonces Colin se acercó a ella

—No seas maleducada y hazle pasar... —susurró, mirándola con una sonrisa cuando ella se giró, ceñuda, hacia él.

No tenía ni idea de por qué estaba haciendo caso a lo que Colin le decía, aun así, se hizo a un lado e hizo un gesto con la mano para invitarle a entrar.

Los tres debían reconocer que aquella era una situación surrealista: Clary había

roto con los dos, con uno hacía varios años, con el otro varios meses, ambos tenían la culpa de que les hubiera dejado y los dos estaban enamorados de ella, aunque Colin tuviera a Alexandra.

—Acabo de acordarme de algo... Tengo que irme —soltó Colin, dejando el delantal sobre la mesa de la cocina.

—¿Y la cena? —Preguntó ella corriendo tras él tratando de huir Ayron.

—Tienes a tu ex en el salón. Ya que ha venido hasta aquí para devolverte tus cosas, puedes invitarle a cenar..

—No me hagas esto, Colin. —pidió casi en un ruego.

Pero él no dijo nada. Fue hacia el salón acercándose a Ayron, le dio una palmada en la espalda después de coger su abrigo y se marchó sin más, dejándolos completamente a solas. Debía admitir que, aunque se retorciera de celos, hacían una bonita pareja. Y debía admitir también que, aunque hubieran hablado poco, Ayron le caía bien.

Clary se quedó escondida en la cocina, maldiciendo internamente por no saber controlar sus propios nervios. Tenía nuevamente a Ayron en su casa y ni siquiera era capaz de dirigirle la palabra. De repente sonó un mensaje en su teléfono móvil y salió hasta el salón para poder leerlo. Pasó por su lado y miró a Ayron un instante antes de abrir el SMS. Frunció el ceño al ver que era de Colin.

Nada pasa porque sí. Aprovechate de las circunstancias cuando se presentan. Habla con él...

—Esta es una situación rara. Creo que mejor me marcho —dijo Ayron con la certeza de que usar la chaqueta como pretexto para ir a verla había sido un error.

Dejó el abrigo en el respaldo de una de las sillas del salón y después de señalar la puerta se encaminó hacia la salida.

—¿Quieres...? ¿Te... te quieres quedar a cenar? —preguntó ella titubeante.

—Me encantaría, en serio, pero...

—No estábamos preparando la cena para nosotros —se apresuró en aclarar—. Colin no sabe cocinar y estaba ayudándole a preparar algo para Alex.

—No tienes que explicar nada. Sé que no interrumpo nada íntimo porque no

eres de dar segundas oportunidades —añadió con un gesto triste.

Se miraron durante unos segundos antes de que Ayron se diera la vuelta para salir, pero ella se adelantó, sujetándole de un brazo.

—Yo... Vete después de cenar. Por traerme la chaqueta...

—¿Estás segura? No quiero molestar.

—Ya estás aquí... —sonrió sin querer.

Ayron no lo pensó, soltó los botones de su americana y se la quitó con cuidado, aflojándose los botones de las mangas de la camisa para arremangarse y ayudarla a terminar de preparar la cena. Sonrió al ver cómo había ingredientes perfectamente cortados y dispuestos en unos platos y había otros hechos un auténtico desastre en otros. Dio por hecho rápidamente que esos eran los que había estado preparando Colin. De la encimera cogió uno de los dos cuchillos que había y trató de arreglar la cebolla mal picada que había en uno de los platos. Clary lo miraba sorprendida, era cierto que sabía cocinar.

—¿Solo vas a mirar? —preguntó él sin apartar la vista de sus manos.

—Perdona. Estoy...

—¿Sorprendida? Te dije que había hecho muchas cosas este año. Te dije que había aprendido a cocinar.

—Pero no imaginaba que manejases tan bien un cuchillo —sonrió, desviando la atención a la sartén.

—Después de cortarme un centenar de veces no me quedó más remedio que aprender a usarlo.

Terminaron de preparar la cena prácticamente sin decir nada más, sin mirarse, sin tocarse... después, Clary preparó la mesa, pues ella era la que sabía dónde estaba cada una de las cosas de su apartamento y, poco después, estaban sentados uno frente al otro con los platos servidos.

Ayron había asistido a un curso exclusivo que había impartido uno de los chefs más famosos del mundo, había aprendido trucos y era capaz de preparar una veintena de platos de lujo, pero a pesar de ello, nada podía compararse al sabor de las comidas de su ex. Miró su plato con una sonrisa y se llevó la cuchara a la

boca, degustando su sabor con los ojos cerrados.

—Llevo días preguntándome... —empezó Clary, rompiendo el silencio que había entre ellos desde hacía un buen rato—. ¿Por qué te fuiste del resort así sin más?

—Yo... —hizo una pausa, como tratando de encontrar una excusa creíble, pero era absurdo mentirle por no contarle la verdad—. No iba a decírtelo pero creo que ya no viene al caso mantenértelo escondido. Tengo diabetes y cuando mis niveles de azúcar se descontrolan...

—Ayron... ¿diabético? —interrumpió, mirándolo horrorizada, a lo que él asintió con la cabeza y una sonrisa.

—No pongas esa cara. No es que me vaya a morir. Soy una persona tan normal como cualquier otra. Toda mi vida he tenido controles periódicos, pero este último mes no me he preocupado por mi salud... —Se lamentó después de decirle eso, ya que en esa frase dejaba implícito que había sido en parte por su culpa, por pedirle que no volvieran a verse, y ella parecía haberse dado cuenta—. Cuando mis niveles de azúcar bajan siento mareos, mi visión disminuye considerablemente por la noche, volviéndose borrosa... Esa noche en el resort empecé a sentirme extraño, débil, y llamé a Arthur para que viniera a por mí. Me fui sin decir nada porque no quería preocupar a nadie.

—Yo...

—No pienses en ello. Estoy perfectamente bien. Por cierto, la cena está deliciosa. Había olvidado lo bien que cocinas.

—Gracias —sonrió tímida.

A pesar de que Ayron le dijo que era una persona normal, se quedó pensando en ello. Si aquel día no se hubiera dejado llevar por las provocaciones de Leslie y Karen, si no hubiera llegado enfadada a casa, si no le hubiera pedido que se fuera y no volviera, tal vez no habría tenido que preocuparse de su salud, habría seguido pasando los días esperando al viernes para verla y no habría tenido que sentirse enfermo por su culpa. Era perfectamente consciente de lo que sentía Ayron, simplemente porque ella se sentía de igual modo, sabía cómo debía haber

pasado ese mes porque, aunque lo ocultase, ella también había sufrido por él.

La cena había transcurrido tranquila, habían hablado sin que Ayrón mencionase su relación —algo que ella agradecía enormemente—, se habían mirado, se habían sonreído y habían compartido un rato más que agradable, pero a medida que se acercaba la hora en la que debía marcharse sus nervios empezaban a aumentar. Le aterraba que Ayrón se acercase a ella y ya no tuviera fuerza de voluntad para apartarle. Se levantó y fue a la cocina buscando en ello un punto de escape al ambiente íntimo que había en el salón, pero tras unos segundos él la siguió. Sabía de lo que ella estaba huyendo y no era su intención torturarla, de forma que acortó la distancia entre ellos y la besó en el pelo antes de dar un paso atrás y decirle que se marchaba. Le tentaba enormemente besarla, decirle que estaba loco por ella, pero se frenó.

—¿Cómo? —Preguntó Clary.

—He dicho que me marcho —repitió con una sonrisa.

—Oh... ¿ya? —Ayrón asintió con la cabeza, cerrando los puños con fuerza.

—Buenas noches.

—Buenas... Buenas noches, Ayrón.

Se giró hacia la salida y sin decir nada más empezó a caminar, alejándose de ella. Pero de pronto no pudo contenerse, justo antes de atravesar la puerta se dio la vuelta y corrió hacia donde estaba ella. Sujetó su cara entre las manos y después de mirarla a los ojos se inclinó y la besó, beso que ella devolvió con pasión y deseo. Clary parecía estar viviendo un sueño. Justo cuando él se había alejado de ella deseó con todas sus fuerzas que volviera, que la besase aunque ella se negase, que la abrazase, y eso era justamente lo que él hacía, rodearla con los brazos pegándola contra su cuerpo mientras mantenía sus bocas unidas. Había perdido toda cordura en el momento en el que él la besó y ahí estaba ahora, dejándose llevar por todo lo que llevaba dentro, abrazándole de igual modo que él hacía con ella, acariciando sus labios con los suyos, rozando su lengua con la suya, sintiendo en su pecho los latidos de ese hombre que una vez

fue su marido. No supo cómo, pero en un momento, cuando él se separó de ella, se encontró a sí misma sentada en la encimera de la cocina rodeándolo y atrayéndolo con las piernas.

—No sabes cuánto he extrañado esto. No sabes lo mucho que he echado de menos tus besos. —Susurró con una sonrisa, hundiendo la cara en el hueco de su cuello, respirando su aroma.

—Ayron... —murmuró ella, ajustándose a él un poco más.

—Repite mi nombre —pidió, rozando su cuello con la nariz—. Repítelo.

—Ayron.

—Otra vez.

Si querer le recordó una situación parecida y, poniendo las manos en sus hombros, le empujó levemente hacia atrás, bajándose de la encimera y secándose el borde de los labios con los dedos.

—No soy un loro.

—Sabía que me dirías algo como eso —dijo antes de echarse a reír y acercarse a ella con intención de besarla nuevamente.

—No. —Dijo ella apartando la cara.

—¿Pasa algo?

—Pasa. Si pasa. Claro que pasa. Ayron no voy a volver contigo, y no quiero hacer cosas de las que luego me voy a arrepentir.

Ayron sujetó su cara entre sus manos y la obligó a mirarle.

—Si no me hubieras devuelto ese beso como lo has hecho, si no me hubieras abrazado de esa manera, si no hubiera notado como te latía el corazón y si no tuvieras esa expresión, accedería a lo que me pides aun siendo todo lo contrario a lo que yo deseo. Pero sé que no hablas en serio. Sé que lo que sentiste en el pasado sigue ahí, en alguna parte, donde lo mantienes cautivo de una razón que se equivoca. No voy a rendirme contigo, Clary. Haré lo que sea para que me perdones, haré lo que sea para que vuelvas conmigo y sé que algún día lo harás, porque en realidad también lo quieres.

Sin decir nada más le guiñó un ojo, se apartó de ella y salió del apartamento,

dejándola sin aliento.

Aún no había salido de su casa y deseó con todo su corazón que volviera a darse la vuelta antes de irse, que volviera a besarla, que volviera a abrazarla, que volviera a hacerla sentir tan deseada como lo había hecho un minuto atrás, pero Ayron no volvió.

Capítulo 10 ??

Hacía tanto tiempo que no se sentía así de emocionada que no pudo pegar ojo en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos veía a Ayron acercarse a ella, recordaba con todo lujo de detalles ese beso, el contacto de su piel, la fuerza de su abrazo... Rodó sobre el colchón abrazándose a la almohada igual de emocionada que durante la noche. Si tenía pocas dudas sobre los sentimientos de su ex, ahora aún tenía menos. A pesar de no haber dormido nada se levantó de tan buen humor, que buscó el mensaje que su jefe le había enviado la tarde anterior y respondió con un “Ahí estaré”.

La película era poco después de la hora de comer, por lo que le daba tiempo de sobra para visitar a su padre e ir a arreglarse antes de reunirse con Joey y Tessa.

No había podido ocultar su sonrisa en toda la mañana, y cuando llegó a casa de Will, éste notó enseguida que algo le pasaba, no tenía su habitual expresión seria, por el contrario, todo su rostro estaba iluminado y su mirada estaba llena de estrellas.

—¿Ha pasado algo bueno? —preguntó Will mirándola con una ceja arqueada.

—¿Algo? No, ¿por qué? —preguntó en respuesta sin poder ocultar su sonrisa.

—Por eso... —señaló el hombre—. ¿Qué ha sido? Hacía mucho que no veía esa cara.

—No es nada. Ésta tarde iré a ver una película al cine con mi jefe y con su novia.

—¿Y eso te hace feliz?

—¡Claro que sí! —respondió ella, abrazándolo—. ¿Sabes cuánto hacía que no iba al cine?

Había mentido a su padre diciéndole que lo que le hacía feliz era ir al cine, y no le gustaba decir mentiras, pero tampoco podía decirle que Ayron había

cenado con ella, ni podía decirle que se habían besado, ni que había deseado llegar mucho, mucho más allá de eso. Ella misma le había pedido a su padre que no volviera a mencionar a su ex y había llegado a enfadarse varias semanas por insistir en que debían estar juntos porque ese era su destino, no era justo que ahora viniera con esas.

—Me contó Bruce que habíais coincidido en las jornadas de convivencia... —dijo Will como quien no quiere la cosa—. ¿Os visteis?

—Sí. De hecho llegamos a ir juntos a comprar unas bebidas de las chicas.

—¿Juntos? —ella asintió con un sonido nasal—. ¿Hablasteis?

—Poco pero sí. Contaron anécdotas de SWC... ¿Tú sabías que era diabético? —Will miró a su hija con el ceño fruncido, sabía que Ayron no quería que nadie supiera de su problemilla de salud y sabía que durante el matrimonio no se había enterado de ello.

—¿Él os lo contó en esa excursión?

—No. Lo he sabido después... —De pronto frunció el ceño en una expresión simpática y señaló el bolso de mujer que colgaba de uno de los respaldos de las sillas—. ¿Eso es tuyo? —Will se apresuró en cogerlo y esconderlo tras de sí—. Tarde. Ya lo he visto... —se echó a reír—. ¿Te ves con alguien?

—¿Eh? ¿Cómo? —preguntó haciéndose el tonto. Claryladeó la cabeza con una sonrisa traviesa y señaló el dormitorio de su padre, como si la dueña de aquel bolso estuviera escondida ahí—. No hay nadie aparte de nosotros. Esto es de una amiga.

—Ya era hora, papá... —rió.

—He dicho que es de una amiga. Además, yo ya he estado casado y he tenido hijos, eres tú la que debería hacerlo ahora —sabía que diciéndole eso le dejaría tranquilo.

En otro momento le habría puesto de mal humor escuchar que debía casarse, pero esa mañana era especialmente feliz, por lo que no le molestó. Se acercó a su padre y, rodeándolo con los brazos, le quitó el bolso de mujer que escondía. Parecía un accesorio caro, no solo por la marca de diseñador que había en la

hebilla, sino por el diseño y el tacto. No lo abrió para mirar en su interior, era consciente de que ni era suyo ni a ella le gustaría que hicieran lo mismo en el caso de que ella dejase su bolso al alcance de otra persona, luego lo dejó de nuevo en el respaldo de la silla y sonrió a su padre.

—Me voy ya.

—¡Pero si no has estado ni cinco minutos!

—Lo sé. Pero tampoco quiero molestaros a ti y a tu amiga... —rió.

—He dicho que no hay nadie más.

—Ya...

Se acercó a su padre y le dio un beso en la mejilla antes de marcharse.

Hacía años que su padre y su madre se divorciaron, hacía años que su madre estaba con Stanley y que su padre estaba solo. Supuso que de vez en cuando vería a alguien, aunque él nunca hubiera hablado de ello y aunque ella tampoco la hubiera visto, era un tipo atractivo, por lo que no era raro que saliera con mujeres. Después de dejar a Ayron supo lo mal que debió sentirse cuando le dejó la mujer a la que él amaba y fue desde ese divorcio que había empezado a lamentar que su padre también tuviera que haber sentido la soledad. Ahora se sentía, en parte, un poco feliz al haber visto aquel bolso en su casa, quizás realmente era de una amiga que le había visitado y volvería a quedarse solo en cuanto ella se marchase, pero había podido asegurarse de que al menos tenía visitas femeninas.

Regresó a casa caminando, a pesar de quedar bastante lejos su apartamento de la casita de su padre.

Debía reunirse con Joey y Tessa en tres horas, por lo que le daba tiempo de prepararse algo delicioso para comer y arreglarse. Al entrar en la cocina de nuevo la inundó el recuerdo de ese beso con Ayron y sonrió sintiendo en el estómago un millón de sensaciones. Por un momento se preguntó si ahora él estaría a su lado de no haber rechazado el último beso, si no se hubiera dejado llevar por su cabezonería. Deseó hacer lo que Alex le había dicho, dejarlo todo a un lado y volver con Ayron, que pudieran irse juntos, lejos de esa familia de

indeseables que, si se le ocurría luchar por él le haría la vida imposible. Suspiró pensando que podría llegar a conformarse solo con esos momentos.

A la hora de marcharse se vistió con lo que había seleccionado del armario y, tras mirarse en el espejo y sonreírse a sí misma se fue.

—Llegas pronto —dijo alguien tras ella, sacándole una sonrisa—. ¿Y esa cara? —preguntó Joey cuando ella se dio la vuelta.

—¿Cara? ¿Qué cara?

—Esa. Y no me refiero al maquillaje, que te queda especialmente bien, quepa decir. Me refiero a la expresión. ¿Ha pasado algo bueno?

—No... Bueno puede. ¿Y Tessa? —preguntó mirando a su alrededor.

Justo al terminar de pronunciar su nombre aparecía a su lado y Clary la miró con una sonrisa.

—Clary... —Murmuró Tessa respondiendo a su sonrisa—. Me alegro mucho de que hayas venido.

—Gracias. También yo me alegro de haber venido.

—Me gustan tus botas —dijo la rubia, analizando su atuendo.

Distinto a lo que solía vestir, Clary llevaba una minifalda ceñida, de rayas negras y blancas que dejaba todas sus piernas al descubierto, llevaba unos botines tipo cowboy con adornos apache y un suéter de lana fina de color marrón claro. Llevaba el pelo suelto con las ondas del pelo bien marcadas. Clary se miró a sí misma y acto seguido se fijó en Tessa, siempre tan elegante, siempre con un atuendo decente... contrario a lo que ella llevaba, la rubia vestía unos finos zapatos de tacón de color blanco, una falda de tubo hasta las rodillas a juego con los zapatos. Arriba una chaqueta roja entallada y una camisa blanca con volantes anchos en el escote. A diferencia de lo que ella vestía parecía más estar en una cita de negocios que en una cita con su novio.

—A mí me gusta lo que lleváis las dos —Dijo Joey.

Las dos chicas se echaron a reír por la ocurrencia, pero pronto hubo algo que llamó la atención de Clary y que borró la sonrisa de su cara en una décima de

segundo: Ayron salía de un restaurante acompañado de una mujer, ambos se detuvieron en la entrada y pronto ella le dio un abrazo (que él devolvió) y un beso en la mejilla, borrando acto seguido las marcas de carmín con las que había manchado su cara. Cuando aquella mujer se alejó de Ayron y pasó cerca de ellos, él no pudo evitar sonreír en su dirección y acercarse. La pareja le saludó alegremente, pero Clary solo sonrió de mala gana, girándole la cara para no tenerle de frente.

—Joey, nos vemos el lunes. Creo que se me han quitado las ganas de ver película alguna. —soltó Clary, interrumpiendo una conversación que ni siquiera se había preocupado de oír.

—¿Por qué? —Preguntó el rubio, mirándola con el ceño fruncido—. ¿Pasa algo?

Clary miró a Ayron de arriba a abajo con cara de desapruebo y acto seguido tocó el brazo de Tessa y empezó a caminar alejándose de ellos.

—¿Podemos hablar? —Preguntó Ayron al darle alcance.

—No tengo nada que hablar contigo.

Ayron tenía la certeza de que no iba a poder hablar con ella si no actuaba impulsivamente, de forma que les hizo un gesto a Joey y a Tessa para que esperasen y agarró la muñeca de su ex, tirando de ella hacia la zona ajardinada que había a varios metros de la entrada del centro comercial.

—¡Ayron suéltame! —exclamó, moviendo el brazo y liberándose de su agarre, pero no sirvió de mucho, Ayron rodeó sus hombros y la llevó contra su pecho.

—Me parece muy tierno verte actuar así, pero esa mujer no es una cita, es mi tía, la hermana pequeña de mi padre. Calista Conelly. Comemos en ese restaurante todos los sábados desde su divorcio, ella, mis primos y yo.

—No tienes que darme explicaciones —espetó.

Ayron se separó un paso de ella, sujetó su cara entre las manos y se inclinó para acercarse de nuevo a ella.

—Es encantador verte celosa, pero no quiero que lo estés. Clary, jamás podré mirar a otra que no seas tú.

—Ya... —dijo ella de mala gana.

Ayron sonrió esta vez al notar que su tono de voz ya no era el mismo, y al ver que, aunque no le miraba, había desaparecido esa expresión seria de su rostro.

No pretendía interrumpir su salida al cine con Joey y Tessa, aunque debía admitir que, a pesar de dejarle por culpa de aquel beso que había presenciado entre Tessa y él, le sorprendía ver que salía con ella sin malas caras. Al llegar de vuelta hasta donde estaba la pareja, Ayron se despidió con claras intenciones de marcharse.

—¿Por qué no te quedas y ves la película con nosotros? —Preguntó Tessa, haciendo un gesto con la cabeza, señalando a Clary.

—Sí, eso. Si puedes, quédate. A Clary le dan miedo las películas de terror — soltó Joey riendo con malicia.

Clary miró a la pareja con horror. Por alguna razón pensó que verían una comedia, una película romántica o tal vez una de acción, pero odiaba las películas de terror, no por falta de argumento, sino porque luego le resultaba completamente imposible pegar ojo por culpa de las sombras de la noche, por los crujidos del techo o las paredes, por culpa del mínimo ruido que sonase. No había preguntado qué tipo de película iban a ver y ahora se sentía avergonzada de admitir que realmente surtían efecto ese tipo de películas.

—En realidad no tengo nada que hacer... ¿te importa si me uno? —Clary miró a su ex casi con ojos suplicantes, luego asintió con una expresión de aprobación total.

La sala se quedó en completa oscuridad y solo con saber a lo que iba a tener que enfrentarse durante las siguientes dos horas sentía como todo su cuerpo temblaba. Ayron estaba sentado a su lado, pero eso no era suficiente para evitar estar muerta de miedo. Había sido un error aceptar ver una película como esa, pero ya no había marcha atrás y la opción de salir no era válida ya que su ex se había quedado por ella y sentía que marcharse era como dejarle plantado.

La primera escena de terror llegó a la media hora de película después de un

suspenso intenso. Clary había permanecido con la espalda pegada al respaldo y apretando tan fuertemente los reposabrazos de las butacas que sus nudillos estaban blancos.

—¿Estás bien? —preguntó Ayron acercándose a su oído.

—¿Yo? Sí, claro. Estoy perfectamente. ¿Por qué?

—No sé si te has dado cuenta pero... si aprietas de esa forma conseguirás fusionar mi mano con el reposabrazos.

Clary miró en la dirección que él decía y soltó rápidamente a Ayron sin saber en qué punto llevó su mano hasta allí sin darse cuenta de que ahí estaba la de él.

—Lo siento.

Ayron sonrió de medio lado y, después de abrir y cerrar la mano un par de veces entrelazó sus dedos con los de ella, tan suavemente que Clary no pudo evitar sentir un cosquilleo en el estómago a pesar del mal rato que estaba pasando.

—Es solo una película. Nada de eso pasa o ha pasado en realidad... —explicó, acercándose a ella pero sin apartar su atención de la pantalla.

—Lo sé. Lo sé. No soy tonta. Pero después de esto tengo que pasar la noche sola...

De no conocerla podría haber dicho, sin miedo a equivocarse que, aquella queja llevaba una invitación implícita. La miró a los ojos y luego a los labios, tentado por besarla, pero volvió a sentarse, ajustando el agarre de sus manos y fijando la vista al frente.

No podía evitar echarse a reír cada vez que notaba como Clary se sobresaltaba en su asiento. Era cierto que los efectos especiales eran tremendamente buenos, y que la banda sonora que acompañaba a cada escena asustaría a cualquiera, pero era una película, no veía sentido a asustarse así cada vez. Se acercaba el final y la intensidad de las escenas de terror se habían incrementado por lo que no dudó en rodear sus hombros con un brazo y atraerla.

—Estoy bien —espetó, apartándose de él—. No seas aprovechado.

—No era eso lo que pretendía. Estás temblando.

—¿Temblando? Pero qué dices...

Rió como si hubiera dicho una barbaridad, pero justo en ese momento se mostraba el primer plano del ente encargado de la sucesión de desdichas que habían acompañado a los protagonistas durante más de hora y media, y Clary cubrió su cara con las manos, haciendo reír tanto a Tessa como a Joey y a Ayrón. Éste la llevó contra su pecho durante unos segundos, luego cogió su americana y se puso en pie, indicando con un gesto que saldrían. Tiró de Clary para ponerla en pie y caminaron entre los asientos hasta el pasillo que les llevaba a la salida.

—Dios mío... Ese es el peor rato que he pasado en mi vida. —dijo ella apoyándose contra una pared.

—Es pronto pero ¿quieres que te lleve a casa?

Llevarle a casa... eso podía resultar peligroso, ella estaba asustada, él le ofrecería protección, estarían cerca... ambos se deseaban... No. Si la llevaba a casa estaba segura de que no iba a ser solo para dejarla en la puerta y marcharse, y por un momento eso le asustó más que las sombras que la acecharían esa noche.

—No. Si tienes que marcharte puedes hacerlo. Yo puedo volver sola.

—¿Quieres mirar escaparates? ¿Quieres dar una vuelta o algo?

—Quería comprar algo de lencería —dijo, pensando que con eso le ahuyentaría, pero lo único que consiguió fue dibujar una sonrisa en su cara—. ¿Qué? ¿De qué te ríes?

—Imagínalo. ¿Vamos?

—¿Eso qué quiere decir?

—Pues que voy contigo. Me muero de curiosidad por saber qué comprarás — su expresión pícaro la hizo sonreír inconscientemente.

Él la había visto asustada por una simple película y se moría de vergüenza por ello, así que trataría de, al menos, sonrojarle.

Pese a haber estado cogidos de la mano en la sala de cine y de haber salido también agarrados, ahora caminaban simplemente uno al lado del otro, a pesar de ello no estaban incómodos. Frente a la entrada de la tienda Clary creyó que se

daría por vencido y se daría la vuelta, pero estaba completamente equivocada, a tal punto que él entró primero. Cada uno miraba un tipo de prenda, él caminaba por el pasillo en el que había braguitas, ella por el pasillo de los sujetadores. Las dependientas murmuraban mientras miraban a Ayron, sonreían y se sonrojaban cuando él se giraba hacia ellas.

—Creo que les gustas —murmuró ella, poniéndose a su lado y cogiendo un tanga de encaje con la goma rosa. No miró la prenda, solo pretendía usarla de pretexto para mencionarle a las dependientas, pero de pronto él se giró hacia ella, mirándola fijamente.

—Me voy.

—¿Qué? —Sin decir nada, Ayron salió del establecimiento a toda velocidad. Clary frunció el ceño sin saber qué había hecho que le molestase así. Soltó la prenda nuevamente en su percha y fue tras él—. ¡Hey! ¿Qué pasa?

Ayron le sujetó por una muñeca, la hizo girar y la llevó contra la vidriera de un escaparate, acercándose a ella.

—Habíamos bebido, fue el enfado y los celos los que nos llevaron a actuar así aquella noche, pero aún me acuerdo de la ropa interior que llevabas bajo aquel vestido blanco. —Dijo mirándole directamente a los labios.

—Vamos Ayron... —sonrió—. ¿Pretendes que crea que te acuerdas de la ropa interior que llevaba aquella noche?

—No pretendo que creas nada. —Dijo y se giró y empezó a caminar, alejándose de ella a paso medio.

—¿Cómo era? —preguntó ella dándole alcance.

—Pequeña, blanca, con el elástico rosa. Era de una tela semi-transparente, muy sexy... como la que tenías en las manos hace un momento. —Matizó—. Recuerdo eso y cómo te la quité.

Si, ella también recordaba eso. Recordaba todas y cada una de las situaciones que les habían llevado a sonreírse uno al otro, a besarse o a hacer el amor, las sensaciones que había provocado en ella cuando la miraba, cuando la tocaba, cuando hablaba con ella...

Había caminado a su lado sin fijarse en la dirección, pero pronto se dio cuenta de que estaban en la entrada del cine y, como si Ayron hubiera tenido calculado el tiempo, la película había terminado y tanto Joey como Tessa salían de la sala con una sonrisa y abrazados.

—¿Ha pasado algo? —Preguntó Joey al ver que ambos estaban serios.

—¿Aparte de que estaba muerta de miedo y Ayron me ha salvado? —sonrió Clary, mirando a su ex, quien sonrió levemente mirando al suelo.

—Parecía que estabais enfadados o algo.

—No. —Aclaró Ayron.

—Se acerca la hora de cenar. ¿Os apuntáis? —Sugirió Tessa, intentando que, al pasar tiempo juntos, volvieran a sentir lo mismo que entonces y volvieran a salir.

—Es una idea tentadora, pero yo... —Dijo Ayron—. De hecho creo que me voy a marchar ya...

Estrechó la mano de Joey, tocó el brazo de Tessa y besó a Clary en la mejilla antes de marcharse. Joey soltó a su novia un segundo, se colocó detrás de su secretaria y después de decirle algo al oído, apretó sus hombros y la empujó hacia adelante, instándole a que siguiera a Ayron antes de que fuera tarde. Y así lo hizo. Corrió detrás de él, siguiéndolo a unos pasos de distancia, contemplando su espalda, su postura recta, su caminar decidido y sus pasos firmes. Era un hombre atractivo incluso visto por detrás.

De pronto Ayron se detuvo y se dio la vuelta, encontrándose con Clary a solo un par de metros de distancia. Se miraron durante unos segundos sin que ninguno dijera nada, él sorprendido por saber que iba detrás, ella porque no esperaba que se girase.

—¡Clary!

—Yo...

—¿Venías detrás?

—Sí. Yo... Lo siento. Es que...

Ayron sonrió de medio lado y se acercó a ella, rodeándola en un abrazo. No podía negar lo inmensamente feliz que le hacía ver que esta vez era ella la que se

acercaba, aun con miedo a dejarse querer.

—¿Me llevas a casa? —Ayron sonrió travieso—. No vayas a pensar lo que no es... —dijo rápidamente, pensando en lo que sugería aquella pregunta—. He venido en autobús y tú tienes que pasar por allí para... ¡Olvídalo! Mejor vuelvo como he venido.

Trató de darse la vuelta, avergonzada, pero Ayron la frenó sujetándola de un brazo.

—Tengo que parar antes en un sitio. Si no te importa...

—Olvídalo. Me he dejado influenciar por Joey. No quiero molestarte.

—¿Molestar? —Rió—. Vamos, anda. —La sujetó de una mano y tiró de ella hasta el aparcamiento.

Hacía rato que se había ido el sol y ya era noche cerrada. Caminaron en silencio, por la oscuridad, hasta el sedán naranja. Caballeroso como siempre se comportaba, abrió la puerta del copiloto invitando a su ex mujer a entrar, luego cerró, se sentó frente al volante y arrancó el motor.

Fueron en silencio hasta que Clary empezó a reconocer la zona en la que estaban entrando. Frunció el ceño y luego miró a Ayron, pensando que él sonreiría travieso y le diría que era una broma, pero él pareció no darse cuenta y siguió conduciendo hasta detenerse frente a una casita que ella conocía bien.

—¿Puedo saber qué significa esto? —Preguntó de mala gana, señalando hacia la casa de su padre.

—Al parecer mi tía se dejó esta mañana el bolso en casa de tu padre. Me pidió que lo recogiera si podía.

—¿Tu tía? ¿Qué hacía tu tía en casa de mi padre?

—Supongo que no lo sabes, pero ellos estuvieron saliendo un tiempo, antes de que tu padre y tu madre se casaran. Supongo que no terminaron del todo mal y ahora que ella ha vuelto a la ciudad... No me pidas que te cuente estas cosas, Clary. Pregúntale a tu padre, él mejor que yo puede explicarte sus cosas. —Pidió—. ¿Vienes?

—No... No sabría cómo explicarle a mi padre que venimos juntos. Está claro

que no hemos vuelto y tampoco estamos saliendo. Venir juntos puede parecer un poco raro. —Ayron se echó a reír pero no dijo nada más, simplemente bajó del coche, cruzó la calle y llamó a casa de Will.

Contempló a su ex mientras hablaba con su padre, alegrándose de que los cristales de aquel sedan estuvieran ahumados. Su padre no parecía extrañado por verle allí, de hecho parecía estar esperándole y le recibió con una sonrisa. ¿Acaso Ayron pasaba por ahí muy seguido? Llevaban casi un año divorciados y durante ese tiempo él había ido al parque frente a su apartamento, no era raro pensar que visitase a su padre buscando un encuentro “accidental”. Pocos minutos más tarde lo vio salir con el bolso de mujer que había visto esa misma mañana y la intriga la invadió por completo ¿realmente su padre y la tía de Ayron se veían? ¿Acaso estaban saliendo? Su madre tenía a Stanley, sería genial si su padre también tuviera una relación... Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la puerta del conductor abriéndose. Ayron dejó el bolso en los asientos traseros y se ajustó el cinturón antes de arrancar el motor.

—¿Visitas muy a menudo a mi padre? —preguntó ella.

—De vez en cuando. Espero que no te moleste.

—No lo hace —sonrió—. Es un poco raro, pero no me molesta.

—¿Raro? Gracias a la amistad de tu padre con el mío es que nosotros... Los meses que estuvimos casados fueron... Da igual.

Llegaron al apartamento de Clary en completo silencio, salieron del coche después de aparcar y se acercaron al portal. Ayron no tenía intención de subir, deseaba hacerlo, pero sabía que ella rechazaría todo acercamiento, aunque la noche anterior devolviera el beso de la forma en que lo hizo, aunque esa tarde hubiera permitido que le rodease con los brazos o que entrelazase sus dedos con los de ella, sabía que si se acercaba a ella del modo en que deseaba hacer le entraría miedo y le haría a un lado. Le había dicho que no se rendiría con ella, pero iría despacio, iría tan despacio como ella necesitase.

Cuando se detuvieron en la puerta él se acercó con intención de darle un beso en la mejilla, pero Clary giró la cara rápidamente, besándole en los labios. No

sabía por qué había hecho eso, era como si su cuerpo hubiera decidido por ella, pero Ayron no dijo nada, solo sonrió cerca de su boca, arrastrándola a besarle de nuevo. Ayron llevó las manos a su cintura y la atrajo, empujándola acto seguido contra la puerta y bloqueándola con su cuerpo mientras seguía besándola.

—Tengo que irme —murmuró en sus labios justo cuando ella iba a pedirle que se quedase—. Mañana tengo una reunión y por la tarde he de devolver el bolso a mi tía. —Y siguió besándola.

—Oh...

—Si me dices que sí volveré el viernes después del trabajo, como hacía antes.

Clary asintió con la cabeza inconscientemente sin apartar la mirada de sus labios. Esta vez Ayron tomó su cara entre las manos y la besó, aún más apasionadamente que lo había hecho hacía justo un momento, luego, simplemente, dio un paso atrás y se alejó de ella, dejándola aun peor de lo que se había quedado el día anterior. Le miró mientras se alejaba, cuando se metió en el sedán sin girarse y cuando se alejó, llevó las manos a su pecho creyendo que se volvería loca.

Capítulo 11 ??

La semana pasó desquiciantemente despacio y Clary había estado completamente ansiosa, deseando que llegase aquella tarde para volver a verlo. Y es que, por mucho que lo pensase, no entendía por qué solo iba los viernes y no ningún otro día de la semana, sobre todo porque, si se sentía igual que ella, verle un solo día a la semana era insuficiente, muy insuficiente. Para Ayrton era diferente, porque él sí sabía la razón de visitarla solo los viernes; si ella le aceptaba, si le dejaba hacer lo que deseaba hacer todo el tiempo con ella, no bastaba con verla un rato un día laboral, pasaría horas y horas con ella en la habitación, y eso solo era viable en fin de semana ya que, ambos tenían trabajos que atender: ella su puesto de secretaria en CB Investments y él el de presidente en SWC.

Esa tarde no esperó a bajar con su jefe en el ascensor, en cuanto Joey asintió para dejarla marchar, ella prácticamente salió corriendo. Llegó a casa tan rápida como un rayo, de hecho, los tres minutos que había entre la parada del autobús y su portal, los recorrió en solo uno, esperando y deseando que su ex estuviera allí, esperándola con esa sonrisa que la volvía loca. Pero Ayrton no estaba.

—¿Será pronto? ¿Tendría alguna reunión? —Preguntó en voz alta. Miró en su teléfono por si había llamada o mensaje que no hubiera escuchado, pero nada—. Al menos podría haberme dicho que llegaría más tarde...

Subió a su apartamento sorteando los escalones de dos en dos y entró en él. Al cerrar la puerta pensó en lo mucho que le gustaría que llegase y entrase sin llamar, en lo que disfrutaría si estuviera en el salón, o en la cocina, o que saliera del dormitorio y de pronto le viera ahí, como un espejismo, dejó la puerta mal encajada a conciencia y después de sonreír ante la imagen de verlo entrar sin

más, se dirigió al dormitorio. Estaba harta de llevar los vaqueros todo el día, y de la camisa, y de los zapatos de tacón.

Había terminado de ducharse y, mientras se vestía escuchó la puerta cerrarse. Sonrió ampliamente al saber que ya estaba allí y, tras mirarse en el espejo y comprobar que estaba bien, salió. Su sorpresa fue mayúscula al ver que no era su ex el hombre que había sentado en el sofá, sino Oliver, su abuelo.

—¡Señor Wells! —exclamó sin saber muy bien qué decir.

—Clarence... —El hombre sonrió al ver su expresión.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿No puedo visitar a mi nieta?

—Ya no soy su nieta.... —Dijo tristemente—. Hace mucho que no lo soy. —Clary miró hacia la puerta preguntándose por qué diablos no llegaba Ayrón.

—Ayrón quería venir... Pero lleva unos días enfermo y ni siquiera ha sido capaz de salir de la cama debido a la fiebre.

—¿Enfermo? —Preguntó casi en un grito, a lo que él asintió con la cabeza—. Disculpe mi mala educación, señor Wells. Ha venido hasta aquí y yo...

—Anda ve. —Sonrió, haciendo un gesto con la mano hacia la puerta y levantándose acto seguido.

La única vez que había visto a esa chica le había gustado mucho, no solo por su carácter, también por su bondad y su humildad. Podría haber pedido una fortuna a cambio de separarse de Ayrón, con el que llevaba un par de meses solamente, sin embargo no pidió nada, defendió al que entonces era su marido y defendió su amor por él. Cuando se enteró de que su nieto y ella se habían divorciado y supo que la razón había sido por sus hijos y sus nietas lo sintió enormemente por ella, porque los sentimientos que había podido leer en ella eran los mismos que los que había visto en su nieto, sentimientos por los que merece la pena luchar, como hizo él con la única mujer a la que había amado de verdad. Por los cuchicheos de sus nietas supo que Ayrón pasaba por allí todos los viernes, que se sentaba en los bancos del parque solo para verla de pasada y luego supo, por Arthur, que había dado un paso adelante y que la visitaba en su

apartamento.

Al saber que esa semana había recaído de una enfermedad de la que se suponía nadie sabía nada —incluido él—, y que por esa misma razón no había pisado su despacho en SWC en casi toda la semana, decidió ir a buscar a la mejor medicina que ese hombre pudiera tener: Clary

—¿Quieres que te llevemos? —Preguntó, saliendo junto a ella.

—Se lo agradezco mucho, pero no quisiera ser una molestia o hacerles hacer un trayecto hasta allí solo para llevarme. Puedo ir en autobús.

—Vamos. No seas tonta. Sube. —dijo el hombre, agarrando uno de sus brazos y guiándola hasta el inusualmente largo Rolls Royce que había justo frente a su casa.

A pesar de que aquella era la primera vez en su vida que subía a un coche como aquel, ni siquiera se fijó en lo lujoso de aquel vehículo, ni en que parecían ir flotando y no por una carretera, tampoco se percató de lo mucho que llamaba la atención un automóvil como aquel en aquellas calles, lo único que le preocupaba era saber que Ayron no estaba bien.

—¿Nerviosa? —preguntó el hombre, señalando sus pierna y el movimiento frenético de estas.

—No. Bueno si, un poco. No me malinterprete, señor Wells, yo no voy a ver a su nieto porque esté en una relación con él ni nada por el estilo.

—No te preocupes. Lo sé. —Sonrió amablemente después de asegurarse que la mampara que separaba la zona del conductor de la de pasajeros estaba cerrada —. También sé que va a verte todas las semanas y que tú nunca le das pie a nada.

—¿Se lo ha dicho él?

—No. Que va a verte lo sé por mis hijos y por Leslie y Karen. En la residencia familiar no me intereso por lo que hablan, porque nunca es nada interesante, pero le atacan constantemente en la empresa. Ellas suelen burlarse diciéndole que ni ser de una familia rica, ni ser presidente de una empresa ni llevar un gran apellido le han ayudado a retener a una chica más de cuatro meses... Él nunca se defiende. Que no le das pie a nada lo he deducido yo solo. De estar con él

sabrías que él está en la cama... ¡Oh, ya hemos llegado! —exclamó con una sonrisa.

—Muchas gracias por traerme, señor Wells...

—Ha valido la pena si he podido ver a mi nieta y hemos podido hablar, aunque haya sido poco. Ve. —Hizo un gesto con la mano, instándole a que fuera sin más demora, y así fue.

Nada había cambiado en un año, Kyle seguía siendo el encargado de la recepción, la decoración era exactamente la misma... incluso las macetas estaban igual que entonces.

Se dirigió a los ascensores después de saludarle educadamente y cerró los puños con fuerza cuando las puertas del elevador se abrieron para ella. Aquello era un error, se había dicho a si misma que no volvería a pisar ese edificio y ahí estaba, muerta de miedo, muerta de miedo por saber que estaba enfermo y muerta de miedo de no querer volver a marcharse.

Al llegar al piso veintisiete sintió un mareo extraño, una especie de *déjà vu*. Miró la letra dorada junto a la puerta de la izquierda y se situó frente a ella. Todavía recordaba la primera vez que pisó aquel edificio, recién casada y tras darse cuenta que no tenía donde ir salvo ese apartamento. Todavía recordaba la sensación de entrar y encontrar que donde Ayrón vivía distaba mucho del aspecto limpio y pulcro del resto del edificio y se preguntó si volvería a tener ese aspecto: desordenado al máximo. Llamó con un par de toques suaves para no despertarle si estaba durmiendo, pero nadie abrió, así que se dio la vuelta con intención de pedirle a Kyle que usase su llave para dejarle entrar, pero justo al cerrarse las puertas del ascensor una mano masculina las bloqueó.

—¡Becker! —exclamó el secretario de su ex entre incrédulo y sorprendido.

—Hola Vince... ¿Cómo está?

—¿Qué haces aquí?

Era obvio que Vince no sabía nada de su matrimonio, ni de su divorcio. Sospechaba que había habido algo entre ellos, quizás un rollo de fin de semana, pero no pensaba que fuera lo bastante serio como para que ella supiera, siquiera,

dónde vivía. Que sin trabajar en SWC supiera de la enfermedad del presidente le daba qué pensar.

—Su padre y el mío son amigos desde la infancia. Bruce me ha pedido que me pase a ver qué tal está... —mintió, pero estaba segura de que si realmente supiera que su hijo y ella aún se veían, le pediría que lo hiciera.

—Oh... Eso explica todo —dijo convencido—. Pasa. Me viene bien que vengas, necesito llevar unos informes a Oliver Wells y me sabría mal marcharme y dejarle solo. ¿Has estado aquí antes? —Ella negó, mintiendo nuevamente.

—Me han enviado su dirección en un mensaje.

—Yo llevo tres días haciendo mi jornada prácticamente entre SWC y aquí. Ven, sígueme, te enseño lo básico.

Clary siguió al secretario de su ex como éste le había pedido. Le tentó preguntar si el apartamento seguía siendo una pocilga antes de entrar, pero habría dejado demasiado claro que sí había estado allí antes. Se sorprendió al atravesar las puertas y ver que todo estaba impecable. Sonrió interiormente al ver que todo estaba igual que cuando ella se fue, a diferencia de una manta de punto gris que había en el sofá y un juego de velas del mismo color que había sobre la mesita de centro.

—Es impresionante, ¿verdad?

—Verdad...

—Necesitaría veinte años para poder comprar un apartamento como este. Y eso que mi salario es muy bueno. Esa es la cocina —señaló—. En la nevera hay de todo. El baño está por ahí. Hay uno solo pero es enorme. Aquellas dos son las habitaciones. Wells ha prohibido que entre en esa otra habitación —señaló la que había usado ella las primeras semanas de vivir ahí—. La de la derecha es la suya. Ven —Clary sintió miedo de repente de entrar en aquel dormitorio y se detuvo a medio camino—. Vamos, está dormido. No se enteraría ni aunque saltásemos encima suyo. —Rió, yendo a por Clary y tirando de su brazo hasta el dormitorio de Ayrton.

Sintió un nuevo mareo al atravesar la puerta de la habitación, de aquella

habitación donde había hecho el amor con él por primera vez, de ese cuarto en el que se desearon, se acariciaron, se besaron y se colmaron de placer tantas noches.

La habitación estaba igual que la recordaba, ordenada, sobria, todo estaba igual, salvo que nunca vio a su ex acostado de esa manera, tan inmóvil, tan impasible, tan pálido.

En la mesita de noche había una bandeja pequeña de color gris en la que había una pequeña jarra con agua, un vaso cubierto y un pastillero. Al lado de ésta había un bloc de notas con un bolígrafo y un termómetro y junto a esto, lo que ella supuso que sería un medidor de glucosa. De pronto se sintió mal por él, ocultando siempre su enfermedad para que esa gente que se hacía llamar familia no lo usase como excusa para echarle sin más, ocultándolo siempre para no parecer débil frente a otros, ocultándolo para parecer tan normal como cualquier otra persona. Se vio tentada de acercarse a él y estrechar su mano entre las suyas, pero Vince pronto llamó su atención con las instrucciones de lo que debía hacer.

—Si te ha enviado Bruce, supongo que debes tener bastante confianza con ellos...

—Bueno, no he tratado mucho con ellos, pero supongo que Bruce no ha sabido a quien acudir y yo tengo el fin de semana libre...

—¡Genial! Pues verás, debes tomar su temperatura más o menos cada hora, y anotarlo en la libreta. Eso —señaló el aparato junto al termómetro—no tengo ni idea de cómo se usa, él no me lo ha querido explicar, quizás tú tengas un poco más de suerte. Poco más, en realidad. Oblígale a que beba mucha agua y a que se tome esas medicinas, a las once, por la mañana, si vienes y por la tarde... es una cada ocho horas, pero no vivimos con él y es difícil coordinar el trabajo de enfermero con el de secretario. Ha estado unos días muy muy débil y no ha podido cambiarse de ropa él solo, le he ido ayudando yo, pero soy un hombre, espero que no te importe... ya sabes.

—No te preocupes, he visto a hombres desnudos antes... —rió. ¡Y al mismo Ayron también!—. Podré soportarlo. ¿Hay algo especial que haya que prepararle

de comer?

—Pues no tengo ni idea, Becker. En los tres días que llevo viniendo no le he visto probar bocado. —Dijo con cara de consecuencia.

Santo cielo, ¿había estado tres días sin comer?! ¿Y se extrañaban por que estuviera débil? Clary miró a Vince completamente horrorizada y acto seguido salió del dormitorio, dirigiéndose a la cocina para preparar algo. Recordó que Ayron le había mencionado una hipoglucemia, así que pensó que antes que sentarse a perder el tiempo necesitaba preparar algo que él pudiera comer, algo que le ayudara a reponerse lo antes posible. Abrió el frigorífico, sorprendiéndose de ver que realmente estaba lleno de cosas, y de él sacó algunas cosas con las que prepararle una cena sana, sabrosa y reparadora.

—Debería irme ya... —Dijo Vince—. Se me está haciendo tarde. ¿Le tomo yo la temperatura mientras tú cocinas? —Preguntó, a lo que ella asintió con una sonrisa.

Vince la dejó a solas para ir al dormitorio, pero menos de un minuto más tarde lo escuchó hablar y creyó oportuno ir a la habitación para que Ayron supiera que no estaba solo su secretario. Lo que encontró al asomarse por la puerta fue lo más divertido que podía ver: Ayron manoseaba a Vince gimiendo sensualmente mientras él trataba de apartarse del presidente como si fuera un acosador. Sin poderlo evitar corrió a la cocina a por su teléfono móvil y volvió para grabar una escena que sabía jamás creería aunque se lo jurase. Al borde de un ataque de risa tuvo que salir de la habitación, pero fue peor cuando vio al secretario aparecer tras ella colorado como un tomate y adecentándose la ropa mientras maldecía algo en voz baja.

—Cualquier mujer habría estado encantada, pero... —Clary estalló en risas, sujetándose el estómago con una mano y a la encimera de la cocina con la otra—. Sí, riéte, pero ahora el presidente caliente te lo dejo a ti —añadió frunciendo el ceño y haciendo un gesto con la mano que le indicaba que se marchaba—. Pasa un buen fin de semana, si puedes.

—Tú también, Vince.

Después que el secretario se marchase, aun siguió riendo, ella sola, durante un rato. Aquella había sido una de las escenas más divertidas que había visto, a pesar de ser por culpa de la fiebre de Ayrton.

Había pasado una hora sin que se acercase a él más allá de la puerta, pero era el momento de tomarle la temperatura y, a pesar de que Vince no supo para qué era el glucómetro, decidió que también le miraría el nivel de azúcar, si estaba demasiado baja buscaría otra cosa que pudiera comer más allá de un delicioso plato de pasta y verduras. Se acercó a él sin hacer el menor ruido, puso una mano en su frente para comprobar si estaba muy caliente y acto seguido le puso el termómetro bajo la axila izquierda. A la hora de retirarlo volvió a inclinarse sobre él para quitárselo, pero entonces le vio tan indefenso que se vio tentada a acercarse a sus labios y besarle. Antes de incorporarse Ayrton abrió los ojos.

—¿Clary?

—Oh, ¿estás despierto? —preguntó, desviando su atención al termómetro.

—¿Qué haces aquí?

—Cuidarte. Tú hiciste lo mismo hace unos meses, el día que no me encontraba bien y me hiciste un caldo.

—Estoy bien. Puedes irte si quieres.

Su situación se debía al cansancio, mismo que había provocado un bajón en los niveles de azúcar y que había provocado una fiebre que solo había empeorado su estado. Hacía tres días que no podía salir de casa y dos de ellos que los había pasado en cama.

—¿Estás bien, dices? Ayrton, acabo de quitarte el termómetro y ni siquiera te has enterado de que te lo había puesto. Tienes cuarenta de fiebre, estás empapado y por lo que me ha dicho tu enfermera...

—Espera, espera. Yo no tengo enfermera.

—¿Ah no? —rió—. Hace un rato has tratado a Vince como si fuera tu sexy enfermera, incluso le has tocado el trasero.

—¡Eso no es verdad! —Ella ensanchó aún más su sonrisa y después de buscar su móvil le enseñó el vídeo que había grabado.

Ayron se echó para atrás gruñendo ofuscado. No podía creer lo que había hecho y delante de quien lo había hecho. Ella lo miró un segundo antes de volver a fijarse en la pantalla de su móvil, el tiempo que estuvieron juntos no guardó de él ni una sola foto, sin embargo aquel vídeo la acompañaría para siempre.

Una de las tareas que le había dejado Vince era la de cambiarle el pijama húmedo por uno seco, de modo que abrió el armario y de él sacó el conjunto de ropa de cama que le pondría. Conocía casi todos los que había en el armario, pero no seleccionó, simplemente tiró del primero de la pila y se dio la vuelta.

—¿Y eso?

—Eso es que tienes el pijama empapado, y que hay que sustituir uno por el otro.

—¿Pretendes que te deje cambiármelo como si fuera un inútil? —aquello podría haber sonado a advertencia si su tono de voz tuviera la fuerza de siempre, sin embargo sonaba más a murmullo que a advertencia.

Ignorando lo que su ex le había dicho y haciendo a un lado los recuerdos excitantes de quitarle la ropa mientras él se la quitaba a ella, retiró las mantas a un lado, descubriéndolo por completo. Se sentó a su lado y sabiendo que él analizaba cualquier cosa que hacía, llevó los dedos a su pecho y empezó a desabotonar la parte de arriba. Ayron sujetó sus muñecas y la detuvo, pero al igual que su voz, sus manos parecían carecer de fuerza siquiera para cerrarlas en un puño.

—No me importa lo que digas, Ayron. Haré lo que tú secretario me ha encargado y después de asegurarme que has comido algo y que vuelves a estar confortable, me marcharé.

Miró su torso desnudo sin poder evitar regocijarse con la imagen que aquel tonificado cuerpo masculino estaba regalándole, luego, tras pasar una toalla húmeda y otra completamente seca, le obligó a apoyarse en ella y permanecer sentado tanto como pudiera para poder hacer lo mismo con su espalda y vestirle. Con las piernas hizo lo mismo, pero esta vez trató de no fijarse en la excitación que se ocultaba bajo el ceñido bóxer negro. No estaría haciendo eso con él de no

estar enfermo, y debía centrarse solo en eso, no en las imágenes con las que su imaginación le castigaba con cada roce de sus dedos al ponerle de vuelta el pantalón.

—Te he pasado el glucómetro, pero no entiendo si los niveles son bajos, muy bajos o peligrosos. —encendió el aparato y le mostró el último número que había en la memoria.

—Están rozando el peligroso. —Dijo, cerrando los ojos y dejando ir un soplo.

—Ayron, Vince me ha dicho que no has comido nada en tres días.

—No he tenido fuerzas para levantarme y no puedo contarle a nadie lo que me pasa.

—Eres idiota, ¿lo sabes? ¿Te pones en peligro aun a riesgo de morirte solo para que los Wells no se enteren?

—¿Te has enfadado?

—¡Pues claro que me he enfadado! ¿Es que te da igual? ¿Sabes cómo me habría sentido si...? ¡Déjalo!

Volvió a cubrirle con las mantas y salió del dormitorio conteniendo las lágrimas. Estaba en unos niveles de glucosa peligrosamente bajos, estaba muriendo y no estaba haciendo nada por culpa de aquella maldita familia que solo querían hacerle daño. Odiaba a los Wells y, aunque Oliver no fuera como el resto de la familia, él era el causante de todos los problemas, por no haber sabido educar a sus propios hijos.

Apoyó las manos en la encimera de la cocina y bajó la cabeza, nada de lo que había preparado para él iba a servirle, al menos no haría que mejorase a corto plazo. Odiaba sentirse así de asustada por culpa de otra persona, por culpa de otra persona a la que parecía importarle todo un bledo. Le tentó marcharse y dejarle padecer a él solo, pero era incapaz de hacerlo.

—Dime qué puedo darte. No sé qué puede hacer que suba tu azúcar sin ponerte aun en más peligro —dijo desde la puerta.

—Debe haber naranjas... en algún cajón deben quedar golosinas... —murmuró

—. Eso suele hacer efecto rápido.

—Golosinas... ¿Las naranjas pueden servir? —él asintió levemente con la cabeza y Clary corrió a la cocina. Le prepararía un enorme vaso de zumo de naranja.

Regresó al dormitorio con un vaso de batido con más de medio litro de zumo, al que, además, le había añadido un par de cucharadas de azúcar. Sabía que le costaría sentarse en la cama el tiempo suficiente como para tomarse todo aquello, y que tampoco tendría fuerzas para sostener el recipiente, por lo que, sin decir una palabra, tomó la cuchara y empezó a darle el líquido poco a poco. Ayron la miraba a los ojos deseando que le mirase, pero no lo hizo y cuando le hizo un gesto para decirle que no podía tomar más, ella simplemente se levantó y salió del cuarto, dejándolo nuevamente a solas.

Clary tenía razón, era idiota por ponerse en peligro solo para que los Wells no se enterasen, pero sabía que si lo hacían, su vida sería un infierno, y era algo que no estaba dispuesto a tolerar, era mejor ocultar una enfermedad tan relativamente sencilla de tratar como era su diabetes.

Siempre que había estado en una situación como esa —y era ya la tercera—, el médico le mandaba tomar zumo de naranja y con eso, en unas pocas horas mejoraba considerablemente, al menos para permitirle moverse con más o menos soltura, así que, después de casi media hora, su cuerpo tenía la suficiente energía como para levantarse. No podía ir a correr un maratón, claro estaba, pero al menos pudo acercarse a la cocina, donde Clary estaba fregando un plato y un cubierto.

—¡Ayron! —exclamó sorprendida al notar como la abrazaba por detrás y apoyaba la barbilla en su hombro.

—¿Sigues enfadada? —ella no respondió—. ¿Has cenado?

—No. He puesto en un recipiente lo que te había preparado y lo he metido en la nevera por si podías comértelo en otro momento. ¿Qué haces levantado? ¿Ahora ya te puedes mover?

—Quédate esta noche. No quiero estar solo estando así... He pasado

demasiadas noches solo.

—Vuelve a la cama, anda.

Se movió hasta tenerle de frente y, soltando sus brazos rodeó su cintura y le obligó a caminar de vuelta a la habitación. Cuando Ayron se estiró, ella volvió a arroparle y se sentó a su lado.

No lo había visto antes porque no se había fijado, pero en la mesita del lado que ocupó ella las noches que durmieron juntos, estaba el botecito de perfume que había olvidado allí.

—Ya casi no queda... Cuando se termine tendrás que volver conmigo para que pueda volver a dormir.

—Tienes fiebre.

—Hablo en serio. No es la fiebre la que me hace decir eso, y lo sabes.

De pronto el ambiente pareció volverse íntimo, y eso era a lo que Clary más temía: volver a caer en sus redes y no saber liberarse.

—Debería ir a casa.

—Quédate esta noche, por favor. —Ayron sujetó su muñeca y la miró directamente a los ojos—. Quédate —repitió.

—No tengo ropa.

—Al menos dejaste par de mudas completas cuando te fuiste. Puedes usarlas, están en el armario —señaló—. Y si necesitas un pijama... —Ella miró su mano, como pidiéndole que le soltase, pero él no hizo ademán de hacerlo—. No te voy a dejar escapar... —sonrió, una sonrisa mucho más apagada que su habitual y sensual sonrisa.

En otro momento le habría resultado divertido ser su presa y que no la soltase, pero esa tarde no lo era.

Permaneció sentada a su lado hasta que poco a poco el agarre de Ayron fue perdiendo intensidad. Movié su propio brazo de forma que siempre estuviera en contacto con su mano, pero no mucho después de aquello él cayó completamente rendido.

—No podría dejarte así ni aunque mi vida corriera peligro —susurró en un

suspiro mientras le contemplaba.

Capítulo 12 ??

Al llegar la mañana aún se sentía débil, las atenciones de Clary hasta bien entrada la noche habían surtido bastante efecto y haber dormido ocho horas del tirón habían ayudado bastante, también. Miró a su izquierda pensando, por alguna estúpida razón, que ella habría dormido a su lado, pero la cama estaba tan vacía como lo había estado todo el tiempo en el último año. Se llevó una mano a la frente para ver si la fiebre seguía ahí, pero notó que su otra mano estaba bloqueada. No se había incorporado por lo que no se había dado cuenta de que su ex mujer estaba ahí, de rodillas sobre la alfombra, apoyada en el borde del colchón y sujeta a él.

—Dios mío, pero qué bonita eres —murmuró acariciando su pelo con una sonrisa dibujada en los labios.

Intentando moverla lo menos posible, se deslizó por la cama hasta ponerse al lado suyo, en el suelo. La contempló, deleitándose con aquella imagen tan tierna que estaba regalándole inconscientemente. La adoraba, la amaba como jamás podría amar a nadie y le mataba no poder decírselo si ella no le daba pie a ello. Rozó el borde de sus labios con la yema de los dedos, despacio, deseando como un loco volver a besarlos, pero esa no era ni la situación ni el momento adecuado. Sonrió cuando ella entreabrió los ojos y le buscó.

—¡Ayron! ¿Qué haces en el suelo?

—Mirarte. —Confesó—. ¿Por qué no te estiraste en la cama? ¿Por qué has dormido en el suelo?

—No ha sido voluntario, sabes. Estaba cansada y simplemente me dormí. —Se defendió, poniéndose de pie y ofreciéndole una mano como ayuda para incorporarse.

Creyendo que pondría un poco más de resistencia, Clary tiró con demasiada

fuerza y en un aparatoso tropiezo, cayeron contra la gruesa alfombra, quedando él justo encima de ella. Ambos estaban sorprendidos, pero ninguno dijo nada, se miraron a los ojos unos segundos antes de que él desviase la mirada hacia sus labios, luego se inclinó para besarla, pero ella le empujó por los hombros y se apartó, levantándose rápidamente con un sonoro carraspeo.

—Supongo que no te has hecho daño... —dijo tirando hacia debajo de su ropa, que se había subido peligrosamente en la caída.

—No. ¿Tú te has hecho algo?

—¿Eh? No, estoy bien. Voy... voy a hacer algo de desayunar. ¿Hay algo que no puedas comer? —él negó con la cabeza.

Se levantó torpemente, un tanto mareado por la debilidad.

—Tendría que haberme estado quietecito... —se dijo en voz baja mientras se sentaba en el borde de la cama y se llevaba la mano a la frente. También tenía fiebre.

Sabía por un mensaje que le había enviado su padre, que esa mañana pasaría con su tía y sus primos por su apartamento. No tenía muchas ganas de visita, y menos aun sabiendo que la visita de su padre espantaría completamente a Clary, aun así no iba a ocultárselo, de modo que, cuando ella entró unos minutos más tarde con una bandeja y algunas piezas de fruta bien cortada, él le mostró la pantalla de su móvil. Ella lo miró con el ceño fruncido después de leer el SMS y dio un paso atrás.

—¿A qué hora llegarán?

—No lo sé.

—No quiero que me vean aquí. No sabría cómo explicar por qué, sin estar en relación alguna, vengo a cuidarte y a pasar la noche a tu lado... Me marchó. —dijo dejando la bandeja con la fruta sobre su mesita de noche.

—Mi padre no va a malinterpretar nada, Clary. Es más, le haría feliz saber que has estado aquí.

—Comete la fruta, al menos toda la que puedas. Si durante el día tienes fiebre o te encuentras mal, pídele a tu padre que se quede contigo, apuesto a que él

tampoco quiere verte así.

—No te voy a retener, pero dime que vendrás mañana. Mi padre tiene cosas que hacer y no puedo obligar a Vincent a que venga en fin de semana. Tú eres mi mejor medicina, la única que sabe cuidarme de esa manera... ¿Eh? ¿Vendrás?

—No sé, Ayrón...

De pronto tenía prisa por irse de allí lo más rápidamente posible. Bruce era un tipo cariñoso y encantador, y las pocas veces que le había visto, le había tratado afablemente. Sabía, por su padre, que se había tomado muy mal el divorcio, y no por ella, sino por los Wells, de quienes tuvo que padecer el verse en la calle con un hijo enfermo después de ver morir a su mujer. No quería que se hiciera ilusiones al verla cuidando de Ayrón, no quería que pensase que quería volver con él, no quería que imaginase cosas que no eran, de modo que, lo mejor era huir, huir y evitar que la vieran.

Justo al ir a presionar el botón del ascensor sonó la campanita que indicaba que éste había llegado ese mismo piso. Corrió a la puerta de las escaleras justo antes de que Bruce saliera, pero su sorpresa fue mayúscula al escuchar la voz de su padre y la de alguien más. Se asomó por la ventanita circular de la puerta para ver si realmente era quien ella pensaba, pero dio un par de pasos atrás al ver lo que había en el vestíbulo. Allí no solo estaba Bruce, había podido confirmar que su padre y una mujer también estaban ahí, acompañados por un par de adolescentes, pero no fue eso lo que le sorprendió, la mujer no era otra que aquella que había visto salir del restaurante con Ayrón, y portaba el mismo bolso que había visto en la casa de su padre, lo realmente sorprendente fue ver como su padre rodeaba su cintura con un brazo. Por un momento se vio tentada de cruzar la puerta y pedirle explicaciones, no por salir con otra mujer, sino por ocultárselo a ella pero no tener el más mínimo reparo en mostrarse con ella ante Ayrón. Luego pensó en lo avergonzado que se sentiría si su hija se la armaba delante de los hijos de esa mujer y lo peor, que ella misma no tendría como explicar, delante de toda esa gente, por qué había pasado la noche en casa de un ex al que decía no hablar. Al oír cómo se cerraba la puerta del apartamento salió,

tratando de no hacer el menos ruido para coger el ascensor, pero de pronto, al dar un paso al interior del elevador se escuchó a alguien salir y acercarse a ella.

—Vaya vaya... pero mira a quien tenemos aquí... —sonrió Bruce con un tono de sorpresa y felicidad.

—Hola Bruce. —Saludó Clary, encontrándose a sí misma en una situación que no iba a poder explicar si no era con la verdad.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a ver a Ayrón?

—En realidad acababa de salir por la puerta cuando habéis llegado —explicó él desde dentro del apartamento, mirándola con una sonrisa amable—. Sus compañeras le dijeron que no había ido en unos días y ha pasado por aquí para ver si estaba bien. —Clary aprovechó que Bruce le miraba a él para gesticular un “Gracias” que solo ensanchó aún más su sonrisa.

—¿Clary? —Will soltó rápidamente a Calista, como si su hija no los hubiera visto ya.

Bruce rodeó el brazo de la muchacha y tiró de ella hacia el interior del apartamento, diciéndole que no podía irse, ni tan pronto ni estando ellos allí. Sabía que ella no tenía ni idea de quienes eran la mujer y los adolescentes que iban con ellos y no dudó en presentarlos como su hermana y sus sobrinos. Era evidente que a Will sí lo conocía.

—Encantada de conoceros —dijo ella, sonriendo como Ayrón le había indicado que hiciera. Estaba demasiado sorprendida por la situación.

Calista era una mujer hermosísima, era un poco más alta que ella, delgada, con unos enormes ojos oscuros y unos carnosos labios, iba elegantemente vestida y desprendía un olor a perfume caro que le hizo sentirse poca cosa al ver el aspecto que tenía ella: leggins, una sudadera corta de la que sobresalía una camiseta estrecha hasta sus caderas, unas deportivas... su pelo estaba mal atado en una coleta alta y ni llevaba maquillaje, ni colonia.

—Eres preciosa —dijo la mujer, sorprendiéndola con una afirmación como esa acabándose de conocer como lo habían hecho—. He oído mucho de ti. —Clary frunció el ceño inconscientemente y miró a su padre, quien no había sido capaz

de articular palabra y quien parecía avergonzado por la situación—. Tu padre me ha contado todo lo que has hecho por él estos años: que has sido su apoyo, que sacrificaste tu adolescencia y tus amistades... Eso no lo hacen todos los hijos —sonrió amable, mostrando una dentadura blanca y reluciente.

—Gracias... Yo...

—¿Eres la novia de mi primo? —Preguntó la adolescente—. Nos contó que tenía novia pero no hemos visto a otra chica.

La niña, de unos diecisiete años, parecía más celosa que curiosa.

—No. No soy su novia —respondió mirando a Ayrón, quien había palidecido y no por la conversación.

Nadie pareció darse cuenta, pero estaba tan mareado que estaba al borde del desmayo, incluso se tambaleaba ligeramente mientras trataba de guardar la compostura. Clary no analizó lo raro que podía resultar a ojos de su padre y de Bruce, pero se acercó a su ex como un rayo y rodeó su cintura con un brazo antes de guiarle al sofá. Todos observaron a la pareja sin siquiera poner en duda que entre ellos había algo.

—¿Ayrón? ¿Estás bien? —Preguntó al ver que se dejaba caer de lado sin cuidado alguno.

Bruce se acercó corriendo a su hijo al ver que prácticamente estaba inconsciente y después de tocarle la frente corrió al dormitorio en busca del medidor de glucosa. Regresó solo unos segundos más tarde sin reparar siquiera si ella sabía algo sobre la diabetes secreta de su hijo y después de pincharle en el dedo puso la máquina a analizar. Los niveles de azúcar habían subido muchísimo desde la noche anterior, de hecho, según Bruce, estaban solo un poco por debajo de lo normal, sin embargo no entendía lo que le pasaba a su hijo, por qué se le veía así.

—¿Estás bien? ¿Hijo, estás bien? —repitió el hombre, obligándole a abrir los ojos.

—Estoy... cansado.

—Vamos a la cama. Levántate. Ayúdame.

—No. Prefiero quedarme con vosotros. —murmuró. Miró a Clary y volvió a cerrar los ojos antes de ayudarse de las manos de su padre para apoyarse en el respaldo.

—¿Esto es normal? ¿Tiene algo grave? ¿Se va a morir? —Preguntaba el adolescente, mirándolo con el ceño fruncido.

—Esto es normal. Es lo que le pasa por no cuidarse —regañó Bruce dando un pequeño golpe con los nudillos en la frente a su hijo—. En el chequeo anterior, hace un par de meses, el médico le dijo que necesitaba cuidarse un poco mejor, alimentarse debidamente, no sobre esforzarse en el trabajo, dormir bien... pero él hace siempre lo que quiere. No se va a morir, al menos si se preocupa en mantenerse sano.

Mirando a su hijo como si no tuviera remedio, se dio la vuelta y fue hasta la cocina, de uno de los armarios sacó un vaso en el que vertió un poco de zumo de naranja que había visto en una jarra. Acto seguido volvió con su hijo y le obligó a tomárselo. Eran pocas las veces había visto a su hijo así, la primera vez fue poco después de morir su mujer, a la semana de ser echado de la residencia familiar. Ayron lo pasó muy mal con las dos situaciones y terminó manifestando, de la peor manera posible, una enfermedad que nunca antes habían detectado. La segunda vez fue al terminar la universidad y empezar a trabajar en la presidencia de SWC, el exceso de trabajo lo llevó a estar hospitalizado. Ahora su salud no peligraba, y estaba Clary, quien se había encargado, en unas pocas horas, de cuidarle como nadie, de preparar exactamente lo que él necesitaba, quien le había obligado a comer por las buenas o por las malas.

A pesar de que dijeran que ella solo había pasado por ahí para ver qué tal estaba, tanto Oliver como Vince le contaron la tarde anterior que ella estaba en el apartamento de Ayron y, a pesar de no decir nada al respecto, sabía que ella había pasado la noche allí, algo que realmente le llenaba de ilusión, su hijo se veía realmente bien con ella.

Cuando su padre y Bruce se fueron con Calista y los adolescentes, después de

la comida, Clary se metió en el baño y empezó a llorar desconsoladamente. Había estado tan asustada que ya no podía contenerse más. Ayron la escuchó y sin llamar a la puerta entró, agachándose al lado de ella y poniendo las manos en sus rodillas. Clary no esperó que dijera nada, simplemente rodeó su cuello con los brazos y le abrazó con fuerza. Permanecieron así durante unos segundos y luego ella se apartó despacio, secándose la cara con las manos.

—¿Ya?

—No, Ayron, no. Esto es por tu culpa. ¿Te haces una idea de lo que es ver a otra persona desfallecer sin razón aparente? Supuestamente estabas mejor esta mañana, pero luego vas y te desmayas. ¿Y ese aspecto de moribundo? ¿Te haces una idea del miedo que he pasado? Pensaba que te estaba pasando algo.

—Pero ya estoy mejor. Ya lo has visto.

Sin decir nada más Clary se levantó, pasó por al lado de él y salió del baño, dejándolo ahí mientras ella iba a la mesa y recogía su móvil con intención de marcharse. Ayron corrió tras ella y sujetó su brazo antes de que ella llegase a la puerta.

—Quédate —pidió él—. Sé que este fin de semana es raro, que está siendo duro para ti y que es mi culpa, pero quédate, al menos a cenar. Prometo no darte un mal rato. Prometo no hablar de nada que no quieras oír. Prometo...

—No sé si quiero quedarme.

—Sí que lo sabes. Y si realmente quieres irte no te lo voy a impedir. —Ayron soltó su brazo y se apartó de ella un par de pasos.

Por alguna razón creyó que Clary se quedaría, que haría alguna mueca pero que entraría de nuevo en el apartamento y se dirigiría al sofá, donde se sentaría con los brazos y las piernas cruzadas pero no, no es eso lo que hizo. Sin mirar atrás Clary siguió avanzando hacia la puerta y tiró de ella antes de salir al vestíbulo. Dudó unos segundos antes de presionar el botón del ascensor, mirando su propio reflejo en las puertas doradas y diciéndose a sí misma que era tonta por marcharse aun deseando quedarse con todas sus fuerzas.

Después de verla salir del apartamento, lo último que esperó fue que se diera la

vuelta. Ella no era de las que luego se arrepienten de sus decisiones, al menos eso era lo que siempre creyó, sin embargo el timbre sonó, y él no pudo evitar correr hacia la puerta y abrir con una sonrisa dibujada en la cara.

—No me que quedo porque quiera, sino porque eres un inconsciente y sé que no vas a cuidar de ti mismo.

—Ya estoy mejor, pero gracias. —Sonrió.

La situación ahora era un tanto incómoda, ella había mostrado preocuparse sinceramente por él, él había intentado besarla al despertarse, había dicho que tenía novia dejando entrever que podía ser ella y después, la había consolado en el baño. Ambos se sentaron en el sofá sin decir nada, pero Clary no podía permanecer en silencio demasiado tiempo, no cuando el hombre al lado suyo le ponía tan nerviosa. Se puso en pie y fue a la cocina a por un vaso de agua; extrañamente en ese apartamento en el que había vivido solo cuatro meses, se sentía como en casa. Justo al darse la vuelta para volver al salón se encontró con él.

—¡Ayron! —Por un momento creyó que iba a besarla, que la rodearía como hizo alguna vez y que la besaría, estrechándola entre sus brazos.

—¿Has visto tu habitación?

—¿Mi habitación? ¿Te refieres a...? —Él asintió con la cabeza y sujetó su mano, tirando de ella hasta el dormitorio que ella ocupó estando casados—. Esta no es mi habitación.

—Sigue como la dejaste. Aún hay algunas cosas... Solo he entrado dos veces.

Cuando Ayron abrió la puerta se le hizo un nudo en la garganta, realmente estaba igual que la recordaba, igual que la había dejado. La única diferencia era que en la mesa no estaba el bote de perfume que había al lado del espejo, en su lugar había un anillo, uno que ella conocía bien. De un movimiento se soltó de su mano y caminó hasta allí, sintiéndose observada por él. Tomó la joya entre los dedos y se giró hacia su ex, quien sonreía tristemente.

—¿Por qué no te deshiciste de él?

—Se supone que debía hacerlo cuando todo estuviera zanjado, pero fue todo

demasiado rápido.

—Es tan bonito... —dijo mirando el anillo antes de soltarlo en su sitio.

Ayron se acercó a ella y, con un movimiento rápido la bloqueó entre su cuerpo y la puerta del armario. Antes de que ella dijera nada llevó los dedos a sus labios y los acarició despacio.

—Me muero por besarte —confesó con la voz ronca.

—Ayron...

—Lo sé. Sé que no es el momento adecuado pero no lo puedo evitar.

Clary intentó con todas sus fuerzas que aquellas palabras no surtieran efecto. Se había enfadado con él por no cuidarse, y cuanto más lo pensaba más le molestaba, pero no podía evitar que el roce de sus dedos en sus labios le hicieran perder la cordura a tal punto de no ser dueña de sus propios actos. Sin ser consciente de lo que hacía estiró los brazos rodeando su cuello y lo atrajo, poniéndose de puntillas para poder besarle.

—Yo también me muero por besarte —confesó, pero cuando Ayron la estrechó entre sus brazos pegándola contra sí, llevó las manos a sus hombros y lo separó, empujándole un par de pasos—. Pero esto no puede ser...

—¿Por qué aún estoy débil?

—Porque... Porque...

Ayron volvió a acercarse a ella, tomó su cara entre las manos y volvió a besarla, mucho más intensamente esta vez.

—Deja de pelear contigo misma —murmuró en sus labios—. Déjame amarte como lo hago —sonrió al ver como ella cerraba los ojos y se abrazaba a él.

—No sé... Dame tiempo. Yo...

—Tranquila, cariño, tómate el tiempo que quieras. —Se apartó lo suficiente como para poder mirarla a la cara—. Esperaré todo el tiempo que necesites... ¿Pasas conmigo lo que queda de fin de semana?

—Es que...

—No te estoy pidiendo que tengamos una noche de sexo desenfrenado. De hecho, creo que no puedo quedarme mucho más rato de pie... —sonrió—. Sólo

quédate. No puedo tener mejor medicina que tú.

A pesar de querer resistirse, terminó cediendo, terminó por asentir, por acompañarle a la cama para que descansase debidamente y terminó sentándose en el lado vacío del colchón solo para poder contemplarle mientras dormía.

El domingo, a pesar de no hacer nada especial, permanecieron en el dormitorio, Clary parecía cada vez menos tensa con él, parecía poder hablar cada vez con más soltura, con más naturalidad, pero lamentablemente para ambos llegó el lunes, y con él, había llegado a su fin un extraño pero fantástico fin de semana y la necesidad de separarse.

Capítulo 13 ??

Ese viernes hacía justo un año que había empezado su pesadilla, había pasado un año desde que Clary le dejó y un año en el que trató desesperadamente de encontrar algo con lo que traerla de vuelta a una vida en la que se había vuelto completamente indispensable. Había pasado toda la semana buscando el regalo perfecto para ella, pero solo encontraba nimiedades: un bote de perfume, un bolso, bombones, una joya, rosas... cosas banales que podía comprar cualquier día del año y no para uno en especial.

Desde que había tenido la recaída y ella había estado cuidándole, hablaron por teléfono todos los días, pero no se vieron ni esa semana ni la anterior, Ayrón había dejado demasiado trabajo acumulado que necesitó recuperar: citas que atender, reuniones a las que asistir, informes que leer... Estaba realmente muerto de ganas de verla y ese viernes, el mismo día en que ella cumplía veinticinco años y el mismo día en el que hacía un año que se divorciaron, se propuso pasarlo con ella, pasase lo que pasase, tuviera el trabajo que tuviera.

Aquel viernes Joey le tenía preparada una pequeña sorpresa. Era el tipo más detallista del mundo y pensaba que su amiga/secretaria merecía un regalo por su cumpleaños, uno muy muy grande.

Cuando Clary llegó a la oficina no sospechó siquiera que su jefe supiera qué día era ese, no se lo había dicho a nadie y por ende, tampoco esperaba que nadie supiera nada, al entrar, le extrañó que, de toda la planta, la zona de su mesa y el despacho de Joey estuvieran a oscuras, atravesó la puerta con el ceño fruncido buscando el interruptor y al presionarlo sus ojos se abrieron de par en par. Sobre la mesa había un montón de regalos, tantos que parecía Navidad, en su silla había un peluche, y había más bolsas de papel con regalos colgando del perchero. En el techo había montones de globos hinchados de los que colgaban

cintas de colores.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¿Sorprendida? —preguntó alguien tras ella. Joey sonrió cuando se giró—. Feliz cumpleaños, Clary.

—¡Gracias! —respondió, acercándose para abrazarle—. Pero esto es... ¡es demasiado!

—Bueno, si te sirve de consuelo, tus amigas han colaborado. De hecho me hicieron venir antes solo para ayudar. El peluche y la caja del papel rosa son míos, el resto es de tus amigas. Hasta hay una nota de voz en una tarjeta... —señaló—. Te dejo con todo esto, cumpleañosera. Hay un par de llamadas que tengo que hacer.

—Con esto... Muchas gracias, Joey, por esto y por los regalos —dijo con una sonrisa.

Como si fuera una niña pequeña, corrió a su mesa y empezó a tocar todos los regalos, elevó en el aire el peluche de la silla: un precioso y suavísimo conejo, cuyas patas y orejas eran larguísimas. Lo estrechó entre los brazos antes de soltarlo para coger el sobre que había encima de la mesa. Al abrirlo, lo primero que encontró fue una tarjeta con dibujo hecho a mano, quizás garabateado por alguna de las locas de sus amigas, al desplegarla empezó a sonar una grabación de voz, como la típica musiquilla de las felicitaciones pero con un mensaje grabado por ellas. Rió exageradamente al oírlas hablando a todas a la vez: «¡¡Felicidades Becker!! ¿Crees que nos hemos olvidado? Te fuiste de SWC así que toca celebrarlo en tu casa. Ya sabes, ve preparándote porque esta noche la vamos a armar.». Definitivamente las adoraba. Dejó la tarjeta nuevamente en el sobre y empezó a abrir paquetes. En uno de ellos encontró una bolsa, dentro había otro paquetito, dentro de este había otra bolsa y dentro encontró un par de tangas con un diseño precioso y una tarjeta: “espero que no los lleves demasiado tiempo puestos y que quien tú sabes disfrute quitándotelos”. No había nombres, pero supo rápidamente de cuál de las chicas era ese regalo. En otro había una funda para móvil, una con brillantitos y un ribete dorado junto a la que se

indicaba que era oro de verdad. Rápidamente sacó su teléfono del bolso y le puso la funda, que quedaba especialmente bien. En otro de los regalos encontró una bolsa alargada en la que había papel de seda rojo, frunció el ceño en una expresión graciosa creyendo que habría más ropa interior, pero lo que encontró fue un vibrador con colores del arcoíris que le hizo echarse a reír como loca. “Para usar sola... o acompañada”. Reconoció la letra de la tarjeta y negó.

—Dios mío, Tali, estás loca —dijo mientras devolvía el artilugio a la bolsa.

En otro de los regalos había un set de maquillaje de una marca a la que ella adoraba, en otro de los paquetes más grande había jabones y bombas de baño que perfumaron toda la sala. Y al fin, después de siete paquetes más, abrió, cuidadosamente, el regalo de Joey. Estaba segura que no era ropa interior, que no era un juguete sexual o que no era alguna de las perversiones de sus amigas. Con cuidado retiró el papel del envoltorio rosa y bajo este encontró una caja cuadrada, forrada como de piel roja con un pequeño cerrojo dorado, miró a Joey y se dio cuenta de que éste la miraba desde su escritorio con una sonrisa, como esperando a ver su reacción e hizo un gesto con las manos para pedirle que lo abriera. Clary tenía la impresión de que aquel sería un regalo caro, pero no imaginó cuanto hasta que no levantó la tapa y vio el reloj de diseñador que había en su interior. De pronto se levantó y, cruzando las puertas de cristal del despacho de su jefe, se acercó a su mesa.

—No puedo aceptarlo... —dijo dejándolo delante de él—. Es realmente precioso y me encanta, pero no puedo aceptar algo tan caro.

—¿Estás de broma? Me ofenderás si no lo aceptas. —Dijo con gravedad.

—Es que no puedo, Joey. Es demasiado caro.

—¿Sabes que puedo permitirme ese y otros cien como ese? Es solo un detalle. Te he puesto en situaciones comprometidas, te he dado malos ratos, me has ayudado con lo más importante de mi vida... Tienes razón, no mereces un simple Cartier de cuatro mil dólares, debería haber comprado uno de cincuenta mil...

—¿Estás loco? Joey soy tu secretaria. ¿Qué pensaría Tessa si supiera que me has hecho un regalo tan caro?

Joey se echó a reír y de su cajón sacó un regalo más, uno pequeñito envuelto en un papel brillante de color verde. Cerró la caja del reloj, colocó la otra encima y las deslizó por la mesa hasta dejarlas frente a ella.

—Iba a dártelo más tarde, pero ya que la mencionas... Ese es de Tessa. Por cierto, ella prefería el modelo de reloj que lleva diamantes en la corona, no el sencillo.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Clary lo miró con una ceja arqueada, pero él insistió en que abriera el regalo. Temerosa de lo que pudiera haber en una caja tan pequeña, deslizó el lazo dorado que mantenía el papel en su lugar y encontró otra cajita como la del reloj. Abrió la tapa cuando Joey se lo pidió y encontró una pareja de pendientes.

—Platino y diamantes —rió—. Y lleva una tarjeta.

—No. Joey...

Joey sacó la tarjeta del sobre y la desplegó frente a sus ojos, en ella debía haber unas pocas palabras, pero había, en un texto escrito a mano, un montón de líneas que el directivo no dudó en empezar a leer.

—Mi querida Clary, primero quiero felicitarte por tu cumpleaños, desearte todo lo mejor. Luego quiero decirte que, aunque ya te lo he dicho, siento en el alma haber sido cómplice indirecta de quien tú sabes y que eso haya resultado en un sufrimiento como el que has tenido que pasar al separarte de la persona que amas. No pretendo que unos pendientes sean una compensación por lo que hice, y sé que viniendo de mí es probable que ni siquiera te sea grato recibirlos, pero espero que los aceptes, como disculpa y como agradecimiento, porque sin ti, no habría sido posible que fuera tan feliz como lo soy ahora. Ojalá algún día podamos ser tan amigas como quisiera que lo fuéramos. De nuevo feliz cumpleaños. —Terminó. Al mirar a Clary se dio cuenta de que estaba llorando y no dudó en ponerse de pie, rodear la mesa y abrazarla—. ¿Estás bien?

—Sí... No me esperaba esto.

—Lo sé. ¿Aceptarás los regalos? —Ella miró las dos cajitas sobre el escritorio

y asintió con la cabeza—. Buena chica —dijo besándole en la frente—. Ahora deja de llorar o me harás llorar a mí también... —sonrió—. Por cierto, hoy puedes salir antes, si quieres.

—No. Estaré aquí hasta las seis.

Cogió las dos cajitas junto a la envoltura y se fue a su mesa mirándolas como si fueran a romperse.

El día pasó excepcionalmente rápido y a la hora de la salida, a pesar de tener que ir a una cita con un empresario chino, Joey se ofreció para llevarla a casa, llevaba un enorme montón de bolsas, los globos, las cajitas de las joyas y no quería imaginar lo que debía costarle llevar todo eso hasta el autobús y luego hasta su casa. Se repartieron los bultos entre los dos, llevando ella los más grandes y él los más caros. Justo al abrirse las puertas del ascensor se encontraron de frente con Ayrón, quien tenía a tres chicas detrás de él riéndose y murmurando algo.

—¡Ayrón! —exclamó Clary con los ojos llenos de estrellas.

—Es genial que hayas venido —dijo Joey—. Es genial en todos los sentidos. Creo que te dejo en la mejor compañía —sonrió, ofreciendo a Ayrón todos los regalos que él llevaba—. Ten un fin de semana genial, ¿de acuerdo? —Clary asintió con la cabeza y acto seguido Joey tomó su cara entre las manos y le dio un beso en la frente—. Pasadlo bien.

—Tú también —dijeron al unísono Clary y Ayrón antes de mirarse y sonreír.

—Veo que te ha regalado un montón de cosas...

—Esto es de las chicas. Esos dos que llevas y el peluche son de Joey y Tessa —señaló.

Las chicas que había detrás de Ayrón salieron una planta después que subiera Clary, pero al salir la rozaron sin querer y la bolsa en la que estaba el consolador de colores se cayó al suelo, haciendo rodar por ahí el juguetito sexual. Las chicas miraron a Clary, quien se había puesto colorada como un tomate y Ayrón se agachó a recogerlo, mirándola conteniendo una carcajada.

—No digas nada. —Dijo cuándo las puertas se cerraron.

Ayron sostuvo el vibrador en el aire por la parte inferior y lo sacudió delante de ella.

—Oh...

—¡Trae! —Clary estiró la mano y agarró el aparato con la mano justo cuando las puertas volvían a abrirse, encontrándose de frente a un grupo de hombres trajeados que la miraron sorprendidos antes de echarse a reír por la escena—. Dios mío, qué vergüenza. Voy a matar a Tali cuando la vea.

Ayron no podía parar de reír, ni por la situación ni por las caras que Clary ponía.

Al llegar al sedán naranja, Ayron no pudo evitar sujetar su cara entre las manos y besarla tan pronto como soltaron el montón de cosas en el maletero y los globos en la parte trasera. No le dio tiempo de decir nada, ni de darse cuenta de nada, aun así ella llevó las manos a las suyas y profundizó el beso, sonriendo.

—Hmm... —Sonrió, apartándose lentamente de ella—. Felicidades.

—Gracias.

Clary esperó que volviera a besarla, pero no fue así, por el contrario fue hasta la puerta de copiloto y la abrió para ella, señalando al interior del coche e instándola a entrar. Cerró tan pronto como entró y acto seguido rodeó el sedán con una sonrisa. De todas las cosas que pudiera recibir como regalo de cumpleaños estar con él era lo que más le gustaba.

A diferencia de todos los viernes, ese en cuestión no iba a pasar por el hipermercado para hacer su compra semanal, el tiempo que estaba con él quería aprovecharlo al máximo, así que fueron directamente a casa. Ayron deseaba subir lo antes posible para estar a solas y poder besarla como llevaba deseando hacer desde que habían subido al coche, pero su sorpresa fue mayúscula cuando, al entrar en el apartamento se encontraron a Beverly con su familia.

—¡Mamá! —exclamó al verlos en su salón.

—Vaya... vemos que ibas a pasar tu cumpleaños en compañía.

—No es lo que piensas.

—Hola Beverly. Soy Ayron... Wells, no sé si me recuerdas —saludó,

ofreciéndole la mano.

—Sí. Me acuerdo de ti. —Le dijo mientras lo recorría con la mirada—. Has cambiado mucho desde que te vi por última vez. —Hizo un gesto con la mano señalando la altura que tenía en aquel entonces—. Además, también estoy al tanto de vuestro lío.

Savannah miró a Clary completamente ruborizada y ésta al darse cuenta tiró de ella llevándola al dormitorio.

—Dios mío ¿ese es tu ex? —preguntó casi en un grito.

—Tshhh —respondió con los ojos de par en par y cubriéndole la boca con una mano.

—¡Está buenísimo! ¿Es que eres ciega? No me puedo creer que te divorciaras de alguien así...

—Yo tampoco. —Dijo, mirando hacia la puerta, como si pudiera verle a través de la madera—. Yo tampoco.

Cuando las chicas se encerraron en la habitación, Ayrón le explicó su versión, una versión muy parecida a la que Beverly había escuchado de su hija, que se habían casado por la fuerza, que todo había sido demasiado rápido como para darse cuenta de lo que hacían, que sus primas y sus tíos hicieron todo lo posible para separarlos, pero, a diferencia de Clary, él admitió quererla.

—Hay muchos tipos de cariño, Ayrón. Si no vas en serio con ella, aléjate. No quiero volver a verla sufrir como hace un año. No quiero verla llorar.

—Haría cualquier cosa por ella. Yo no quería dejarla, fue ella quien me trajo los papeles de divorcio, yo...

—Si realmente la quieres tienes todo mi apoyo. Haré lo que pueda para ayudarte.

—Gracias. Gracias por no rechazarme, no sé qué haría si su familia también tratase de impedir que...

—¿Will está al tanto?

—Lo está —sonrió. Incluso Beverly tuvo que distraerse para no ruborizarse al verle sonreír.

Antes de que pudieran seguir hablando alguien llamó a la puerta, y lo hizo escandalosamente, armando una algarabía tanto dentro del apartamento como fuera. No cabía la menor duda de quienes eran las locas que había fuera. Clary salió de la habitación con una sonrisa en los labios y corrió para abrirles. La fiesta de cumpleaños empezó tan pronto como entraron las chicas. Todas se apresuraron a abrazarla, a preguntarle por los regalos, a preguntarle por qué el jefazo estaba ahí si se suponía que ella no quería saber nada de él. Junto a las chicas también llegaba Will, acompañado por Calista. Quizás no era ese el sitio y el momento adecuado para confirmar lo que Clary ya sabía, que estaban saliendo, sin embargo, creyó que rodeada de amigas, no le parecería tan mal como pensaba que se lo tomaría. Cuando Clary vio a su padre aparecer con la mujer de la mano, no pudo más que sonreír.

—Supongo que ahora es oficial —dijo ella cuando el hombre la abrazó al entrar.

—Yo... supongo —Calista apretó su mano al notarlo nervioso.

—Le da miedo que no lo aceptes. —Afirmó la mujer—. Por cierto, feliz cumpleaños.

—Gracias. Y si, lo acepto. Hace mucho que le he dicho que necesitaba salir con mujeres. —Sonrió—. Me alegro mucho, de verdad.

—¿Ha venido tu madre? —preguntó sorprendido de verla después de tantos años, Clary asintió.

Sin saber muy bien cómo hablar con Beverly se acercó a ella sin soltar a su novia.

Mientras Will hablaba con Beverly y mientras Clary estaba con las locas de sus amigas, Ayron analizó la relación que su ex suegro tenía con su ex mujer. A pesar de un divorcio traumático, a pesar de no haberse vuelto a ver en muchos años, se saludaron amablemente, sonrieron y hablaban como si nada hubiera pasado entre ellos, incluso Will bromeó con Stanley. En cierto modo envidiaba el ambiente que había en esa casa, él no había tenido nunca una fiesta de cumpleaños, desde que dejó la residencia familiar siempre fue estudiar, estudiar

y estudiar para ser el mejor, luego trabajaba tanto que ni siquiera había tenido tiempo de hacer amigos.

—¿Sabes que el día que vino a casa lloró desconsoladamente? —Preguntó Savannah—. Por cierto, soy Savannah, la hija de Stanley.

—Encantado —respondió él, ofreciéndole una mano como saludo—. Yo soy...

—Ya sé quién eres. ¿Vas a volver con ella? ¿Estáis juntos?

—Me gustaría decirte que sí, pero no estoy seguro. Nos vemos, hablamos... pero no lo sé.

—¿No sabes si estáis saliendo?

—No. Clary no muestra sus sentimientos libremente. Le hice daño, supongo que ahora es más cauta. No sabré si estamos juntos hasta que ella no me dé a entender que es así.

—¿Y por qué no se lo preguntas?

—Porque me rechazará antes de que termine de hacer la pregunta.

—¿Te vas a quedar toda la fiesta? —él respondió con un leve asentimiento de cabeza.

No pasó ni una hora desde que las chicas llegaran y pronto los padres de Clary se marcharon, cada uno con sus respectivas parejas, dejando a los jóvenes disfrutando en el salón, donde habían apartado la mesa de centro a un lado y donde habían dispuesto un tapete lleno de círculos de colores.

En un momento en el que todas gritaban Elisa cogió a Clary de un brazo y tiró de ella hasta el baño, tirando de su bolso al pasar por delante de la mesa en la que lo habían soltado todo. No dio tiempo a que la cumpleañera dijera nada, de un estuche de tampones sacó un cigarro de marihuana, tan gordo como un dedo y con los dos extremos terminados en punta.

—¿Esto qué es? Vamos Eli...

—No seas tonta Clary. Hace un año que no te diviertes como es debido, ahora tienes aquí al Dios de SWC y necesitas un empujón.

—No necesito nada. Llévate eso.

—No, bonita, no me lo voy a llevar. Te lo voy a dejar aquí y te lo vas a fumar.

Elisa salió del baño después de dejar el porro encima de la repisa de los maquillajes. No iba a llevárselo y si la conocía como creía hacerlo, le podría la tentación de probar qué se siente. Y la conocía bien. Cuando cerró la puerta, Clary cogió el cigarro, levantó la tapa del inodoro para tirarlo ahí pero, al verlo entre sus dedos pensó en darle una calada, solo una. No es que eso fuera a convertirla en una drogadicta, ni es algo que fuera a hacer todos los días, era su cumpleaños y supuso que por ello tenía permitido hacer locuras. Con disimulo salió al salón y buscó la cajita de cerillas con las que encendía las velas con las que decoraba la estancia, luego regresó de vuelta al baño.

Hacía un rato que Ayron no veía a Clary, las chicas jugaban al Twister retorciéndose sobre la alfombra y Nathan, quien se había quedado en la fiesta con su hermana, permanecía sentado en el sofá riendo con las ocurrencias de todas ellas, pero Clary no estaba y temió que le hubiera ocurrido algo en todo ese rato. Hacía diez minutos que la había visto entrar en el baño así que ahí fue. Llamó con un par de toques y unos segundos más tarde la puerta se abrió. No supo cómo diablos había pasado tan deprisa, pero ahora se encontraba dentro, con ella y contra la puerta.

—¿Estás fumando hierba? —Preguntó, viendo la humareda de olor particular que había. Ella no respondió, solo tiró de él hacia abajo, se puso de puntillas y le besó—. Espera, espera. Sabes que me encanta cuando estamos así, pero estás drogada y no...

—Vamos Ayron. No estoy drogada, solo ha sido una calada.

—¿Y con una calada estás así?

—Lo sé... Me siento completamente desinhibida, ligera, como si pesara como una pluma. Siento un calor indescriptible por todo el cuerpo y un deseo irrefrenable de... —se acercó nuevamente a él y se lamió lentamente los labios antes de volver a apoderarse de su boca.

Ayron la hizo girar sobre sus pies, poniéndola contra la puerta y bloqueándola con su cuerpo.

—Detente. Si sigues provocándome no dejaré las cosas así. —Pero ella sujetó

su camisa y volvió a besarle—. Si llego a saber esto hubiera conseguido uno de esos hace tiempo.

Ella se echó a reír exageradamente, pero ésta vez fue él quien sujetó su cara entre las manos y la besó. Clary agarró sus manos, acariciándose con ellas, y excitándolo como solo ella podía hacer, luego las apretó contra los muslos, como pidiéndole que la levantase y entonces, cuando la elevó del suelo, rodeó su cintura con las piernas, pegándose aún más a él. A duras penas lograba mantener la cordura, lo único que deseaba, lo único en lo que podía pensar era en terminar lo que, para su sorpresa, Clary había empezado.

De repente se vieron interrumpidos con un par de golpecitos en la puerta y Clary le soltó despacio, sonriendo seductora mientras se secaba el borde húmedo de los labios.

—Dios mío... —dijo mirándose los pantalones sin saber cómo diablos ocultar lo que ahí pasaba.

Rápidamente se quitó la americana, la dobló por la mitad y se cubrió disimuladamente mientras abría. Nathan esperaba tras la puerta, con su móvil en la mano.

—Lo dejaste en la mesa y están llamando. —Dijo el muchacho antes de mirar a su hermanastra con una sonrisa y darse la vuelta.

—Gracias. —Al girarse de nuevo hacia ella la encontró guardando el cigarro en uno de los cajones. Se acercó a ella, sujetó su cara con una mano y después de besarla señaló la puerta—. Tengo que responder esta llamada. Eso déjalo ahí, no vuelvas a encenderlo si no es conmigo. —Le guiñó un ojo al salir y ella no pudo evitar soltar un gritito antes de correr con las chicas al salón.

Al ver la tardanza en salir del baño y al ver que Ayron desapareció un rato después con ella, todas dieron por hecho lo que pasaba y, al verla llegar de vuelta a la fiesta, con las mejillas sonrosadas y con una sonrisa de oreja a oreja supieron no solo que había pasado algo entre ellos, sino que había hecho uso de aquel cigarro.

—¿Puedo? —preguntó señalando la ruleta del juego.

—Debías ser la primera en girarla, pero has decidido irte a jugar con tu amorcito —dijo Miren haciendo reír a las demás y sonrojarse aún más a Clary.

Cuando Ayron entró de nuevo en el apartamento estaban todas tiradas por el suelo, llorando de tanto reír, alguna de ellas se quejaba de un golpe en la cadera, otra se quejaba de un codo. Parecían estar pasándolo en grande y él debía admitir que jamás se divirtió tanto por ver a otras personas pasarlo bien. A pesar de ser algo inusual en él, a pesar de no ser algo que un jefe haría con sus empleadas, se sumó a jugar él también, insistiendo en que Nathan también tenía que apuntarse.

Lamentablemente la celebración tenía que terminar en algún momento de la noche y el ambiente festivo empezó a decaer cuando los hermanos se marcharon. Las chicas trataron de alargarlo tanto como pudieron, pero pasaban más de dos horas de la medianoche y el cansancio de la semana había empezado a aflorar cuando se sentaron en los sofás.

—¿Sabes Becker? —Empezó Valery—. Creo que hablo por todas cuando digo que nos alegramos de que estéis juntos. —dijo señalándolos.

—No estamos juntos.

—Ya. Supongo que crees que no nos hemos dado cuenta de vuestro pequeño lio en el baño. —Ese comentario hizo ruborizar violentamente a Clarence.

—¿A qué te refieres?

—No sé... Te encierras en el baño, luego va el jefazo, se encierra contigo, llega Nathan, sale él cubriéndose el pantalón para que nadie se dé cuenta de lo que esconde, sales tú con la ropa revuelta y las mejillas sonrosadas... No sé, ¿a qué crees que me refiero? —Ayron miraba para otro lado un tanto avergonzado por el comentario, pero fue Clary quien lanzó un cojín a la cara de su amiga.

—¡Cállate!

Todas se echaron a reír, y siguieron con la broma unos minutos más, hasta que Miren se puso de pie bostezando.

—Chicas, ésta ha sido una noche inolvidable. Deseo que podamos repetirlo muchas, muchas más veces.

Ese comentario fue el que dio por finalizada la fiesta y, después de coger cada una su bolso y su abrigo, abrazaron a Clary.

—Os dejamos solos, parejita.

—¡Ahí vas otra vez!

—No seas tonta y disfrútalo. No todas tenemos la suerte de tener un hombre así detrás de nosotras. Aprovéchalo, por ti y por nosotras —le dijo Leah abrazándola con fuerza.

Y como dijeron, minutos más tarde ahí estaban, a solas y con lo que habían empezado en el baño pendiente de ser terminado. Clary parecía impaciente y nerviosa a la vez, pero Ayron decidió no estropear la maravillosa tarde que había pasado en su casa, de forma que se acortó la distancia entre ellos y se inclinó hacia ella, besándola en el cuello.

—Lo he pasado mejor que nunca. Gracias por esta tarde.

Clary sujetó su cara entre las manos y se acercó a su boca.

—Gracias a ti por estar conmigo. Creo que ha sido mi mejor cumpleaños. —y le besó, dulce y tiernamente.

—Ah sí, olvidaba esto... —de uno de los bolsillos sacó una nota doblada, una nota que había escrito mientras estaba fuera hablando por teléfono.

—¿Una carta? ¿La has escrito tú? —Él asintió con la cabeza mientras ella desplegaba el papel y empezaba a leer.

«De todas las cosas que más feliz podían hacerme ésta ha sido la mejor, poder celebrar tu cumpleaños contigo y haber podido estar a tu lado, aunque no haya traído ningún regalo. Sé que rodarás los ojos y te quejarás diciendo que no necesitas regalos.

Deseo poder pasar muchos cumpleaños más a tu lado, sea en la forma que sea.

Siempre tuyo,

Ayron»

Después de leerla la plegó cuidadosamente y alzó la mirada para encontrarse con la suya.

—Es tarde... ¿Por qué no te quedas?

—Solo tienes una habitación. ¿Pretendes hacerme dormir en tu sofá?

—Podemos compartir la cama.

—¿Me estás pidiendo que durmamos juntos? —sonrió pícaro.

—Sí y no. Te pido que te quedes. No puedes conducir por la noche. Y no, no te pido que tengamos una noche de pasión desenfrenada, los efectos del cigarro ya se pasaron —aclaró—. Te pido que duermas conmigo, eso si no quieres dormir en la alfombra o en el sofá —sonrió—. Si quieres irte no te voy a frenar, pero deja aquí las llaves de tu coche. No quiero que tengas un accidente por mi culpa.

Ayron se quitó la americana haciéndola sonreír por la aceptación.

En el baño y con la ayuda de los efectos de aquel cigarro que Elisa le había dado, estar a solas con él había sido fácil, y aun fue más fácil acercarse a él y besarle, y tocarle, incluso insinuarse, pero ahora no era sencillo decirle que le deseaba, que realmente no quería solo dormir con él, sino todo lo contrario. Sonrió como una tonta cuando Ayron se arremangó las mangas de la camisa y se acercó a ella, y sintió nuevamente ese calor intenso cuando sujetó su cara, se acercó para besarla y la atrajo hacia él.

Llevaba tanto tiempo necesitando dar un paso más que ya no podía ponerse frenos a sí mismo. Llevaba demasiado esperando que ella le diera pie a ello y ese era el momento de avanzar, llevó las manos a su trasero y la levantó. Clary supo dónde iba a llevarles lo que estaban haciendo y, aunque le ponía terriblemente nerviosa no se negó, abrió las piernas y le rodeó con ellas, haciendo lo mismo con los brazos.

—No te haces una idea de lo mucho que he deseado tenerte otra vez así, entre mis brazos —murmuró entre besos.

—No te haces una idea de lo mucho que deseaba estar así, entre tus brazos —repitió ella con una sonrisa en los labios.

Ayron se apartó ligeramente y se miraron a los ojos unos segundos, pero Clary estaba demasiado nerviosa como para permanecer así, sin más. Se acercó a él y volvió a besarle.

En un momento ella soltó el agarre de sus piernas para bajar al suelo, luego se apartó y, sujetando una de sus manos, tiró de él hacia el dormitorio. Ayron no tuvo tiempo en reparar en la decoración y, en ese momento, eso era lo que menos le importaba. Clary lo empujó contra la puerta y lentamente fue desabotonando la camisa, luego la deslizó por sus hombros y por sus brazos y la dejó caer a un lado. Él no pudo evitar excitarse cuando vio sus delicadas manos posándose en su torso y recorrerlo lentamente hasta el borde del pantalón. De pronto la frenó, sujetándola por las muñecas.

—Espera. —Ella lo miró a los ojos sin saber qué era lo que pasaba—. ¿Sonaría demasiado indecente si te dijera que no puedo esperar?

—No, no sonaría indecente. ¿Sonaría demasiado lujurioso si te dijera que yo tampoco puedo?

—Sonaría excitante, cariño —esa palabra hizo a Clary sonreír.

Presionó sus hombros nuevamente contra la puerta y se apartó unos pasos. Ante la atenta mirada de su ex soltó el botón de su vaquero, se quitó los zapatos, pateándolos a un lado y empezó a bajar la prenda, dejando al descubierto unas braguitas blancas y azules llenas de Hello Kitty que le hizo echarse a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó cubriéndose con las manos y mirándolo con el ceño fruncido.

—De nada. Es justo la prenda que esperaba ver —dijo acercándose a ella, sujetando su cara entre las manos y besándola—. Me gusta. Creo que va contigo. Pero... —Llevó las manos al elástico y se mordió el labio— ...creo que van a estar poco tiempo donde están.

Metiendo los dedos por debajo de la camiseta de Clary tiró hacia arriba de la prenda, encontrando que el sujetador era negro, balconet, simple y sencillo pero que acunaba sus senos de una forma terriblemente provocativa. Bloqueó sus brazos con la camiseta mientras llevaba las manos a sus pechos, apretándolos ligeramente antes de terminar de quitarle la ropa. Por mucho que tratase de imaginarlo, por mucho que intentase recordar lo que se sentía al desnudar a la mujer que se ama, nada podía comparar a tenerla delante.

Sin pretender perder más tiempo con juegos previos se agachó a su lado y la levantó en brazos, dejándola sobre la cama poco después y poniéndose a horcajadas sobre ella. Aun llevaban buena parte de la ropa, pero no importaba si podía sentirla, pequeña, debajo de su cuerpo, como cuando lo hicieron la primera vez. Clary aprovechó la postura para aflojarle el cinturón y después de lanzarlo lejos de ellos, procedió con el pantalón. Ayron se apartó de ella y, sentándose sobre las rodillas, se deleitó con aquella imagen: Clary semi-desnuda, mirándolo con una sonrisa seductora.

—Eres preciosa. ¿Te lo he dicho antes?

—Hace tiempo.

—Pues te lo digo otra vez ahora. Eres preciosa. —Clary estiró los brazos y lo atrajo, haciendo que su torso desnudo quedase sobre ella—. No creo que pueda aguantar mucho.

—Pues no te aguantes. —De un movimiento se deshizo del sujetador, quedando ambos con una sola prenda, una sola prenda que estorbaba para poder seguir.

Entre besos y caricias la ropa interior de ambos terminó cayendo a un lado de la cama. Clary separó las piernas, rodeándole con ellas e invitándole a entrar en ella, pero del mismo modo en que hizo la primera vez que lo hicieron, Ayron se detuvo.

—Sé que no es lo más adecuado para preguntar ahora, pero...

—No. —interrumpió ella—. Solo sigue, por favor.... Estoy en mis días seguros.

Él sonrió, recordando que esa era la misma respuesta que le dio entonces. Así que, sin intención alguna de hacerla esperar, con una embestida firme entró en ella, sintiendo por completo el húmedo, cálido y placentero roce de sus sexos. Clary gimió una sola vez, luego contuvo la respiración un segundo, haciendo que se detuviese.

—¿Te he hecho daño? —Preguntó asustado.

—Solo un poco. Hace un año que no hacía esto. Por favor no te pares. Sigue.

—¿Un año? ¿Quieres decir que no...?

—Desde ti no. Sigue —insistió, llevando las manos a su trasero y atrayéndolo mientras empujaba hacia arriba para facilitarle la entrada aún más.

—Dios mío, cariño...

Las chicas le habían dicho que tenía pretendientes, él mismo les pidió incontables veces que no le hablasen de ello y cada uno de los viernes que pasó en el parque rezó por no verle llegar con nadie y rezó aún más porque nadie tocase ese cuerpo que tanto deseaba poseer él. Saber por ella misma que él había sido el último le llenó con un sentimiento nuevo que no sabía describir con palabras.

—He dicho que sigas... —ordenó ella, rodeando su cuello con las manos y obligándolo a inclinarse lo suficiente como para poder besarle tan apasionadamente como deseaba hacer.

Ayron la sujetó por las caderas y mientras se besaban intensamente, sus arremetidas fueron cada vez más intensas, más rápidas, más profundas y placenteras. Clary se había ayudado de las piernas para levantarse un poco y que él pudiera entrar mejor en ella y colocó las manos en su trasero para atraerlo más a medida que llegaba al clímax. La intensidad de sus movimientos se incrementaba cada vez más, acompañándose con gemidos, con agitadas respiraciones y con rápidos latidos.

Y lentamente ambos se detuvieron. Ayron se dejó caer sobre ella, hundiendo la cara en el hueco de su cuello y besándola una y otra vez

—Ésta es la razón por la que te visito solo los viernes.

—¿Para acostarte conmigo? —preguntó ella empujándole de los hombros.

—No. Para pasar contigo el fin de semana si me dejas. —Ella no pudo más que sonreír y acomodarse debajo de él.

—Te dejo.

Ayron salió de encima suyo unos minutos más tarde, acostándose en el lado vacío de la cama y la atrajo, acurrucándola entre sus brazos, enredando sus piernas con las de ella y arropándose para no pasar frío mientras descansaban de

lo que, estaba seguro, solo había sido la primera ronda.

Estar de nuevo con ella era como un sueño hecho realidad y rezó internamente por que, cuando ella estuviera preparada, pudieran dar juntos otro paso adelante.

Capítulo 14 ??

En su oficina Ayron tenía los documentos de la inversión de Joey, unos documentos que llevaban meses sobre esa mesa, usualmente los mantenía ocultos de sus tíos, de quienes quería tener escondida a Clary, pero aquella mañana los había estado revisando y olvidó guardarlos antes de su primera obligación del día. Volvía de una reunión cuando los encontró, por sorpresa en su despacho, era habitual que se presentasen cualquier día al azar, pero normalmente siempre lo hacían pasado el mediodía, aquella mañana, sin embargo, no habían dado las once cuando ellos reían en los sillones. Odiaba verlos reír, sabiendo que cuando lo hacían era porque no tramaban nada bueno. Pero lo malo fue cuando se dio cuenta de que uno de ellos tenía en las manos el dossier con la información requerida por Joey.

—¿Sabes Ayron? Nos preguntamos cuanto tiempo hace que tienes esto y cuando pensabas informarnos de ello.

—En realidad no es nada. El señor Carlson y yo decidimos no seguir adelante con la inversión.

—¿Podemos saber la razón? —Inquirió el más calvo de los dos.

—Simplemente lo cancelamos.

El hombre quedó de todo menos convencido. Estaba completamente seguro que las verdaderas intenciones de su sobrino no eran otras más que quedarse con el dinero. Antes de que su hermano continuase haciendo preguntas, éste se puso en pie, se acercó al escritorio del presidente y dejó sobre la pila de papeles el portafolios de CB Investments. El hecho de que Ayron pudiera quedarse con un dinero que no le correspondía podía considerarse desfalco, y por ende, podían usarlo como pretexto para sacarlo de allí. A pesar de ello, su siguiente paso era ir a ver a Carlson para obtener la confirmación que necesitaban.

Cuando el chofer detuvo la limusina frente a CB Investments los dos hombres se miraron y se echaron a reír, sabían que hacía pocos meses que habían mudado la empresa, pero aquel edificio parecía un chiste para ser la cara principal de una empresa de inversores. Entraron en la recepción sin saber muy bien dónde dirigirse, pues, Carlson padre y Carlson hijo trabajaban en el mismo edificio.

—Es el hijo —señaló el hombre con pelo en un panel que había al lado de los ascensores, donde ponía, con bonitos letreros dorados, el nombre, el departamento y el piso donde trabajaba cada empleado.

Subieron en el elevador sin dejar que nadie más lo hiciera con ellos y, al llegar al piso en el que trabajaba Joey bajaron. Caminaron hacia el despacho del directivo escudriñándolo todo, desde el pobre aspecto de los escritorios hasta el atuendo de cada trabajador.

—A duras penas puedo creer que esta sea una de las diez empresas de inversiones más importantes del país.

—Es la empresa número uno en mal gusto.

—Claramente necesitan un decorador.

Bromearon sobre todo hasta que algo borró la estúpida sonrisa de sus caras: Clary.

Como hacía con todo el que venía a ver a su jefe, la secretaria se puso en pie con una sonrisa. Ni en su peor pesadilla imaginó que aquellas alimañas pudieran encontrarla en un sitio como ese, pero así era, y en ese momento no tenía donde esconderse.

—¡Tu! —exclamó uno de ellos—. ¿Qué diablos tienes tú que ver con el estudio de viabilidad? ¿Pretendes acercarte otra vez al infeliz de Ayrón? ¿Pretendes sacarle lo que no pudiste sacar antes?

—¿Disculpen? Si desean encontrarse con el señor Carlson deben pedir cita.

—No vas a sacar ni un centavo de esta familia, ¿me oyes? Ni un centavo.

—Si no lo entiendes por las buenas haremos que te quede claro de otro modo —dijo el calvo.

—Lo siento mucho, señores Wells, pero el señor Carlson no les puede atender ahora, y no parecen estar muy interesados en pedir cita.

Clary no sabía ni qué hacer ni qué decir. Tenía completamente claro que, cualquier cosa que pretendiera decir en su defensa no haría más que enaltecerlos, que crispas unos nervios que nunca entendió.

—¿Nos estás echando? ¿Quién te crees que eres rata miserable? —gritó el mismo que la golpeó un año atrás.

Era habitual escuchar a Clary hablar fuera de su despacho, con cualquiera que viniera a traer documentación para él, con alguien que pasaba simplemente para saludar, o por teléfono, pero no era normal escuchar a alguien discutir con ella, y menos aún en medio de un vocerío. A través del cristal miró a su secretaria y la vio pálida frente a dos hombres. Prometiéndole devolver la llamada colgó el teléfono y se puso en pie, dirigiéndose a la mesa de Clary con paso firme.

—¿Puedo saber qué ocurre?

—Señor Carlson, debería vigilar un poco mejor a quien contrata. Ésta maldita sinvergüenza nos está echando. ¡A nosotros! —exclamó el calvo, poniendo las manos sobre la mesa con un golpe. Clary miró a Joey y negó con la cabeza.

—No sé a quién se refieren con sinvergüenza. Mi secretaria es la persona más eficiente y profesional que conozco, apuesto a que, educadamente les ha informado de que no puedo atenderles en este momento. Podemos concertarles una cita cuando a ambos nos venga bien, entre tanto lo lamento pero no puedo atenderles.

Los hombres fijaron la mirada en la muchacha, quien evitaba el contacto visual con ellos.

—Solo venimos a preguntar por...

—No. Pídanle a la señorita Becker que os dé una cita. Les atenderé cuando les corresponda.

Joey supo rápido quienes eran esos dos hombres, y no porque se hubieran presentado, sino porque eran tan conocidos en sus círculos sociales como sus dos hijas. Él no iba a entrar en su juego, no iba a permitirles salirse con la suya,

como ella les había informado no tenía tiempo, y no iba a darles una atención que no merecían aplazando sus otras obligaciones para atender sus estúpidos requerimientos. Pasó la mano por la espalda de Clary como para aliviar una tensión que saltaba a la vista y luego de eso regresó a su despacho.

—Maldita indeseable.

—Si se te ocurre acercarte otra vez al infeliz de Ayrton, te enseñaremos cuál es tu lugar en este mundo. Y él también conocerá su lugar, por si no se ha dado cuenta en sus treinta años. —Advirtió el hombre con más pelo y el que más temor le infundía con su simple presencia.

Sin decir una palabra más salieron de allí, dejándola con una templanza que se desmoronó tan pronto como desaparecieron de su vista. Clary se dejó caer contra la silla, apoyó los brazos sobre la mesa y la cabeza entre éstos. El fin de semana había sido el mejor, la mañana del lunes había prometido una gran semana, pero aquella visita inesperada le había dejado aún más claro que ella y Ayrton nunca podrían tener una feliz vida en común, aunque él la amase a ella, aunque ella le amase a él, a su alrededor siempre habría alguien entorpeciendo su dicha.

—¿Estás bien? —Preguntó Joey acercándose a ella con la preocupación dibujada en el rostro.

—No, no lo estoy. Ojalá todo fuera diferente. Ojalá Ayrton no perteneciera a esa familia. Ojalá...

—¿Te han dicho algo?

—No. Es lo de siempre, han intentado humillarme, me han acusado de acercarme a él por su dinero, me han amenazado...

—Supongo que no les harás caso... Sabes que el capital de SWC es millonario, ¿no? —ella asintió—. ¿Sabes que ese dinero lo hace él? Esos vividores no trabajan, no hacen nada. Las reuniones, los informes, las largas horas de oficina... todo eso es de Ayrton. Ellos son los que se reparten los beneficios, ellos son los que gastan el dinero de la empresa en banalidades. No te dejes llevar por lo que ellos dicen.

—¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

—Porque si fuera fácil no valdría la pena luchar por ello, y tampoco te permitiría disfrutar de un merecido triunfo. Ve, tomate un café y relájate un poco. Yo me encargo del teléfono mientras.

En otro momento Clary se habría negado a moverse de su silla, pero esta vez lo necesitaba, y también necesitaba ese café, que pasase rápido la mañana y poder llegar a casa lo antes posible.

Esa noche, cuando Ayrton la llamó con la excusa de necesitar escuchar su voz para dormir, Clary no mencionó la visita de sus tíos, como Joey le había dicho, decidió no dejarse llevar por lo que habían dicho. Disfrutó de escucharle decir lo que estaba haciendo, disfrutó de su conversación y más tarde, disfrutó el meterse entre las sábanas con él al otro lado del teléfono. Deseó que pasase pronto la semana para poder volver a verle.

Aquella tarde de viernes llovía torrencialmente, tanto que incluso las calles eran intransitables pero aun así deseó que, al llegar a casa Ayrton estuviera allí, incluso creía que aquella era la excusa perfecta para invitarle a cenar y, con suerte, también a dormir. Corrió desde la parada haciendo creer que era por no querer mojarse, algo que en realidad no le importaba, aunque el frío calase hondo. Lo que realmente quería era ver a su ex marido, besarle y sentirse como lo hacía cuando él la tocaba. Al llegar encontró que Ayrton no estaba en el portal, ni fuera ni dentro, así que creyó que, por el mal tiempo, estaría arriba. Subió al apartamento por las escaleras, sorteando los escalones de dos en dos, pero al llegar a su piso tampoco había ni rastro de él. Supuso entonces que tendría alguna cita de última hora, algo que incluso Joey tenía más seguido de lo que él deseaba. Dio por hecho que esa sería la razón y que no iría a verla, pero aun así, al terminar de cambiarse rebuscó en el bolso y sacó el móvil.

“No me dijiste que no vendrías. Quería verte...”

“Yo también me muero por verte, pero se me está haciendo tarde con una reunión y llueve a mares. Dudo que pueda conducir hasta allí hoy. Esta noche

tendré que soportar mis ganas de verte”

—Podrías venir en... No importa. —Replicó en voz alta—. Clary, tienes el viernes para ti sola, para disfrutarlo en el sofá, con la manta y con alguna película romántica —se dijo a si misma mientras entraba en la cocina buscando qué prepararse para cenar.

Al finalizar la reunión en la que Ayron había pasado las últimas cuatro horas, pensó en ir a verla, lo necesitaba, pero no había amainado ni un poco. Llovía tanto que ninguno de los asistentes de esa reunión había podido ir mucho más allá del aparcamiento. Y no pudieron marcharse hasta que amainó un poco, pasada la medianoche, hora a la que ya no podía presentarse en el apartamento de otra persona aunque quisiera.

La mañana del sábado llovía igual de intensamente que lo había hecho por la noche, aun así Ayron no dudó en salir. Tenía la certeza de que Clary se había quedado con ganas de verle y él se moría por verla a ella, de modo que se puso ropa cómoda y, a pesar de ser temprano, salió a la calle. No podía ir en coche, no quería tener un accidente por la escasa visibilidad por lo que ir andando era la mejor opción, a pesar del terrible clima.

De camino al apartamento de su ex mujer se detuvo en una cafetería que, por suerte, estaba abierta, sabía que se sorprendería por verle llegar tan temprano y con dos cafés para llevar. Tras llegar, tomo aire con fuerza y llamó a la puerta.

—¿Pero qué...? —Preguntó Clary al abrir y encontrarlo en un charco de agua y con la ropa y el pelo completamente empapados.

—Anoche no pude venir, pero...

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Tal vez un poco —sonrió, mirándola embobado.

Clary se acercó a él y, tirando de sus mangas empapadas, le hizo entrar.

—Quítatelo ahora mismo —dijo refiriéndose a la ropa.

—¿Aquí?

—No pretenderás mojar todo el suelo y sentarte en el sofá como si fuera lo

más normal del mundo.

Sin dar pie a replicas, llevó las manos a la cremallera de su sudadera y la bajó deprisa, luego deslizó la prenda por sus hombros, dejándola caer con un chapoteo en el suelo. Ayron no podía evitar reaccionar al verla desnudarse y se inclinó hacia ella con intención de besarla, beso que ella devolvió mientras se deshacía del resto de su ropa. Sin demora lo llevó a la ducha para que se diera un baño caliente que templase un poco su cuerpo, pero Ayron no quiso entrar solo, tiró de su brazo y la acorraló contra las baldosas. Era demasiado temprano como para pensar en eso, sin embargo, el simple contacto de sus dedos helados bajo la camiseta encendió en ella el deseo. Levantó los brazos para que él le quitase la prenda y lo vio sonreír al comprobar que no llevaba sujetador.

—Wow... —murmuró, dejando caer la ropa a un lado y poniendo las manos en su cintura para acariciarle desde ahí hasta los senos—. No te haces una idea de lo mucho que...

Clary le cayó de un beso y se ayudó de sus manos para que le apretase los pechos, luego, sin separar su boca de la suya, se acarició con sus manos frías hasta el pantalón y, con una petición muda, le instó a que se los quitase. Ayron no iba a tomárselo con calma, aunque le gustaban los juegos previos le gustaba aún más cuando ella se lo ponía fácil, cuando se ofrecía voluntariamente y sin reparos, de forma que bajó, junto a los leggings, sus braguitas. Ésta vez no le importó ni el color, ni el estampado ni la forma, no le importó si era un sexy y provocativo tanga de encaje, si eran una de esas braguitas diminutas que le había quitado muchas veces en el pasado o si se trataba de un bóxer, no importaba, lo que importaba era que la tenía desnuda frente a él y que estaba tan dispuesta a calentar su cuerpo con el suyo como lo estaba él de poseerla por completo. Apretó sus nalgas con las manos y la elevó, sonriendo en sus labios cuando ella le rodeó con las piernas y se ayudó con una mano para colocar su erección en su entrada.

—¿Días seguros? —preguntó, haciendo referencia a la falta de preservativo.

—Creo que sí. No llevo la cuenta todos los días.

—¿Segura?

De un movimiento la hizo entrar en ella, algo que debía servirle no solo de confirmación, sino de solicitud para que siguiera. Apoyándola contra las baldosas se excitó aún más viendo cómo se mordía los labios, la forma en la que le miraba mientras arremetía contra ella una y otra vez, lenta y profundamente. Era increíble para él poderla tener nuevamente como la tenía, disfrutando de lo que estaba siendo el mejor sexo en un día de lluvia que había tenido jamás.

No pasó demasiado hasta que la sujetó con más fuerza, hundiendo los dedos en sus muslos mientras la embestía, notándola chocar contra la pared una y otra vez, ella jadeaba y gemía con la cabeza echada hacia atrás y con los ojos cerrados. De pronto contuvo la respiración y notó palpar los músculos de su interior mientras ella apretaba su cintura con las piernas, lo atraía y se abrazaba a él con fuerza. Y sin querer contenerlo más se rindió al placer.

Permanecieron inmóviles durante unos segundos, uno apoyado en la frente del otro, respirando pesadamente hasta que Ayrón hundió la cara en su cuello y le mordió levemente, haciéndola sonreír.

—Me encanta que hagas eso —confesó ella.

—A mí también me encanta. —Salió de ella despacio y, separándola de la pared la bajó al suelo—. Creo que no hay mejor forma de entrar en calor después de mojarse con la lluvia.

—Estoy de acuerdo. —Rió.

La noche anterior no tenía esperanzas de verle ese fin de semana y debía confesar que verle aparecer en su puerta con dos cafés y empapado por la lluvia había sido indescriptiblemente agradable. Lo que acababa de ocurrir en su cuarto de baño también había sido algo maravilloso, y espontáneo, y eso se reflejaba en el brillo de sus ojos.

—¿Feliz? —preguntó él mientras acariciaba su cuerpo con las manos llenas de jabón.

—No sé si felicidad sería la palabra. —Tomó su cara entre las manos y le besó—. ¿Y tú?

—Sí. Poder estar así contigo es... Oh, los cafés se habrán enfriado.

—¿Quieres saber algo? —Él asintió con la cabeza—. Llegaron fríos como el hielo —rió al ver la expresión de su cara.

Antes de salir se abrazaron, desnudos, bajo el agua caliente, luego ella se cubrió con una toalla y le ofreció un albornoz mientras buscaba qué ofrecerle de vestir mientras lavaba y secaba su ropa.

Aquel era un día digno de pasarlo calentitos en casa, viendo películas acurrucados en el sofá, y así es como lo pasaron, sin móviles que atender, sin otras personas que impidieran que se besasen tantas veces como les apeteciera, sin nada que les frenase de repetir la escena de pasión del baño cada vez que lo deseasen. Ayron impidió que se separase de él en ningún momento y, para poder tenerla todo el rato pegada a él, al mediodía encargaron comida en un restaurante cercano.

Acercándose la hora de la cena y viendo que Ayron tenía la misma idea que por la mañana: quedarse apalancados en el sofá y pedir comida a domicilio, Clary decidió correr a la cocina. Sabía que él iría tras ella, que la abrazaría y que la colmaría de besos mientras ella trataba de preparar algo ligero que comer, y no se equivocaba con las suposiciones, Ayron la siguió la estrechó entre sus brazos y la sentó en la encimera, colocándose entre sus piernas y pegándose a ella. Apoyó la cabeza en su pecho y suspiró escuchando los acompasados latidos de su corazón.

—¿Sabes que así es imposible que prepare nada de cenar?

—¿Sabes tú que no hay nada que me apetezca más que...?

—¿...más que una deliciosa ensalada con pasta, fruta y verduras?

Ayron se separó de ella con una expresión graciosa y después de colocar las manos en su cintura la ayudó a bajar.

—Acepto, pero solo si me dejas ayudarte.

Lavaron, pelaron y trocearon la fruta, hicieron lo mismo con los vegetales y, tras escurrir la pasta cocida prepararon la deliciosa ensalada.

Prepararon la mesa como si de una cena romántica se tratase, con copas para el vino, con velas, con flores que aún no se habían marchitado de las que le habían traído en su cumpleaños, lo único que faltaba eran atuendos de gala con los que acompañar esa cena, sin embargo, un chándal y unos leggins con una camiseta tampoco era un atuendo que ninguno de los dos fuera a criticar, a ella se le ceñían las prendas al cuerpo, marcando casi sin problemas sus perfectas curvas, a él le quedaba lo suficientemente bien como para que ella pudiera apreciar su trasero cuando se daba la vuelta y le permitía meterse debajo de la sudadera cada vez que lo quisiera.

En un momento, al terminar lo de sus platos y con las copas en las manos Ayron decidió romper el agradable silencio que compartían.

—¿Puedo preguntarte algo? —Preguntó.

—¡Claro!

—Con nosotros... ¿Qué va a pasar ahora? Oficialmente... ¿estamos juntos?

Sin poder evitarlo Clary recordó visita y la amenaza de los tíos de Ayron unos días atrás y, repentinamente, se sintió llena de temor por las consecuencias que podía haber por «estar juntos oficialmente». Sin apartar la mirada de su copa respondió:

—No. Sólo me estoy dejando llevar.

—No... —sonrió abatido por la respuesta.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Por esto! —exclamó, extendiendo los brazos y mostrándole la manta revuelta del sofá, señalándole el baño, señalando el dormitorio en el que unos días atrás hicieron el amor y durmieron juntos, señalando la mesa en la que acababan de comer—. Clary no puedo dejar de pensar en esto ni un solo momento, de darle vueltas a lo nuestro, no puedo dejar de pensar en que lo siento como algo real y sincero. ¿No lo sientes también tú así? —Ella no hizo ademán de responder, ni siquiera alzó la mirada para verle—. Por favor, por favor, Clary, danos otra oportunidad. Intentémoslo de nuevo. Te juro que si no

funciona esta vez no volveré a molestarte, no volveré a verte.

—No creo que funcione por muchas oportunidades que nos demos, Ayron.

—Pero tú sabes lo que siento y creo que no me equivoco al suponer que sientes igual que yo.

—No, no te equivocas. Estoy loca por ti. Te quiero como jamás volveré a querer a nadie, y me vuelvo loca de ganas de que llegue cada viernes solo para poder verte. Pero hay demasiadas razones por las que la nuestra es una relación imposible.

—Imposible... Pensando como lo haces, haciéndome a un lado cuando lo que realmente quieres es que esté contigo, manteniendo las distancias, no solo te estás haciendo infeliz a ti misma, también me lo estás haciendo a mí. —Clary le miró directamente a los ojos. Tenía razón, tenía toda la razón del mundo, pero a pesar de amarlo como lo hacía no podía permitirse volver con él, ni por ella misma ni por él—. Lo he intentado, de verdad que lo he intentado, y estaba convencido de que tal vez estábamos yendo por un buen camino, pero cuando parece que vas a coger mi mano me apartas y pones un muro entre nosotros. —Dijo sin dejar de mirarla—. He gastado todas mis balas contigo. Ya no sé qué más decirte, ya no sé qué más hacer para convencerte de que yo... Estos meses acosándote, estos meses viéndote cada semana, esos momentos de pasión que hemos pasado juntos... serán inolvidables para mí, pero ya no puedo seguir intentándolo contigo porque tengo la impresión de que nunca darás tu brazo a torcer. Cuando ya no me duela tú rechazo dejaré que los Wells decidan con quién he de casarme y obedeceré sin rechistar porque, al parecer es el destino que me ha tocado por pertenecer a esa familia. Al parecer jamás conseguiré estar con quien realmente deseo pasar el resto de mis días.

Clary seguía sin decir ni una sola palabra. Ayron sabía que lo que había dicho era duro, pero también sabía que, de un modo u otro, la haría reaccionar. Esperó unos segundos frente a ella pero al verla impasible se acercó, le dio un beso en el pelo y salió de su apartamento, dejándola sola con un futuro que meditar.

«*Si fuera fácil no valdría la pena luchar por ello*». Las palabras de Joey se

colaron en su cabeza tan pronto como Ayrton cerró la puerta, pero no reaccionó, permaneció sentada en el mismo sitio reproduciendo mentalmente lo último que su ex le había dicho: que dejaría que los odiosos Wells decidieran con quien quería casarse y lo peor, que obedecería sin rechistar.

Capítulo 15 ??

El viernes anterior Ayron no había ido a verla, tampoco lo hizo el sábado y ni qué decir del domingo, después de lo último que habían hablado dedujo que tampoco lo haría ese viernes, para lo que quedaban solo dos días. En esas casi dos semanas tampoco habían hablado por teléfono, ni habían compartido mensajes. Era desesperante saber que se estaba dejando llevar por el miedo que esa familia le infundía con el simple recuerdo de una amenaza. Lo peor era no tener una excusa creíble para llamarle, y menos después de haberle dicho que la suya era una relación imposible. Le estaba perdiendo y la culpa la tenía ella.

Aquella tarde al llegar a casa se topó con que alguien había dejado una carta bajo la puerta, era raro encontrar nada arriba cuando toda la correspondencia, por importante que fuera, siempre la dejaban en el buzón. Después de soltar la chaqueta y el bolso encima de la mesa del salón abrió el sobre, un sobre con el membrete de una empresa de la que no reconocía nada, ni el logo ni el nombre ni la dirección indicada. Su expresión palideció al ver que se trataba, ni más ni menos que de una invitación para abandonar la vivienda en un plazo de quince días. La única explicación era que el inmueble había cambiado de propietario. No entendía nada, ella ni siquiera sabía que aquel edificio había estado en venta, ni tenía conocimiento de que se hubiera vendido. Siguió leyendo un poco más abajo, donde ponía la información del nuevo dueño y no pudo evitar echarse a reír como una demente al leer el nombre: Ayron Conelly Wells. Debía tratarse de una broma de mal gusto, eso o era una forma de vengarse de ella por decirle que su relación no tenía futuro. No tenía ni idea de qué hacer, Ayron había comprado el edificio y pretendía echarla de allí sin más. Tal vez no era la hora adecuada para recorrer media ciudad e ir a casa de su madre, pero Stanley era la única persona que conocía que pudiera ayudarla como abogado.

Al bajar del autobús lo hizo con la carta arrugada en una de sus manos, por más que lo pensase no encontraba el motivo que había llevado a Ayron a hacer algo así. Por suerte para ella, a pesar de haber ido sin avisar, el novio de su madre estaba en casa y, casi sin mediar palabra con nadie le ofreció el documento.

—¿Ayron Conelly es el chico de tu fiesta? —preguntó el hombre mirándola por encima de sus gafas de leer.

—Lo es. ¿Puedes ayudarme con esto?

—¿Has hablado con él? ¿El desalojo es inaplazable?

—No he hablado con él...

—Pues es imprescindible si quieres llegar a un acuerdo para quedarte allí. Conozco el bufete. —Dijo señalando el membrete—. ¿Puedo preguntarte por qué quiere que te vayas? Creí entender que estabais juntos.

—No. No lo estamos. Y no tengo ni idea de por qué quiere echarme.

—Habla con él. Si no llegáis a un acuerdo podemos mirar qué hacer, como conseguir más tiempo...

Hablaría con él, ¡y tanto que lo haría!

No había pegado ojo en toda la noche relejendo aquella notificación. Entendía que estuviera enfadado con ella, sobre todo porque después de lo último que hablaron se marchó sin más, pero comprar el edificio para echarla de allí le parecía demasiado surrealista, demasiado excesivo, y más suponiéndose que la amaba.

Se levantó con el sol, se vistió, tomó un café sin nada más y se dirigió directamente a SWC. No quería hablar por teléfono con él, quería que le dijera los motivos que tenía para hacer algo así a la cara, sin esconderse. Sin detenerse a saludar a nadie subió al último piso y, sin esperar a que Vince le diera o no paso para entrar en el despacho, entró, atravesando la puerta como en una estampida. Ayron parecía estar esperándola y ella no dudó en acercarse a su mesa con actitud desafiante.

—¿Me lo explicas? —preguntó, poniendo el documento delante de él.

—Ah, veo que te llegó el aviso.

—Si... pero no es eso lo que vengo a averiguar.

—Supongo que quieres saber qué significa ese aviso. —Ella se cruzó de brazos y asintió—. Me gusta tu apartamento desde la primera vez que entré en él. Cuando llegó tu cumpleaños no supe qué comprarte, no quería recurrir a nimiedades, un perfume, una caja de bombones, flores... quería regalarte algo especial, algo que hiciera que pensaras en mi... Con ayuda de Oliver compré el edificio y después de remodelarlo pondré el apartamento a tu nombre como regalo de cumpleaños.

Clary frunció el ceño y lo miró tratando de analizar lo que acababa de escuchar, ¿regalarle un apartamento por su cumpleaños?

—¿Estás loco? ¿Qué te hace pensar que voy a aceptar algo como eso? Ahora, por el tonto capricho de un Wells me toca buscar otro sitio en el que vivir.

—Puedes mudarte conmigo... —soltó como el que no quiere la cosa—. Mi piso es lo bastante grande para dos personas, ya lo sabes.

Tras oír aquello se echó a reír exagerada, fingiendo que era la mejor de las bromas, luego se puso seria, se acercó a su mesa, tiró del documento y salió del despacho con una sensación de lo más extraña: estaba enfadada con él por lo que había hecho, pero a su vez, estaba encantada con que hubiera pensado algo como eso solo por ella: comprar todo un edificio para regalarte un apartamento por su cumpleaños. Definitivamente no había otro como él.

No habían hablado sobre que pudiera quedarse o no dónde estaba, no habían mencionado nada sobre anular el aviso de desahucio por lo que, cuando terminó aquel jueves y llegó a casa, se sintió frustrada al imaginar lo que suponía tener que hacer otra mudanza, la tercera desde que había conocido a Ayrton.

Una nueva semana había pasado, e igual que la semana anterior, no se vieron, no hablaron por teléfono y tampoco compartieron mensaje alguno. Ella había pasado la semana buscando, sin suerte, un apartamento que pudiera pagar con su

salario, un sitio que no quedase demasiado lejos de su actual residencia y que tuviera una parada de autobús lo suficientemente cerca como para poder ir caminando. Tenía gran parte de sus cosas en cajas, había tenido que tomar la decisión de cuál de los muebles que había necesitado comprar debía o no dejar. Había hablado con su padre para pasar en su casa unos días si no encontraba nada en tan corto plazo.

—«Quería regalarte algo especial, algo que hiciera que pensaras en mí...» — repitió sus palabras—. ¡JA! Y estoy pensando en ti, Ayrón, y en lo fácil que es para ti sacar a una persona de su casa por un capricho tonto. —Se quejó con frustración, saliendo del el apartamento el último viernes que iba a pasar allí, donde dejaba un enorme montón de cajas, de muebles embalados, donde dejaba recuerdos que difícilmente podría olvidar.

Aquella mañana todo parecía estar en su contra, el autobús se había retrasado, haciendo que llegase tarde, algo que jamás antes había pasado, la torpeza de un compañero de trabajo le había derramado el café sobre unas copias que acababa de hacer y, para colmo de males, el teléfono no dejaba de sonar. Estaba a punto de estallar en un ataque de nervios cuando Joey se acercó a su mesa con un sobre marrón.

—Hoy te noto más tensa que nunca.

—Lo estoy. ¿Lo has visto? ¡El teléfono se ha vuelto loco!

—Lo he visto —sonrió—. Hace un par de meses me pediste que no te enviase nunca más a SWC porque no querías volver a pisar allí, pero tú necesitas relajarte un poco y yo necesito llevar esto —sacudió el sobre—. ¿Quieres...?

Clary no le dio tiempo de terminar la pregunta, se puso en pie y de un gesto le arrebató el sobre de las manos.

—Quiero. —Sonrió, viendo en esa petición no el momento ideal para descansar, sino una excusa para ver su ex—. ¿Lo dejo o lo traigo firmado?

—Si puedes traerlo firmado zanjamos hoy el asunto de SWC, si no puede atenderte no pasa nada, puedes dejarlo con su asistente.

Dicho y hecho, media hora más tarde se encontraba frente a la empresa que

presidía Ayron. Subió las escaleras hasta el primer piso y desde ahí en ascensor hasta la última planta. Tan pronto como Vince la vio, avisó a Ayron que Clary estaba allí, por lo que tuvo permiso para entrar antes siquiera de detenerse en la mesa del secretario.

Era una sorpresa que Clary fuera quien le llevaba esos documentos, pero era mejor que genial para llevar a cabo un pequeño plan para provocar sus celos. Tal vez era antes de lo que él había planeado, pero hay que aprovecharse de las oportunidades cuando éstas se presentan, de forma que fingió que tenía una llamada mientras la hacía entrar y esperar frente a su mesa.

—Entiendo... El viernes a las ocho... —murmuró, tratando de que pareciera un secreto pero lo suficientemente fuerte para que Clary se enterase sin mucha dificultad de su conversación ficticia—. ¿Cómo sabré que es ella? —Hizo una pausa como si esperase una respuesta del otro lado—. Pelirroja, atractiva, con piernas largas y vestido negro. Está bien. ¿No hay forma de que me libere de esta?

Clary carraspeó llamando su atención y dejándole entender que no le interesaba su conversación.

—Hablamos luego. Tengo visita. —Se despidió de ese nadie con el que hablaba y soltó el teléfono sobre la mesa para mirar a Clary—. Lo siento. Es... Te dije que me buscarían a alguien.

—Pues sí que se te ha pasado rápido —balbuceó notablemente molesta.

—Supongo que distraerme yendo a citas me ayudará. Lo nuestro empezó por la fuerza y podría haber terminado bien, deseaba que lo hiciera, pero no siempre uno tiene lo que quiere. Tal vez la segunda vez resulte en un mejor final.

—Éstas son las copias de la cancelación de la inversión. Joey ya ha firmado su parte. Necesito que hagas lo mismo con tu copia y que la selles.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

—He oído por las chicas que todavía no has encontrado nada... —dijo sacando la cajita de los sellos de uno de los cajones. Ella carraspeó pero no le dio una respuesta, estaba pasando por eso por su culpa.

—¿Ya está? —Preguntó ella tan pronto como puso el sello y después su firma. Él asintió, metiendo el documento en el sobre de nuevo—. Espero que lo pases en grande en tu cita —soltó, quitándole los papeles de las manos y girándose hacia la puerta.

Ayron no pudo evitar sonreír. Le resultaba encantador verla así, enfadada por imaginarle con otra, con actitud ofensiva, con el ceño fruncido... Deseaba que su plan surtiera efecto, sin embargo él mismo dudaba que lo tuviera. La vio alejarse de su mesa y cerrar la puerta al salir y, aunque le tentaba correr hacia ella, no lo hizo.

Aquel estaba siendo, para ella, uno de los peores viernes que tenía que pasar: estresante por lo que le venía, triste por saber que no había hecho nada por hablar con él, por arreglar las cosas y celosa por saber que otra mujer iba a disfrutar de algo por lo que ella no había luchado como debía haber hecho.

Esa noche no iba a dormir en su apartamento, por la mañana iría la empresa de mudanzas a por sus cosas y tenía todo listo para ello, así que pasaría la noche en la casita de su padre, donde lo iban a llevar todo. Paseó, triste, por entre el montón de cajas, acarició los muebles que no iba a poder llevarse y de pronto se le ocurrió una maldad. Sonrió mientras cogía una de las maletas y metía en ella todo lo que podía, luego salió de allí tras cerrar la puerta.

Contrario a lo que hubiera hecho en cualquier otro momento, llamó a un taxi, era más caro, pero mucho más rápido y directo. Bajó en su destino, mirando el edificio frente al que estaba hacia arriba y, después de zapatear en el suelo tratando de entrar en calor por el frío y por los nervios, se adentró en el vestíbulo.

Al llegar a la planta veintisiete y detenerse frente a la bonita puerta blanca, sintió como los nervios la invadían. Llamó con un par de toques y esperó.

—¡Clary! —exclamó Ayron con sorpresa al abrir—. ¿Qué haces aquí?

—Tú me invitaste a quedarme aquí hasta que mi apartamento estuviera remodelado, ¿recuerdas?

«En realidad vengo para impedir que te veas con otra, para que no puedas ir a esa cita» pensó.

—Lo recuerdo... Pero hoy tengo que salir. —Mintió.

—Oh, eso me recuerda que tienes un perfume mío. No puedo dejar que tu futura mujer encuentre un perfume de otra en tu apartamento.

—No pienso devolvértelo. Tú lo dejaste aquí, y lo hiciste incluso cuando viniste a cuidarme. Ese perfume se queda aquí. Ya veré qué hacer con él cuando mi futura prometida pise aquí.

—Ese perfume es mío.

—Era.

Por la mañana dudó que su pequeña mentira surtiera efecto, al ver que había avanzado el día sin tener más noticias de ella pensó que simplemente había fallado en ponerla celosa, pero sus intenciones eran demasiado claras. Puede que ella no lo dijera con palabras, pero sus hechos hablaban por sí solos, a tal punto que llegaba incluso a contradecirse: venía para quedarse hasta que su apartamento estuviera listo, sin embargo pedía su perfume de vuelta para impedir que la ficticia mujer de su cita encontrara las pertenencias de otra. Clary lo miraba desde el rellano con actitud altanera y esa era una de las cosas que le volvía loco de ella. La agarró de un brazo y tiró de ella, cerrando la puerta y bloqueándola contra esta. Ella seguía mirándolo soberbia, poniendo, además, las manos en su cintura.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—Me has echado de mi apartamento, ¿no vas a dejarme entrar?

—Sabes los peligros que conlleva vivir conmigo, ¿no?

—¿Crees que me da miedo?

De repente Ayrton hizo caer su maleta contra el suelo, llevó las manos a sus hombros y se acercó aún más a ella, dejando poco menos de un palmo de distancia.

—¿Qué pasa si hago lo que me apetezca y cuando me apetezca? —preguntó

con aires de seductor. Clary se acercó entonces a su boca hasta el punto en el que casi se rozaban sus labios.

—¿Qué pasa si no te dejas?

En menos de un segundo se escurrió entre sus brazos, corriendo hacia el salón y dejándolo con una sonrisa en los labios. Cuando éste se giró ella huyó hacia la cocina, pero Ayrton no pretendía dejar las cosas así. Se acercó a ella peligrosamente y volvió a bloquearla, ésta vez entre él y la encimera.

—¿Realmente quieres jugar conmigo? ¿No tenías una cita? —Cortó tajante.

Si quería seguir adelante con su juego de ponerla celosa para hacerle ver que si no hacía nada le perdería de verdad, tenía que seguir con su engaño.

—La tengo. —Dijo apartándose—. Es más, tendría que arreglarme ya. Ponte cómoda, deshaz la maleta. Hay comida en la nevera, puedes prepararte lo que quieras para cenar.

Después de que Ayrton se duchase, se vistiera elegantemente y se marchase, Clary se sentó en el sofá, mirando hacia la puerta, preguntándose a qué diablos había ido a su apartamento, no había hecho nada para retenerle, no quería que fuera a verse con otra mujer sin embargo tampoco lo había impedido. Retorciéndose de los celos al imaginarlo con una pelirroja despampanante como la que había visto con él en la discoteca un año atrás, le tentó llamarle, buscar cualquier excusa e ir tras él, pero decidió comportarse como una mujer civilizada antes que como una niña. Caminó nerviosa por el apartamento, llena de un sentimiento que no podía controlar: quería estar con él, a su lado, quería estar en ese piso, verle al despertar y antes de ir a dormir, quería comer con él, deleitarse con el aroma masculino que le perseguía cuando se duchaba, quería, simplemente, volver con él. Que le dijera semanas atrás que permitiría que su despreciable familia buscase a alguien con quien casarse y saber que probablemente ya estaba en su cita con otra la había hecho despertar de un modo que ni ella podía imaginar. No quería perderle y en ese momento no solo lo tenía claro, además, lo último que le importaba eran las amenazas de los Wells. Cenaría tranquilamente, se prepararía un discurso convincente y cuando Ayrton

volviese, si lo hacía esa noche, hablaría con él.

Capítulo 16 ??

Pasando una hora de la medianoche Ayron decidió que ya era hora de volver a casa. Había salido de allí dejándola completamente sola con una mentira, pero ya era hora de volver. No podía confesar que su cita era un engaño, y menos aún por la hora a la que llegaba. Al entrar en el apartamento vio las luces encendidas, la maleta de su ex mujer no estaba a un lado de la puerta por lo que dedujo que se habría instalado —y rezó porque hubiera sido así—, pero Clary no estaba, no estaba en el salón ni en la cocina, tampoco en el baño o en la habitación, donde vio su equipaje a un lado. Sacó el móvil del bolsillo interno de su americana con intención de llamarle, pero al abrir la puerta de su dormitorio la encontró tendida sobre la cama. El botecito rojo de perfume que siempre estaba en la mesita de la derecha ahora se encontraba en una de las manos de su ex.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo Ayron, con los codos apoyados en la cama y sonriendo como un tonto al verla dormir.

Clary abrió los ojos tan pronto como le escuchó hablar.

—¿Qué tal tu cita? —preguntó adormilada.

—Ha estado muy bien. ¿Qué haces en mi cama? ¿Por qué has venido a dormir aquí? —Clary agachó la cabeza y empezó a murmurar.

—¿Estás bien? —Ella asintió con la cabeza.

—No es nada. No te preocupes. —Dijo arrastrándose por la cama y poniéndose de pie—. Me alegro de que tu cita haya ido bien, supongo.

—¿Supones? Te alegras o no...

—¿Sinceramente? ¿Quieres que te diga la verdad?

—¡Claro!

No era una hora en la ponerse a discutir, pero el momento parecía el adecuado para ser sinceros.

—Pensaba que pondrías un poco más de resistencia para aceptar citas con otras mujeres. Pensaba que realmente necesitabas tiempo... no sé.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué, Clary? Me dejaste claro que era imposible que volvieras conmigo. Tengo casi treinta años, ¿crees que podría jugar contigo todo lo que tú quisieras y luego terminar solo?

Clary se colocó un mechón de pelo mientras tragaba el nudo que acababa de instalarse en su garganta y salió de esa habitación para entrar en la que ocuparía ella si no se veía tentada de marcharse esa misma noche. Se sentó en el borde del colchón tratando de contener las lágrimas. De repente la puerta se abrió y ella giró la cara para que Ayron no la viera llorar.

—¿Podemos...? ¿Estás llorando? —Preguntó con el ceño fruncido—. ¿Qué te pasa?

—Me pasa que me vas a volver loca —dijo, elevando el tono de voz más de lo que quiso—. ¿Sabes lo difícil que es esta situación para mí? ¿Lo sabes? Me había acostumbrado a estar sola y tuviste que aparecer de nuevo en mi vida, poniéndola patas arriba, haciéndome desear que llegase cada viernes para verte, deseando que tuvieras uno de esos arrebatos tuyos y me besases aunque fuera por la fuerza... Luego pasó lo de mi cumpleaños y creí que ya no podría volver a vivir sin ti. Ahora mírate, vienes de cenar con otra y yo...

—¿...y tú?

—Y yo no quiero que cenes con otra. No quiero que tengas citas con otra. Quiero que si tienes que volver a casarte sea sólo conmigo, no con otra. —No tenía intención de decir eso último. Lo pensaba, y lo había meditado bien meditado durante todo el día, pero no quería decirlo.

—Espera, espera... ¿Estás diciendo que te quieres casar conmigo? ¿Hablas en serio? —ella asintió nuevamente cubriéndose la cara con las manos, llorando desconsoladamente.

Ayron se acercó a ella, rodeó sus hombros, la atrajo y pegándola contra su pecho la estrechó en un abrazo.

Sobre la mesa, frente al espejo, estaba el anillo que le compró un año atrás y no

dudó en estirar una mano y cogerlo entre los dedos. Miró la alianza un momento antes de apartarse un poco de ella.

—Clary, si aceptas casarte conmigo no puedes llenarme de ilusiones y luego echarte para atrás, tendrás que hacerlo. Nunca más podrás quitarte el anillo.

Clary extendió su mano y contempló cuando él le puso la joya en el dedo anular, después de mirarle directamente a los ojos con las lágrimas aun humedeciéndole la cara rodeó su cintura con los brazos.

Ayron no cabía en sí mismo de felicidad, sabía que había aceptado por culpa de un arrebato y que cabía la posibilidad de que por la mañana, con la cabeza un poco más fría, se retractase de lo que había dicho, pero en ese momento no podía evitar sentirse emocionado por ello. La estrechó entre sus brazos con una sonrisa en los labios.

Lo sucedido esa noche había sido tan rápido que a duras penas podía creer que fuera cierto. Había despertado al lado de él, en la misma cama en la que lo había hecho tantas veces tiempo atrás, tenía su anillo de casada en el dedo correspondiente, pero no podía creer que ella le hubiera dicho aquellas cosas, cosas que se había guardado para sí misma.

Ayron la miraba desde su lado de la cama con una sonrisa en los labios y expresión de cansado ¿acaso no había dormido nada durante la noche? ¿Acaso había pasado las horas mirándola?

—Anoche... ¿Qué pasó exactamente? ¿Qué dije?

—Justamente lo que crees. —Dijo tomando la mano del anillo entre las suyas y acariciando la joya—. Me da miedo preguntarlo pero... ¿Piensas retractarte?

—No. —Respondió sin dudar, mirando sus manos juntas—. No voy a retractarme. Estaba enfadada, estaba muerta de celos, estaba... pero te dije lo que siento y lo que quiero —afirmó, haciendo una pequeña pausa antes de seguir hablando—. Nunca he querido separarme de ti. Después del divorcio quise convencerme de que era lo mejor para los dos. Y no parecía estar yendo tan mal como podía pensarse, pero cuando has vuelto a estar cerca... Ayron quiero estar

contigo, y no solo los viernes, quiero hacerlo todos los días de mi vida. No hay nadie en el mundo con el que pueda sentirme como lo hago contigo, pero te confieso que tengo un miedo atroz, tengo tanto miedo que me ha tenido paralizada hasta ahora.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—Tengo miedo de no ser lo suficientemente fuerte como para enfrentar a los Wells cuando nos ataquen, miedo de sentir que no soy lo bastante buena para ti cuando se presenten otras interesadas con más atractivo del que pueda tener yo, y no me refiero al físico, sino a mujeres con una carrera, con una familia que...

—Ayron cubrió su boca con una mano para evitar que siguiera por ahí, pero ella se la apartó—, tengo miedo de que nuestra felicidad juntos sea sólo una ilusión y que terminemos haciéndonos daño...

—No tengas miedo. Ya te lo dije, no puedo ver a otras porque éste —se tocó el pecho—, éste es tuyo desde el día que nos conocimos. La vez anterior no fui lo valiente que debía ser, cuando empezaron a dar golpes me quedé bloqueado y no supe cómo reaccionar, como protegerte, por culpa de eso te perdí una vez, pero no volveré a hacerlo. Ahora no tendrás que defenderte sola, ahora yo seré tu escudo.

—Ayron... —el tono con el que dijo su nombre le provocó un cosquilleo en el estómago.

—Por favor, repite mi nombre.

—¿Ya empezamos? —rió.

—Solo dilo, me gusta como dices mi nombre, me gusta lo que me hace sentir aquí —se llevó una mano al estómago.

Clary no pudo más que sonreír, estirar los brazos y rodearle con fuerza.

Aún estaban en el dormitorio, en la cama, a pesar de ello ese no era un día de sexo, sino de sentimientos, un día para hablar de sus sueños, de sus miedos, de sus anhelos.

—Por cierto —dijo ella de pronto—. ¿Por qué me has sacado de mi apartamento? Dijiste que te gustaba.

—Y me gusta. ¿Aún no te has dado cuenta del por qué? —trató de contener la risa.

—Para atraerme, para que me viera tentada por... ¡Espera! La... La pelirroja...

—No existe. Fingí esa conversación para hacerte entrar en razón. Sabía que eso te haría entrar en razón, que te abriría los ojos. —Ella frunció el ceño y resoplando salió de la cama—. Ah no, señorita Becker. No vas a ninguna parte —dijo rodeando su cintura con los brazos y llevándola consigo de vuelta a la cama—. No vas a volver a separarte de mí.

Epílogo ??

Los nervios que no tuvieron la primera vez los tenían ahora. Se encontraban en una sala pequeña que, a diferencia de la primera vez, ahora estaba llena de gente: estaban sus padres, las chicas, estaban Joey y Tessa, y Bruce y, para sorpresa de Ayron, también había ido Oliver. Pero ninguno de ellos importaba realmente. Quien realmente importaba era quien se encontraba frente al otro, él delante de ella y ella delante de él.

Días atrás Ayron le preguntó cómo quería que fuera su boda, estaba dispuesto a hacer lo que fuera para que Clary tuviera la boda de sus sueños, sin embargo ella solo pidió que fuera como la primera: rápida, sencilla, sin un vestido de novia... el único requisito que había puesto era que su abuelo estuviera allí.

Cuando entró el juez ambos tomaron aire con fuerza, con ganas de empezar, con ganas de terminar y de volver a ser una pareja casada.

Mientras el hombre leía las condiciones del acta matrimonial ambos se miraban y se sonreían, haciéndose muecas o gesticulando lo mucho que se querían. Por hacer la gracia frente a todos, al juez se le ocurrió algo típico de las películas.

—Si alguien tiene algo que decir, que hable ahora o calle para siempre. — Todos se echaron a reír, pero Clary levantó la mano, haciendo que los asistentes se mirasen entre sí preguntándose qué pasaba.

—Clary... —murmuró Ayron.

—Tengo algo que decir antes de firmar. —Dijo a los invitados, luego se giró hacia su futuro ex ex marido y tomó su cara entre las manos—. Solo diré que sí si me prometes que en este segundo matrimonio no volverás a negarme nunca. No voy a volver a ser tu prima, ni a ser una de tus empleadas —sonrió.

—Dios, cariño claro que te lo prometo. —Respondió, tomando sus manos

entre las suyas y besando en la palma—. Pero puestos en esta también yo tengo una petición... Nunca más te divorciarás de mí, una vez ha sido suficiente — todos en la sala empezaron a reír—. Y trabajarás solo conmigo, espero que a Joey no le moleste —miró al rubio de los asientos de invitados, éste levantó las manos y negó con la cabeza—. Vince ha pedido un traslado y tengo la vacante de asistente disponible —sonrió travieso, haciendo que se ruborizase solo de imaginar lo que pretendía hacer con ella en su oficina—. Además, nunca te negarás cuando quiera comprarte algo, no importa lo caro que sea. —Del bolsillo sacó un anillo fino, elegante y caro, lleno de diamantes, luego se lo puso.

—Ayron... —murmuró mirándose la mano.

—¿Tienen algo más que añadir? ¿Deberíamos redactar un contrato prematrimonial? —Preguntó el juez con una sonrisa.

—No señor —respondió Ayron con un gesto gracioso.

—¡Bien! —exclamó—. Ahora si quieren ser marido y mujer hagan el favor de firmar cada uno debajo de su nombre —ordenó, poniendo un bolígrafo encima del documento.

Después de firmar los papeles Ayron hizo girar a su mujer y ponerse frente a él. La miró unos instantes con una expresión que irradiaba felicidad y la abrazó con fuerza.

—Creo que ahora puedo vivir otra vez —susurró para que solo ella pudiera oírle.

—Yo también. —sonrió, recreándose en la maravillosa sensación que ese hombre provocaba en ella.

Oliver había pasado un año pensando en la petición que Clary le hizo en su despacho el día que, dejándose llevar por sus hijos, le ofreció dinero para que dejase a su nieto. Ella le pidió que le diera la empresa a Ayron, le dijo que la merecía, que trabajaba duro por ella. Llevaba unos años en la presidencia mostrando ser no solo serio, sino profesional y respetuoso, a pesar del estricto control que sus tíos, viéndose triunfadores de un asalto que no estaban peleando,

ejercían sobre él. La riqueza de la familia Wells no venía únicamente de SWC, también tenían otros negocios, si bien, no tan económicamente beneficiosos como esa empresa lo era, pero aportaban un buen capital a las cuentas de la familia. Oliver tenía la certeza de que cuando él muriera las alimañas con las que vivía dejarían a Ayron sin nada, buscarían cualquier pretexto para que no se cumpliera su voluntad, de modo que lo que tuviera que hacer, tenía que hacerlo mientras estuviera vivo, mientras pudiera defender los intereses de su nieto.

Se levantó antes que ninguno de los invitados y se acercó a ellos. De un pequeño maletín que siempre le acompañaba, sacó un documento.

—Necesito que lo firmes.

—¿Qué es? —preguntó Ayron mirando el papel.

—Te estoy regalando SWC. Mi parte de las acciones, las escrituras del edificio, los registros... —dijo.

—¿Por qué?

—Sabes lo que era tu madre para mí y lo que lo eres tú también, y de todos los Wells tú eres el único que merece no solo la presidencia, también mereces ser su dueño. Lo has demostrado todo este tiempo. Alguien me dio la idea hace un tiempo —guiñó un ojo mirando a Clary—, y es lo que debía hacer. —Ayron lo miró incrédulo, sin saber muy bien qué decir.

—¿Por qué?

—Porque es un buen regalo de bodas, porque creo que ya es hora de que disfrutes de tu trabajo y porque... tuvimos una conversación parecida hace algo más de un año, ¿recuerdas? —Ayron asintió con la cabeza, rodeando la cintura de su mujer y atrayéndola aún más—. Firma ahí. Cualquier día de estos me pasaré por tu oficina para explicarte todo lo que necesites saber.

Ser dueño de SWC no era algo que hubiera imaginado jamás. Desde que entró en la presidencia supo que él nunca pasaría de un puesto prestado, un puesto que los carroñeros de sus tíos se disputarían con uñas y dientes cuando su abuelo muriera, ahora estaba regalándole el bien máspreciado de la familia, a sabiendas de lo que pasaría cuando sus hijos se enterasen, pero no opuso resistencia, firmó

donde el anciano le decía y le ofreció una mano, como agradecimiento.

—Dale un abrazo —Susurró Clary.

Ayron la miró como si estuviera loca, pero ese día era completamente feliz y algo como abrazar a su abuelo no iba a arrebatarle la dicha. Extendió los brazos sin esperar nada pero, para su sorpresa, el hombre respondió al gesto.

—Oliver, ¿tienes algo que hacer esta tarde? —preguntó Bruce, con quien no se llevaba mal a pesar de todo lo ocurrido en el pasado.

—No.

—Vamos a preparar una fiesta para los recién casados... ¿Querrás venir?

El hombre asintió con la cabeza después de volver a meter en el maletín los documentos para el traspaso de poderes de la empresa. Luego siguió a su yerno, y a Will, y al resto de invitados que dejaron sola a la pareja.

—Éste es el día más feliz de mi vida —confesó Ayron.

—También para mí lo es. Y mañana también lo será, y pasado, y cada día del resto de nuestras vidas.

—No. Hoy eres feliz, mañana lo serás más, y pasado más aún... me encargaré de ello personalmente —dijo, y la besó—. Dígame, señora Conelly, ¿quiere ayudar a preparar la fiesta, o prefiere tener una fiesta privada en casa?

—¿No lo adivinas? —preguntó con una mirada pícara que hizo sonreír a su marido.

Fin